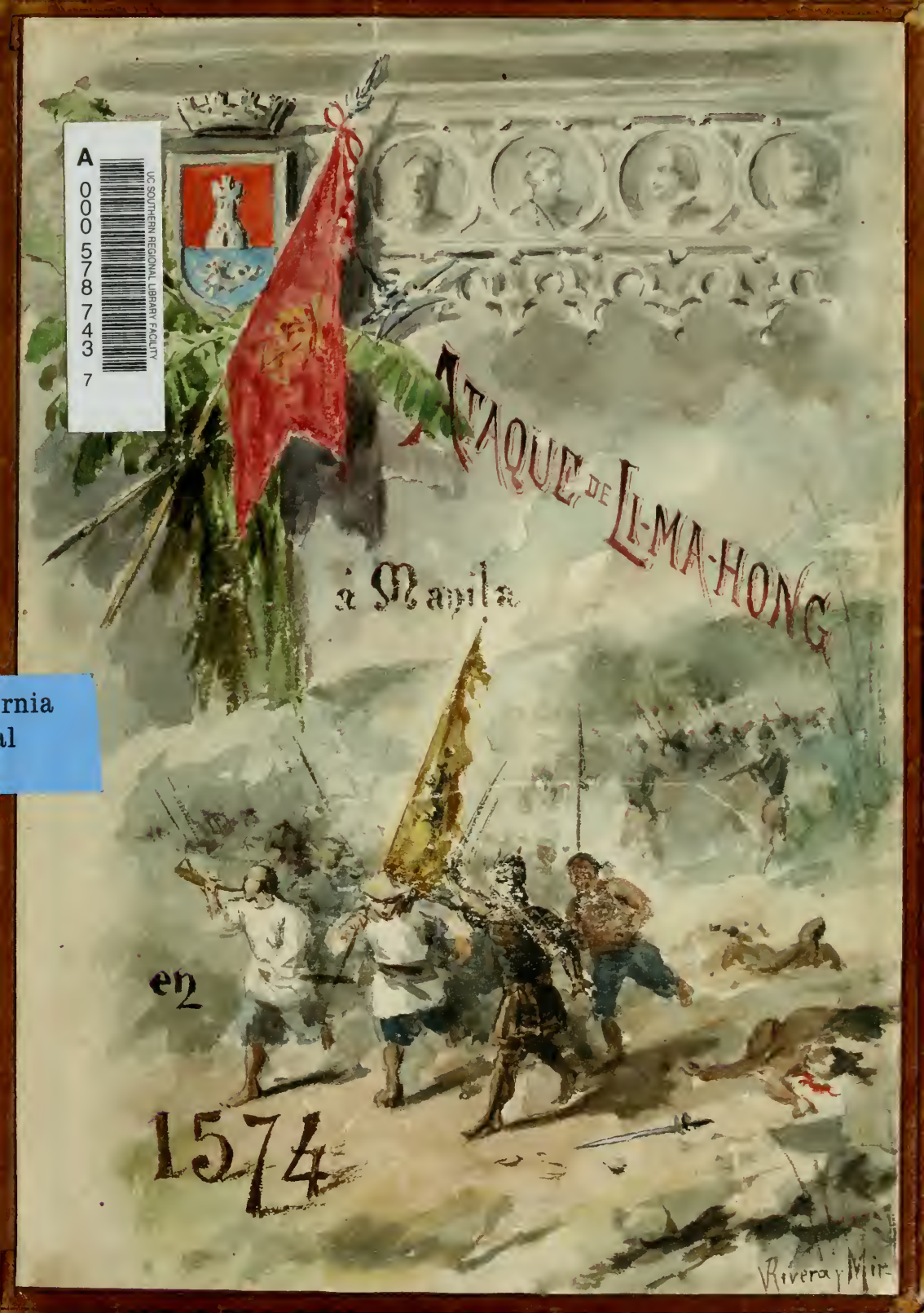


A 000 578 743 7
UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
rnia
al

THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF CALIFORNIA
LOS ANGELES

Ataque de Li-Ma-Hong

á Manila en 1574

«Respuesta del Rey Felipe II á los conquistadores de las Islas Filipinas», cuando pretendieron abandonarlas, «porque para conservarlas avian de ser mayores las costas que los provechos»:

Respondióles S. M., «que por sola la conversión de un alma de las que avian hallado daria todos los tesoros de las Indias; y quando no bastáran aquellos, daria todo lo que España le rendia de bonísima gana; y que por ningún acontecimiento avia de desamparar ni dexar de enbiar predicadores y ministros que diessen luz del Santo Evangelio á todos, y quantas provincias se fuessen descubriendo por muy pobres que fuessen y muy incultas y estériles, porque á él y á sus herederos la Santa Sede Apostólica les avia dado el oficio que tuvieron los Apóstoles de publicar y predicar el Evangelio; el cual se avia de dilatar allí y en infinitos Reynos quitándoles el imperio á los demonios y dando á conocer el verdadero Dios sin esperanza alguna de bienes temporales». —*Tablas Chronologicas* compuestas por el P. Claudio Clemente, de la Compañia de Jesús. *Tabla Chronologica del Gobierno eclesiástico y secular de las Indias*, pag. 223. En Valencia, año de 1689.

JUAN CARO Y MORA

Ataque de Li-Ma-Hong

á Manila en 1574

RESEÑA HISTÓRICA
DE AQUELLA MEMORABLE JORNADA

DIBUJOS DE V. RIVERA Y MIR

2.ª edición

MANILA

TIPO-LITOGRAFÍA DE CHOFRÉ Y COMP.ª
Escolta, núm. 33
1898

Es propiedad de su autor
Queda hecho el depósito que marca la ley.

DS
674
C22a
1898

GOBIERNO GENERAL DE FILIPINAS

ADMINISTRACIÓN CIVIL

Manila, 15 de Octubre de 1897.

Visto el expediente instruido á instancia de D. Juan Caro y Mora, catedrático auxiliar de la Facultad de Farmacia en esta Capital y redactor de *La Voz Española*, en solicitud de que se declare obra de texto para lectura en las escuelas públicas de instrucción primaria del Archipiélago el libro titulado *Ataque de Li-Ma-Hong á Manila en 1574*, de que es autor;

Visto lo informado por la Comisión Superior de Instrucción primaria;

Este Gobierno General, de conformidad con lo propuesto por la Dirección General de Administración Civil, en uso de las facultades que le competen, viene en declarar apta para servir de texto para lectura en las escuelas públicas de instrucción primaria del Archipiélago la obra titulada *Ataque de Li-Ma-Hong á Manila en 1574*, de que es autor D. Juan Caro y Mora.

Comuníquese, publíquese y vuelva á la Dirección General de Administración Civil á los efectos que procedan.

P. DE RIVERA.

(*Gaceta de Manila*, 13 de Noviembre de 1897.)

1473337

A la memoria querida y venerada de su difunto padre,—del hombre que con su acrisolado patriotismo infundió en toda su familia el amor acendrado á España,—dedica este trabajo

El Autor.

FÉ DE ERRATAS

En la impresión de esta obra se han deslizado, entre otras, las siguientes importantes erratas:

PÁG.	LÍNEA	DICE:	DEBE DECIR:
8	24	le destino también	le destinó también
14	26	vierónse obligadas	viéronse obligadas
14	28 y 29	hallabánse en aquella playa	hallábanse en aquella playa
18	8	discurió que su destino	discurrió que su destino
42	7 y 8	les dirijiera	les dirigiera
50	31	hazta la playa	hasta la playa
52	3	;pero repuesto sus sol lados	;pero repuestos sus soldados
56	27	tenían puesto el corazon en Dios	tenía puesto el corazón en Dios
56	28	no hacer titubear	no hacer titubear
56	30	de un encuentro	á un encuentro
57	30	la rápidez del huracan	la rapidez del huracan
57	31	y convencerse que	y convencerse de que
70	9	,se avalanzaron	,se abalanzaron
71	3 y 4	abrazados por los llamas	abrasados por las llamas
77	2	defensiva	ofensiva
97	14	,las cuales costó	,las cuales costaron
97	17	,miéntras que en Cebú	,mientras que á Cebú
97	32	A la munifi encia	A la munificencia
99	28	;quejarónsele de	;quejáronsele de
100	16	en su fuerte enclavado	en su fuerte, enclavado
104	25	para contrarestar	para contrarrestar
108	20	de ver como	de ver cómo

PÁG.	LÍNEA	DICE:	DEBE DECIR:
109	1	sin tener la precausión	sin tener la precaución
111	4	Como contesta el pirata.	Cómo contesta el pirata.
113	14	se abergaban,	se albergaban,
12	1	de chinos naúfragos	de chincs náufragos

ÍNDICE

PÁG.s

Respuesta de Felipe II á los que le aconsejaban abandonar Filipinas por lo costosas que resultaba el conservarlas... IV
Decreto del Gobierno General declarando de texto la obra VII
Dedicatoria IX
Fé de erratas.. XI

CAPÍTULO I

ANTECEDENTES

ESTADO DE MANILA EN 1574

Trabajos del Adelantado Legazpi, Guido de Lavezares, Martín de Goíti y Juan de Salcedo para la posesión, conquista y pacificación de las Islas.—Muerte de Legazpi—Nuevo gobernador y ascenso á maestre de campo de Martín de Goíti.—Motivo de resentimiento de Juan de Salcedo.—Auxilio de los religiosos á la obra española.—Poca previsión de los conquistadores.. 1

CAPÍTULO II

LI-MA-HONG EN FILIPINAS

Encuentro desgraciado de Francisco Bazan y primeras víctimas del corsario en estas islas.—Notician á Salcedo la presencia de una armada desconocida frente á Vigan.—Precauciones que toma.—Aviso de Francisco Saavedra.—Manda Salcedo tres soldados para que prevengan á Manila.—Li-Ma-Hong lo advierte y ataca la embarcación en que iban.—Forzosa retirada de éstos para salvarse del ataque.—Continúa el pirata su viaje.—Fondea en Mariveles. 11

PAG.ª

CAPÍTULO III

QUIEN FUÉ EL INVASOR
Y NOTICIAS QUE TUVO DE MANILA

Donde nació Li-Ma-Hong y antecedentes de su familia.—Inclinación del pirata.—Ofrécese al corsario Tia-La-Ong.—Hereda á éste.—Engrandece su escuadra.—Vence á Ontuchiao y se hace aún más poderoso.—Mensaje del emperador chino.—Manda asesinar á los emisarios de éste.—Las costas de China se arman y organizan tres escuadras contra el corsario.—Li-Ma-Hong es derrotado y se refugia en Tacoitican.—Apresa en esta isla un buque de mercaderes chinos.—Conoce por ellos la existencia de Filipinas.—Proyecta fundar en el Archipiélago su imperio.—Aprestos para realizar su idea 23

CAPÍTULO IV

LI-MA-HONG EN MANILA

Completa el corsario sus informes acerca de esta ciudad.—Como los pagó.—Ordena á Sioco tome la plaza por sorpresa.—Sufren los bateles de éste un temporal en la bahía de Manila y se van á pique tres.—Pierden el rumbo y desembarcan en Parañaque.—Se encaminan por la playa á la capital.—Los indígenas los toman por borneyes.—Funesto error de Goíti.—Inutilizan los chinos á diez soldados que salieron á su encuentro.—Entran en Manila... 33

CAPÍTULO V

MUERTE DE GOITI

Los escuadrones de Sioco.—Frente á la casa de Goíti.—Se convence el maestre de campo de su poca previsión y se dispone para la pelea.—Por qué se detuvo Sioco frente á la casa de Goíti.—Indignación del japonés contra la esposa del maestre de campo.—Manda pegar fuego á la casa.—Goíti se echa por la ventana y cae en manos del enemigo.—Su muerte.—Entran los chinos en casa de Goíti.—Tropelías que cometieron 36

PÁG.ª

CAPÍTULO VI

PRIMER ATAQUE A LA CIUDAD

Alarma en el fuerte.—Chacón molesta al enemigo.—Sioco prepara el ataque.—Coje dentro de la *media luna* á los españoles.—Rogativas en San Agustín.—Li-Ma-Hong llega frente á Cavite.—Auxilio oportuno de Alonso Velázquez Amador de Arriarán y Gaspar Ramirez.—Retirada de Sioco.—Sálvase Manila.—El japonés se excusa ante el tirano de su derrota.—Recuento de los muertos.—Llámase á las armas á los españoles de la comarca.—Siguen creyendo á los chinos borneyes.—Medidas para resistir el segundo ataque. 47

CAPÍTULO VII

JUAN DE SALCEDO

Sale de Ilocos en auxilio de Manila.—Lo que significa el viaje de Salcedo.—Informes que le dan acerca del corsario.—Actitud de los indígenas.—Llegada de Salcedo á Manila—Honores que se le tributaron.—Asciéndele Lavezares á maestre de campo.—Como fué recibida esta justa recompensa.—Otro ascenso merecido.—Salcedo continúa fortificando nuestro campo.—El pirata en movimiento... 55

CAPÍTULO VIII

EL ATAQUE DECISIVO

Li-Ma-Hong arenga á sus cabos.—Sioco le jura morir ó tomar Manila.—Desembarcan las fuerzas del corsario.—Retira Li-Ma-Hong los bateles de la playa.—Salcedo quiere impedir el desembarco.—Entra el enemigo en la ciudad.—Ordena Sioco su ejército.—Incendia Manila.—Plan del ataque chino.—Organización de nuestra defensa.—Contra el fuerte.—Efectos del incendio.—Muere Sancho Ortiz y entran los enemigos por la talanquera.—Se dirigen á la casa del gobernador.—Salcedo y Francisco Leon desalojan al enemigo.—Llegan Guido de Lavezares y el provincial de agustinos.—Mueren Sioco y otros caudillos chinos.—Lo que ocurrió mientras lo más recio de la pelea.—Resonancia del ataque sangley en Tondo y Mindoro 64

PÁG.s

CAPÍTULO IX

¡VICTORIA, VICTORIA COMPLETA!

El enemigo flaquea en su acometida.—Le rechaza Salcedo.—Empieza la desbandada.—Esfuerzos inútiles de los jefes chinos para hacer entrar nuevamente en acción á sus tropas.—Continúa la huida.—Salcedo los persigue.—Regresa al fuerte y los barre á cañonazos.—Li-Ma-Hong viene á tierra y quiere reanimar á sus soldados.—Desiste de su objeto.—En busca de bastimentos.—Otra carrera.—Regresan los chinos á sus naves.—Recuento de muertos.—Reune Li-Ma-Hong en junta á sus capitanes.—Deciden abandonar Manila 77

CAPÍTULO X

DESPUÉS DEL COMBATE
EL CORSARIO EN PANGASINAN

Li-Ma-Hong desembarca en Parañique.—Aprestos de Salcedo.—Alarma infundada.—El pirata se hace á la mar.—Disposiciones y medidas tomadas por Lavezares.—Envía á Francisco Saavedra á prevenir á los de Ilocos.—Fin de Choncigon, piloto del navío de mercaderes chinos.—Noticias del corsario.—Se proclama rey en Pangasinán.—Fortifícase en un islote del río Agno.—Saavedra quiere comprobar las noticias que tiene de Li Ma Hong.—Infidelidad de su guía.—Saavedra escapa de la persecucion del tirano y vuelve á Manila 83

CAPÍTULO XI

EN BUSCA DEL PIRATA

Reitérase la órden pidiendo refuerzos á Camarines y las Visayas.—Revista de tropas en Manila.—Envíanse emisarios á Pangasinán para convencer á los naturales de la perfidia de Li-Ma-Hong.—Inútil diligencia.—Sale la expedición contra el corsario.—Quienes iban en ella.—Cómo se distribuyeron las fuerzas que quedaron.—Llega Salcedo á Bolinao.—Cómo le reciben los naturales.—Noticias que tienen del pirata 93

PÁG.s

CAPÍTULO XII

CONTRA EL CORSARIO

Preparativos para atacar á Li-Ma-Hong.—Doble ataque á las fuerzas del corsario.—Incendio de sus naves.—Qué hacía entretanto el pirata.—Por qué no tomamos la *Fortaleza de Oro*.—El enemigo nos arroja de su recinto.—Vuelven los españoles á ocuparlo.—Pegan fuego á las casas que hay dentro del fuerte.—Reciben los chinos gran auxilio.—Retíranse los nuestros.—Prepárase Li-Ma-Hong para la segunda acometida.—Como proyectó rendir á los nuestros 101

CAPÍTULO XIII

LI MA-HONG SITIADO

Carta de Sinsay al corsario y respuesta de éste.—Juan de Salcedo escribe á Li-Ma-Hong.—Como contesta al pirata.—Múdase nuestro campo fuera del alcance de la artillería china.—De que modo el pirata se aprovechó del traslado.—Los invasores sitiados.—Rivera vá á Manila.—Órdenes que trae á su vuelta.—Amador de Arriarán y Rodriguez de Figueroa regresan á la capital.—Envíase á Alonso Izquierdo á la ciudad de Legazpi 111

CAPÍTULO XIV

FUGA DE LI-MA-HONG

Preséntase en el campo español el capitán chino Pesung Aumén.—Disfrazado de mercader va á la fortaleza del corsario.—Encamínase después á Manila.—Recibimiento que le hacen.—Fuga de Li-Ma-Hong.—Manda Salcedo incendiar el *Fuerte de oro*.—Levanta el campo.—Persigue á Li-Ma-Hong.—Regresa á Vigan.—Noticias que del corsario se tuvieron en las costas de Ilocos.—Los sangleyes y los tinguianes... 117

PÁG.s

CAPÍTULO XV

EMBAJADA Á CHINA

VERDADERAS NOTICIAS DEL PIRATA

Aumón regresa á China para anunciar el asedio de Li-Ma-Hong.—Llévase consigo los chinos cautivados en el fuerte del corsario.—Ofrécese á conducir una embajada española á China.—Sale la embajada.—Instrucciones que lleva.—Su estancia en el imperio.—Agasajo de que es objeto.—Noticias que á su regreso tiene de Li-Ma-Hong.—El general chino busca pretextos para no atacarlo —Llega de vuelta á Manila la embajada.—El nuevo gobernador general de las Islas.—Son hospedados los dos principales jefes chinos por Salcedo y Arriarán... 124

CAPÍTULO XVI

EPÍLOGO

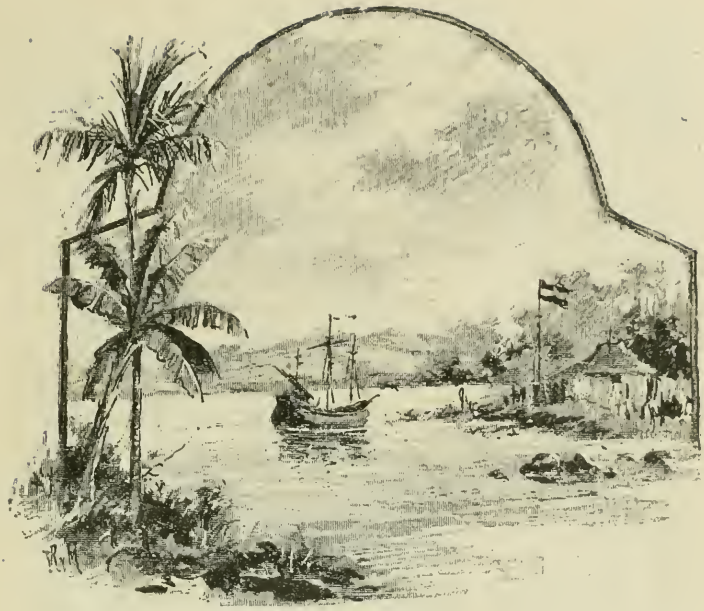
MUERTE DE SALCEDO.—GUIDO DE LAVEZARES

ULTIMAS NOTICIAS DEL CORSARIO

SEGUNDA EMBAJADA Á CHINA

LA FIESTA DE SAN ANDRÉS

Salcedo decide regresar á México —Obtiene licencia.—Marcha á Vigan para preparar su viaje.—Atácanle pertinaces calenturas.—Su rápida muerte.—Su testamento.—Sus restos.—Los de Miguel López de Legazpi.—Guido de Lavezares es residenciado por su sucesor.—Concédele Felipe II varias mercedes.—Ultimas noticias de Li-Ma-Hong.—Segunda embajada á China.—Por qué tuvo mal resultado —La fiesta de San Andrés.—El Pendón de Castilla.—Obligación patriótica que tenemos de restaurar la cofradía y la fiesta cívico-religiosa de San Andrés... ... 142



CAPITULO I

ANTECEDENTES

Estado de Manila en 1574

Trabajos del Adelantado Legazpi, Guido de Lavezares, Martín de Goiti y Juan de Salcedo para la posesión, conquista y pacificación de las Islas.—Muerte de Legazpi.—Nuevo gobernador y ascenso á maestre de campo de Martín de Goiti.—Motivo de resentimiento de Juan de Salcedo.—Auxilio de los religiosos á la obra española.—Poca previsión de los conquistadores.

Miguel López de Legazpi había llegado con la quinta expedición enviada por España á Fi-

lipinas en 1565 (1). Mucho dióle que hacer el comienzo de su grande empresa, pues miéntras algunos pueblos se sometían desde luego á la corona española, tratándole como á amigo, otros le recibían como á temible adversario, y no pocos le prestaban pleito homenaje para faltar en cuanto tenían ocasión á la fé jurada al soberano de Castilla.

Había el Adelantado conseguido, no sin grande esfuerzo, tener á raya á los portugueses, los cuales, á pretexto de la eterna cuestión de la demarcación de límites, intentaban apoderarse de las Visayas, alegando derecho á este territorio por pertenecer, según decían, á la parte que les correspondiera en la división hecha por Alejandro VI. Unas veces con la diplomacia y otras con la fuerza, según el portugués se presentaba, rechazó Legazpi la pretensión del lusitano Pereyra, quien, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, aflojó, por fin, en sus tentativas á los tres años de estar el anciano caudillo español en el Archipiélago. Así pudo tomar solemne posesión de todas las Islas en 1569, verificando la material de Manila en 1571, no sin que ántes mediaran algunas negociaciones con *Rajá Ma-*

---

(1) Era Legazpi escribano en México. A indicación del famosísimo Fr. Andrés de Urdaneta designóle Felipe II para el mando de la expedición de 1565, en la cual vino como piloto de aquella escuadra el sabio agustino, que, marino y cosmógrafo eminente, había formado ya parte de otra expedición: descubrió la ruta de vuelta de Filipinas á México. Consejero leal é inteligente de Legazpi, á éste virtuoso misionero deben sus primeros bienes morales y materiales los naturales del Archipiélago.

tanda, del pueblo de *Maynila* (1), su sobrino *Rajá Soliman* y *Lacandola*, reyezuelo de Tondo, quien conservaba aún varias piezas de artillería que había obtenido de los portugueses (2).

A todo esto Legazpi tenía que ir contrarrestando las invasiones que de tiempo en tiempo hacían los borneyes por estas islas, especialmente por las del archipiélago de los Pintados ó Visayas, sin contar con la sedición latente que se escondía en los indígenas sometidos y que se traducía en focos de exterior insurrección que prontamente se apagaban, merced á los esfuerzos del

(Facsímile de la firma de Miguel López de Legazpi.)

(1) De *may*, tiene, y *nilad*, arbolito que se cría en las marismas y del que había en ésta ciudad en gran abundancia por ser terreno bajo y en gran parte anegadizo.

(2) Cuando Martín de Goiti y Juan de Salcedo vinieron para reducir Manila, estando Legazpi en Cebú, después de pactar dichos régulos paces con los españoles, inopinadamente les atacaron, viéndose los nuestros precisados á combatirlos. Entónces

maestre de campo Guido de Lavezares, gobernador de Cebú (1), y de los capitanes Martín de Goiti y Juan de Salcedo, mozo éste de grandes promesas para el ejercicio de la guerra,—á pesar de sus 21 años de edad, en 1571,—y que no desmentía la nobleza y ardimiento de su abuelo el Adelantado. Así conquistó Salcedo, organizó y redujo, cuando fué necesario, Pangasinán, Ilocos, Cagayán, Laguna, Camarines, Mindoro y otras provincias, sin contar con el servicio que prestó para pacificar varios pueblos de las cercanías de Manila.

Miéntras sus lugartenientes se ocupaban en asuntos de tanta monta para nuestra soberanía en éste territorio, Legazpi formó la ciudad de Manila, señalando el sitio de su iglesia y plaza Mayor (2), el de su casa dentro del fuerte que

---

el fuerte, que había á la entrada del río y era de los indígenas, hizo jugar su artillería, dirigida por un portugués, que murió en la refriega; quemaron los naturales la fortaleza ántes de retirarse de ella, pero el fuego respetó una buena parte de la fortificación enemiga, y cuando vino Legazpi, al posesionarse de Manila, reparó los desperfectos del incendio y en el fuerte acuarteló la guarnición.

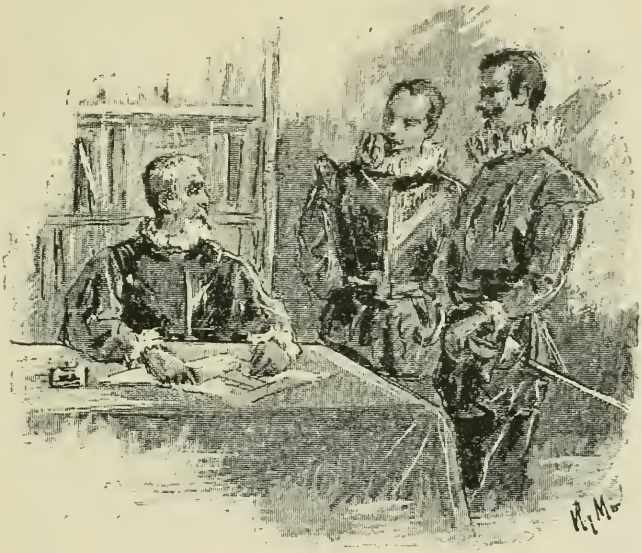
De entre los reyezuelos citados, *Soliman* era el más turbulento, no siendo tampoco afecto á nosotros *Lacandola*, aúnque procuraba encubrir su despego con demostraciones de simpatía, anuladas algunas veces por sus actos sediciosos. *Rajá Matanda* fué el más fiel de los tres, conservando hasta la muerte su lealtad y adhesión á los españoles. Catequizó á este indígena y le bautizó luego el segundo provincial de agustinos en estas islas Fr. Martin de Rada.

(1) Era tesorero de la Real Hacienda; pero capitán de nuestras tropas, por muerte de Mateo Sanz, maestre de campo, fué ascendido á este cargo y se le dió el gobierno de Cebú.

(2) Hoy la catedral y plaza de Palacio. La iglesia mayor erigida en catedral en 1578 por Gregorio XIII, fué al principio de caña y nipa, pero desde su primer obispo, el dominico Sr. Salazar, mejoró su fábrica.

á medio quemar habían dejado los naturales á la entrada del río (1), y el lugar destinado para iglesia y convento de los religiosos agustinos (2), ordenando además la inmediata edificación de ciento y cincuenta casas para vivienda de los nuestros: se hicieron de construcción algo sólida, aúnque no de fábrica.

Legazpi constituyó en Manila el primer Ayuntamiento, como lo hiciera en Cebú, siendo él



mismo el que hizo el trazado de la ciudad, cuyas calles, rectas en su casi totalidad, tienen la ventaja de ofrecer siempre sombra al transeunte por una de sus aceras. Merced á los informes

(1) Donde actualmente se halla la Fuerza de Santiago.
(2) Donde ahora se encuentran.

del Adelantado, la Majestad Católica de Felipe II concedió á Manila el ser cabecera de la provincia de Nueva Castilla, ó sea de Luzón (1), con el título, que ostenta, «de muy noble y siempre leal ciudad» (2).

Pero aquel hombre de recuerdo inmortal para estas islas, cuya cultura y religión ganaron inmensamente gracias á su alta política y á su actividad incansable, estaba ya quebrantado por los rudos trabajos de la espinosa tarea que se había impuesto al aceptar la misión de conquistar y pacificar el Archipiélago; y agravados sus achaques por una fuerte incomodidad que le produjeron dos de sus súbditos, le sobrevino la muerte el 20 de Agosto de 1572, tan rápida é inesperadamente que no se le pudieron administrar los últimos Sacramentos, si bien unos días ántes, en la Asunción de Nuestra Señora, había hecho confesión general y recibido la comunión de manos del agustino Fr. Martín de Rada.

Por la muerte de Legazpi vióse Guido de Lavezares encumbrado al cargo de gobernador de las Islas, y al de maestre de campo, ó segundo de aquél, el capitán Martín de Goiti. Y aún cuando Lavezares continuó la misma política de Legazpi, es lo cierto que la previsión de éste hombre singular no halló en aquel un fiel he-

---

(1) El nombre de Nueva Castilla le vino por haber en la demarcación de Manila un pueblo que los naturales conocían por Castilla, ignoran lo los indígenas más ancianos, á quienes Legazpi preguntó sobre el caso, la procedencia de ese nombre.

(2) Titulada ciudad por el Adelantado, más tarde fué declarada por el mismo monarca capital del Archipiélago.

redero, ni la característica prudencia del sesudo vizcaino. Tanto es así, que el primer descontento de la táctica que como General de las Islas desplegara el antiguo gobernador de Cebú fué el inapreciable capitán Juan de Salcedo, honor de sus antepasados, de nuestro Ejército, de nuestra Nación. Fué el caso que siguiendo la gran marcha ya empezada por Legazpi, envió Lavezares varios capitanes para que continuaran la reducción de las Islas, y en vez de mandar á Salcedo á las provincias del norte de Luzón, reconocidas ántes por tan bizarro jóven, cometió la injusticia de mandar á ellas á Martín de Goiti, olvidando que Salcedo había empeñado para someterlas buena parte de su hacienda y verificado allí no pocos actos de especial valentía que pusieron su vida en peligro más de una vez. Y no es que el invicto nieto de Legazpi diera motivos para que con él se cometiese tamaño desafuero, ni que el deferente y suspicaz Lavezares tratara de relegar al olvido los méritos y talentos de Salcedo, no: era que el nuevo gobernador de Filipinas, olvidando el estrechísimo deber de todo gobernante, de no aceptar como buena acusación alguna que no tenga por base un hecho real, había dado oidos á las maquinaciones de la envidia y sospechado que el noble capitán español, orgulloso de su fama, trabajaría en su expedición más por su propio provecho que por el de Castilla; pero ésta suposición no tenía otro fundamento que los dichos interesados de los enemigos y rivales de Salcedo, quienes no alegaban prueba alguna de sus maliciosas

afirmaciones. ¡El poco avisado ex-tesorero de Hacienda no tuvo en cuenta que así el mérito y el génio como la virtud del hombre honrado, tienen su natural enemigo en la envidia de los incapaces y de los que no gozan de rectitud de conciencia!

Salcedo, que era, ántes que hombre, caballero cristiano y español, ocultando su resentimiento en el fondo de su alma, hizo caso omiso de aquella injusta postergación, poniendo, si cabía, mayor empeño que ántes en no comprometer el honor castellano en ninguna empresa en que tuviera que intervenir como uno de los servidores de la Madre España, dando de esa manera una lección de patriotismo á sus calumniadores: ¡su lealtad se acrisoló más en la dura prueba del desvío y de la injusticia!

No dejó de conocer después Guido de Lavezares la falta que cometiera al ejecutar un acto tan impolítico en hombre de la valía de Salcedo, y quiso repararla, en parte, cuando comprendió el engaño de que fuera víctima, enviándole, seis meses después, á la pacificación de Camarines, territorio que la pericia y valentía de aquel nuevo Hernán Cortés sujetó á nuestra dominación, y más tarde le destino también á Ilocos, provincia tan querida del jóven capitán.

En tanto los españoles se ocupaban en la tarea tan ímproba como necesaria de reducir y pacificar todo el Archipiélago, vivían en Manila tal vez demasiado confiados con la escasa guarnición que el envío de soldados á provincias les dejara; y no reconstruyendo algunos de los fuertes que Legazpi mandó edificar y que la injuria del tiempo

y la contínua de éste clima habían destruido ó maltratado, fué necesario desmontar de varios de aquellos las piezas de artillería que los defendían, entre ellas las que había cerca de Bagumbayan, en el sitio en que hoy se halla la Puerta Real.

Es verdad que los naturales de esta capital parecían tranquilos y que muchos de ellos demostraban su agrado hasta en admitir con fruto las predicaciones de los religiosos que en la evangelización y el acatamiento á España de los isleños trabajaban bajo el amparo del Crucificado; pero también es cierto que no sólo teníamos que temer de nuestros enemigos interiores, sino de los que del exterior pudieran sobrevenir por haber periódicas irrupciones de moros borneyes (1), los

(Facsímile de la firma de Fr. Andrés de Urdaneta.)

(1) Agustin, sobrino de Lacandola, estaba casado con una hija del sultán de Borneo, lo cual no era óbice para las depredaciones de los súbditos de su suegro en nuestro territorio.

cuales aún á las puertas mismas de Manila cautivaban á muchas personas por cuya seguridad y tranquilidad estábamos obligados á velar.

A ésto se agregaba el no despreciable peligro de que los portugueses pudieran otra vez renovar sus pretensiones sobre el Archipiélago, consideración que adquiría mayor fuerza y obligaba á tomar las convenientes medidas de defensa, sobre todo ignorándose como se ignoraba en Manila si Portugal había ó no definitivamente abandonado su empresa de anexionarse éste territorio.

Tal era el estado de las Islas á fines del año 1574; y cuando todos pensaban que no tenían que guardarse por el momento de otros enemigos que de los borneyes y de los bárbaros y salvajes del interior, una avalancha de sectarios budhistas quiso acabar con la noble empresa que la católica España empezara en esta región, si apartada no por eso menos querida de la Metrópoli.

¿Logrará el génio del mal consumar su obra? ¿El pueblo filipino que comienza á despertarse á la luz de la Religión verdadera y de la civilización, caerá nuevamente en el letargo de las sombras y de la idolatría?

CAPITULO II

Li-Ma-Hong en Filipinas

Encuentro desgraciado de Francisco Bazán y primeras víctimas del corsario en estas islas.—Notician á Salcedo la presencia de una armada desconocida frente á Vigan.—Precauciones que toma.—Aviso de Francisco de Saavedra.—Manda Salcedo tres soldados para que prevengan á Manila.—Li-Ma Hong lo advierte y ataca la embarcación en que iban.—Forzosa retirada de éstos para salvarse del ataque.—Continúa el pirata su viaje.—Fondea en Mariveles.

Maduraba Lavezares el proyecto de trasladar la capital del Archipiélago al puerto de Cagayan por hallarse éste en mar llana y ámplia,

sin los estorbos que para el acceso á Manila encontraban en su navegación las naos que venían de Nueva España, pues, entre otros inconvenientes, costaba mucho á nuestros buques ganar en determinada monzón el estrecho de San Bernandino; y como además había llegado á su noticia que Cagayán tenía un anchuroso río, merced al cual pensó que se verían favorecidas las transacciones mercantiles que pudiéramos tener con las naciones vecinas, á fin de estudiar y reconocer dichos lugares, pacificar algunos pueblos de la citada provincia y someter á la soberanía española las islas Batanes y Babuyanes, ordenó al intrépido Salcedo que se encargara de llevar á cumplido efecto una empresa en que tanto se confiaba para la vida y prosperidad de este territorio ya español (1).

El diligente capitán no perdió tiempo en obedecer la órden de don Guido, y aprestó todo lo necesario para salir á ejecutarla. Escogió de entre sus soldados á Francisco Bazán, al objeto de que recogiera en Sinait, último pueblo de Ilocos, en su confin con el norte, las provisiones que de antemano había mandado á Francisco de Saavedra, su representante en aquella encomienda suya, que comprara y almacenara hasta que estuviese á punto de salir la nueva expedición que con rumbo á Cagayán preparaba.

(1) Salcedo, repuesto en la opinión del gobernador, que tácitamente reconocia la necesidad de los servicios de aquel, confiriéndole varias comisiones de entidad, se hallaba de nuevo en Ilocos trabajando en la completa reducción de dicha provincia.

Al alborear el 24 de Noviembre de 1574, la galeota en que iba Bazán avistó una formidable armada en la que reconoció desde luego grave peligro para él y su gente. Imposible huir porque las naves que tanta inquietud les causaran iban impelidas por la brisa y pronto las tendrían encima; por otro lado, si intentaban ganar tierra, lo escarpado de la costa les hacía temer una pérdida segura, pues la fuerte resaca presentaba duro el oleage en la orilla.

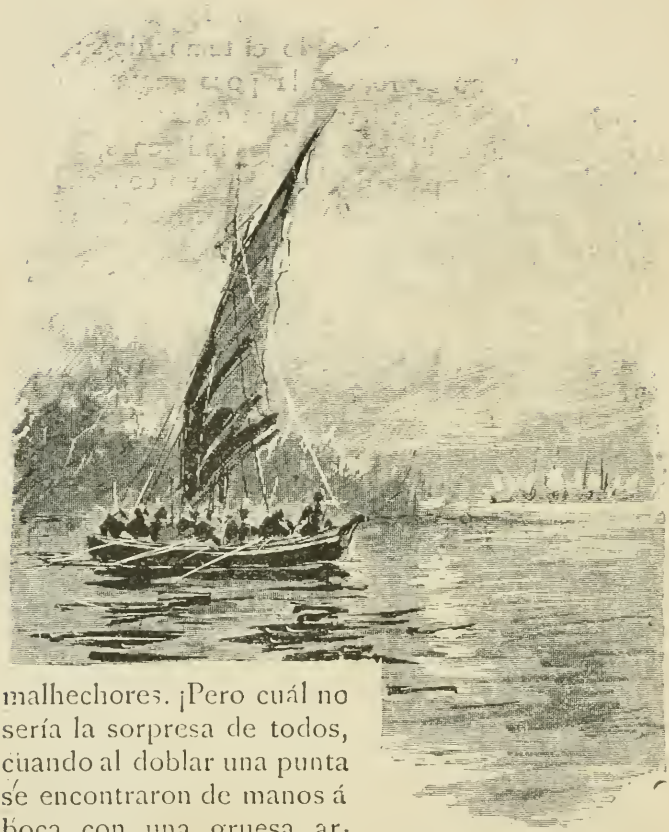
El sol había asomado ya por oriente y desvanecida la bruma del amanecer, se veían los objetos con más claridad. Bazán comprendió entónces mejor el peligro: de los barcos que formaban la armada se botaron al agua muchos bateles tripulados por multitud de gente extraña y desconocida, que aprovechándose de la tranquila mar afuera, se acercaban rápidamente á la galeota. Pelear hasta morir decidieron en aquel trance Bazán y sus veinte soldados; y distribuyéndose las armas que llevaban y preparando la pieza de crujía y los arcabuces con que contaban, se aprestaron á sostener una lucha á todas luces desigual. La primera parte de la acción fué favorable á los españoles: al romper el fuego produjeron tal destrozo en los bateles enemigos que éstos tuvieron que retirarse; pero la capitana de aquella escuadra dió al grueso de la armada la órden de atacar á la pobre galeota de Bazán, acercándose á ésta las naves á fuerza de unos grandes remos que traían en la popa, porque el viento había calmado y no

les valían sus ántes hinchadas velas. Rodearon al buque español, y tales andanadas soltó la artillería enemiga, que en pocos momentos los de Bazán se encontraron casi todos heridos y con cinco muertos. El resistir al ataque era cuestión de vida ó muerte, y los nuestros pelearon á la desesperada, hasta que vieron que eran inútiles todos sus esfuerzos. Entónces unos se echaron al agua para ganar á nado la costa y otros quedaron cautivos del poderoso enemigo. Todos éstos fueron sacrificados, ménos el piloto y el timonel que conservó prisioneros el incógnito señor de aquella flota para que ejercieran de prácticos en su ruta por las costas de Luzón; y de entre los que buscaron su salvación en la huida, unos se ahogaron ántes de alcanzar la inhospitalaria costa, y otros, los que se creyeron afortunados en poder pisarla, hallaron horrenda muerte á manos de los aún salvajes y supersticiosos indígenas que la poblaban. A la capitana del corsario fué trasladada la pieza de crujía de la galeota, de igual modo que cuantas armas había en ella, siguiendo su derrota la escuadra después de quemar la embarcación española.

Continuaba la calma y las naves del invasor vierónse obligadas á fondear en la rada de Pangdan, perteneciente al actual pueblo de Caoayan. Por fortuna y especial providencia de Dios hallabánse en aquella playa varios soldados de Salcedo, los cuales corrieron á Vigan (villa Fernandina, hoy ciudad), y dieron cuenta á su capitán del sobresalto en que los había puesto

tan numerosa flota, que, al parecer, trataba de embocar por el río de la villa. Salcedo fué á cerciorarse del caso, y hallando justificado el temor de sus subordinados, se apresuró, con la poca gente de que disponía, á fortificar la barra para evitar la entrada del enemigo, lo cual, visto por los indígenas, se retiraron al interior para ponerse á salvo con sus familias y lo que pudieron llevar de sus haciendas.

Cuando más activamente trabajaban Salcedo y el puñado de españoles que cerca de sí tenía en los preparativos para rechazar al invasor, llegó una pequeña embarcación que conducía á un soldado del alférez Francisco de Saavedra, portador de una carta de éste. En ella le participaba su encomendero que la noche anterior, el 23 de Noviembre, cuando ménos se lo esperaba, se le presentaron varios indios, tributantes suyos, manifestándole que unos extranjeros habían desembarcado en la playa de Sinait, cogido las provisiones que allí había almacenadas, saqueado las viviendas que en la costa encontraron é incendiádolas ántes de regresar á sus naves; y puesto que una de las ventajas que podían reportar los encomenderos á los naturales sometidos á su jurisdicción era la protección de sus vidas y haciendas, acudían á él demandando justicia y castigo contra las depredaciones de aquellos foragidos. Saavedra, creyendo que los autores de la fechoría denunciada fueran indios, de los que aún no acataban el dominio español, reunió los pocos soldados de su compañía y embarcados en un ligero esquife salieron en busca de los



malhechores. ¡Pero cuál no sería la sorpresa de todos, cuando al doblar una punta se encontraron de manos á boca con una gruesa armada compuesta de muchos buques, (1), de la

(1) "Muy desemejantes en fábrica á los nuestros," dice el Br. Francisco Moreno Donoso, presbítero manilano, autor de un códice de mediados del siglo XVII y cronista, en su época, del cabildo catedral.

Por fuerza tenían que ser los buques del corsario diferentes á los nuestros en la forma, pues eran champanes.

que se dieron por muy satisfechos con poder retirarse sin ser descubiertos!

El astro de la noche lucía con toda su belleza y merced á él, cuando Saavedra pudo alejarse de la escuadra, comprendió que ésta debía venir con bélicas intenciones, pues se hallaba bien artillada, según pudo observar por las portas que tenía abiertas. Como nada en concreto se sabía acerca de la resolución en las anteriores pretensiones de Portugal sobre estas islas, sospechó Saavedra, por el órden que notó en las maniobras de los navíos y la disposición de éstos, que fueran de portugueses lanzados por la metrópoli lusitana sobre el Archipiélago. Alejado Saavedra y los suyos del peligro de ser apresados por la flota que desde el primer momento tuvieron por enemiga, preparáronse para hacerles el daño posible, si á tierra saltaban, y ver de conseguir algún prisionero que les diera razón de quién eran aquellas naves y de qué nación procedían sus tripulantes.

Perplejo quedó Juan de Salcedo á la lectura de la carta de Saavedra, pero abandonando cavilaciones inútiles porque no tenía ningún dato de que partir para despejar la incógnita de quién pudiera ser el desconocido enemigo que se nos presentaba en las Islas, apresuró las obras de fortificación de la barra del río de Vigan (el *Abra)*.

Mas aquel día no iba á terminar sin que el valiente capitán recibiera nueva sorpresa: serían las cinco de la tarde cuando empezó á soplar

brisa fresca, y la armada con las velas sueltas al viento continuó su rumbo fuera de la rada de Pangdan, pasando de largo por delante de la barra fortificada.

Salcedo no dejó de comprender que escuadra así organizada no se destinaba solamente para cometer tropelías contra los indígenas, y desde luego discurió que su destino sería Manila. Y aquel hombre que la Providencia hizo aportar á este país para salvar en un momento dado á Filipinas del gran peligro en que se hallaba de volver al reinado de la barbarie, perdiéndose los esfuerzos de los Legazpis y los Urdanetas y de todos los demás contados españoles que tan denodadamente trabajaban para conquistar éste territorio á la civilización, aquel hombre no titubea: su misión es correr en socorro de la Patria.

Cierto que el gobernador de las Islas habíale inferido antaño uno de esos agravios que si se perdonan no se olvidan, porque le había herido en su amor propio, naturalmente más desarrollado en un corazón mozo, lleno de ardimiento y honradez, que lo que pudiera calcular el anciano Lavezares. Cierto que su dignidad habíase resentido de la injusta sospecha que pudo hacer preterir sus servicios en el ánimo del antiguo gobernador de Cebú, quien si trató de corregir su yerro fué de modo poco explícito y no concediendo la ámplia reparación que el buen nombre y méritos de Salcedo exigían; pero también es cierto que por las venas del jóven militar,

admiración de su época, recuerdo glorioso de España en aquella centuria é indeleble memoria del heroismo y arrojo de nuestros soldados en todos los siglos, corría la sangre castellana que dió vida á Isabel la Católica y al cardenal Cisneros, á don Juan de Austria y á Hernán Cortés, á Guzman el Bueno y á tantos más, y Salcedo no podía renegar de la nobleza de su estirpe por un mero resentimiento personal: Salcedo no recordó ogaño nada más sino que el invasor se dirigía con sus banderas desplegadas y sus hombres de guerra á la capital de éste pedazo de la Pátria donde se hallaban confiadamente albergados un puñado de compatriotas; y olvidando la ofensa que le hiciera el gobernador de las Islas manda prevenir á Guido de Lavezares del peligro que se le avecinaba, tanto mayor cuanto que sabía que se hallaba falto de gente y de municiones, de bastimentos y de otros recursos para hacer frente á la ruda acometida del bárbaro que aquella flota capitaneaba.

Llamó Salcedo á tres de sus más leales soldados y les dijo:

«El Rey nuestro Señor, que Dios guarde, reclama nuestro auxilio para librar á Filipinas de la desgracia que la amaga: ese gran número de buques que ha pasado frente á nosotros, navega, sin duda alguna, hácia Manila, que ignorante de las aviesas intenciones que llevan los tripulantes de esa flota descansa tranquila. Sin pérdida de tiempo tomad la ligera embarcación que os he hecho prevenir, aprovechad la brisa que sopla,

y á toda vela encaminaos á la capital para hacer saber al muy respetado gobernador de estas islas el peligro inminente en que se encuentran. No perdoneis esfuerzo alguno para adelantaros á la potente armada del enemigo, que en ello se interesa el servicio de ambas Magestades, en ello vá la salvación de la Pátria y la vuestra; decidle también al muy noble señor don Guido de Lavezares, que contra mi deseo retardo mi marcha á Manila para reunir á vuestros compañeros que dispersos por estas tierras cuidan del dominio castellano; y con ellos y con los adictos que quieran acompañarme presto iremos á su presencia para cumplir con nuestra obligación, combatiendo á su lado, y ofrecernos, si es necesario, en holocausto al honor nacional.»

Estas palabras excitaron el ánimo de aquellos aguerridos soldados, y sin tomar respiro embarcaron en el pequeño buque (1) que había mandado disponer su bravo capitán; y con las provisiones que sobre la marcha hallaron se hicieron á la vela, consiguiendo después de un día de navegación ponerse al alcance de la escuadra; mas, por su mala fortuna, calmó el viento precisamente cuando se hallaban frente á ella. Intentaron salir del radio de acción de ésta, á fuerza de remos; pero, miéntras los armaban, vieron que venían veinte bateles que los querían rodear, á la par que les disparaban su artillería en com-

(1) De corte y construcción característicos de este país: los tagalos conocen hoy día esa clase de embarcación con el nombre de *parao* y los visayas con el de *víios*.

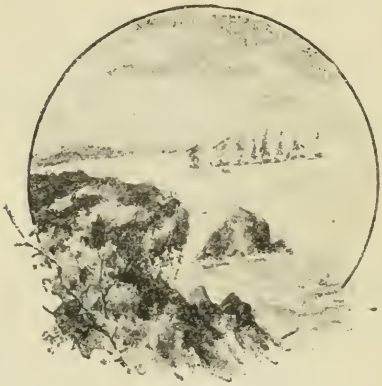
binación con la de los navíos. No tenían los soldados más punto de salvación que el acojerse á tierra echándose á nado, y así lo hicieron, abandonando su débil embarcación á la rapacidad de los enemigos, que la saquearon y se llevaron, al retirarse, las velas. Temerosos los de Salcedo de ser víctimas de los crueles indígenas del litoral, aún no evangelizados, dejaron aquella playa, ganando después de grandes fatigas nuevamente su nave, y á remo, según unos cronistas, tornaron á Vigan donde dieron cuenta á su capitán del accidente que sufrieran (1), y, según otros, siguieron su viaje por tierra, no obstante el pesado camino y peligroso trayecto que tenían que recorrer.

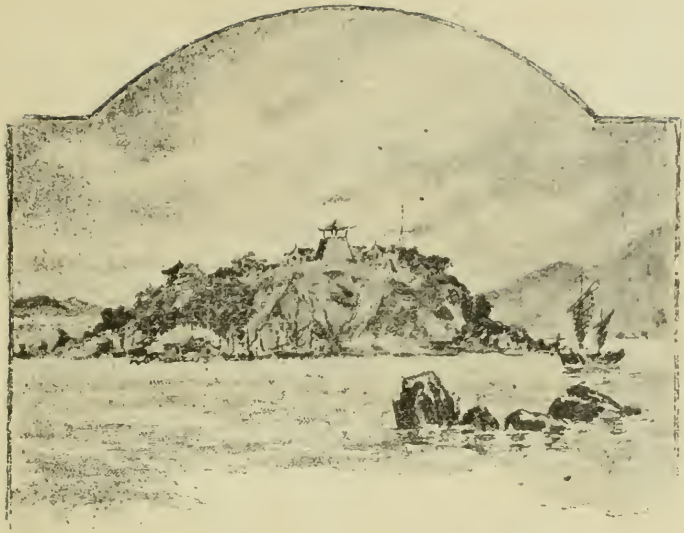
---

(1) Hay discordancia entre dos textos acerca de este punto; lo dicho lo afirma el P. Gaspar de S. Agustín en su *Conquista de las Islas Philipinas—Año* 1698; pero en la copia del Memorial del Cabildo Municipal de Manila sobre el desembarco del tirano Li-Ma-Hong, que se halla con la carta que el P. Rada mandó al Virey de Méjico, fecha 4 de Mayo de 1576, en el Archivo General de Indias, legajo titulado: *Audiencia de Filipinas:—Cartas y expedientes de personas eclesiásticas.—Años* 1570 *á* 1608, se lee lo siguiente: "Pero llegó primero el Tirano (á Manila) un día que los soldados porque en el camino los corrieron y les hizieron dar á la costa y les quebraron el Navío y así llegaron con el aviso tarde á causa de venir marchando por tierra y ser el camino largo que abra desde la villa fernandina á esta ciudad setenta leguas y de mal camino".

Lo mismo en esta que en las demás notas, al copiar las originales, trasladarémoslas íntegras, sin expurgarlas ni aún de sus faltas ortográficas, no sin advertir que en aquella época todavía no estaba fija y perfectamente determinada la ortografía del idioma castellano.

Por su parte, el invasor continuó su ruta, y el lúnes 29 de Noviembre llegó á Mariveles donde hizo fondear sus buques para evitar que los descubrieran desde Manila.





CAPITULO III

Quien fué el invasor y noticias que tuvo de Manila

Donde nació Li-Ma-Hong y antecedentes de su familia.—Inclinación del pirata.—Ofrécese al corsario Tia-La-Ong.—Hereda á éste.—Engrandece su escuadra.—Vence á Ontu-Chiao y se hace aún más poderoso.—Mensaje del emperador chino.—Manda asesinar á los emisarios de éste.—Las costas de China se arman y organizan tres escuadras contra el corsario.—Li-Ma-Hong es derrotado y se refugia en Tacoitican.—Apresa en esta isla un buque de mercaderes chinos.—Conoce por ellos la existencia de Filipinas.—Proyecta fundar en el Archipiélago su imperio.—Aprestos para realizar su idea.

Li-Ma-Hong nació en el puerto de Tiu-Chiu, gran ciudad china de la provincia de Cui-Tam,

que contaba «sesenta mil casas» (1); hijo de familia principal de aquella población, recibió instrucción esmerada al estilo sinense, desarrollándose en él desde sus más tiernos años el instinto de mando y la ambición de poderío, y distinguiéndose entre los muchachos de su edad por su arrogancia y por la superioridad que sobre ellos demostraba.

Frisaría en los diecinueve años cuando capitaneando otros jóvenes, también de instintos guerreros, se ofreció al servicio de su compatriota el famoso corsario Tia-La-Ong, que le utilizó en varias correrías; y tal maña se dió Li-Ma-Hong para agradar al encanecido pirata, que le tomó gran afecto, y tuvo tanta confianza en su valor é ingenio, que desde entónces no supo prescindir de él en las varias empresas de conquista y depredación que llevó á cabo.

Capitán predilecto de Tia-La-Ong, á la muerte de éste se encontró dueño de seis champanes y de toda la fortuna del temido corsario, que le había nombrado su heredero. Y el encumbrado pirata al recojer la herencia de su bienhechor, recojió también su nombre, y como aquél se hizo famoso recorriendo las costas de China, saqueando ciudades y apresando cuantos buques encontraba

---

(1) Tratado 1.°, capítulo XI de la *Fundación de la Santa Iglesia de Manila*, por el Pbro. don Francisco Moreno Donoso, códice de 1650. Escribimos los nombres de las poblaciones chinas tal cual constan en la crónica de Donoso y en otras antiguas castellanas, por más que no desconozcamos, que hoy se escriben de otro modo; pero el reducirlos á su actual ortografía, que es la inglesa, no entra en los fines y objeto de ésta obrita.

ante su paso, consiguiendo en poco tiempo reunir una flota de cuarenta champanes

Los habitantes de las poblaciones maltratadas por Li-Ma-Hong claman contra sus tropelías; varios vireyes de las provincias castigadas envían buques para dar caza al temible corsario: todo en vano, pues el ingenio, la pericia, el valor y los recursos de éste son sobrados para hacer frente, muchas veces con ventaja, á las fuerzas del imperio, logrando siempre escapar y ampararse, en último extremo, cuando se veía muy asediado, en la isla de Pe-hou, que había hecho inexpugnable, construyendo allí un arsenal y una fortificada plaza donde hallaba en todas ocasiones seguro refugio.

En este estado las cosas, supo Li-Ma-Hong que otro corsario, por nombre Ontuchiao, había salido en su busca con una armada de noventa velas para apresarle. Li-Ma-Hong no pudo dominar la ira que exacerbó su amor propio, de suyo exaltado, al sentirse herido por la pretensión de su colega; y sin esperar á encontrarse con él, siguió rumbo para dar con la flota de su rival, á la que sorprendió en un puerto cuya boca cerró, atacando luego á los sitiados bajeles con tal decisión que se hizo dueño de ellos. Apoderóse de cuantas armas, municiones y artillería encontró, y de los mejores champanes de su adversario, inutilizando los que creyó no le servirían: sacrificó los soldados heridos de Ontuchiao y alistó entre su gente á cuantos prisioneros sanos cogió, logrando de ésta suerte aumentar su escuadra y su ejército.

La altanería y soberbia del heredero de Tia-La-Ong había subido de punto y su fortuna subía también, como la espuma: ¡poseía ya doscientos recios champanes y mandaba cuatro mil hombres de guerra! Pero la suerte es veleidosa y si la fortuna sube como la espuma, asimismo, como la espuma, baja. Li-Ma-Hong, en su orgullo, no piensa en los vaivenes de la suerte y su poderío le embriaga, al extremo de capitanear atrevidas sorpresas sobre multitud de poblaciones desprevenidas, con lo cual por fin no pudo menos de atraer hácia sí la atención del Hijo del Cielo.

Cualquier súbdito del celeste imperio, enriquecido como Li-Ma-Hong, avisado como estaba del enojo de su rey, no hubiera malgastado sus fuerzas en improductivas y peligrosas empresas; pero el corsario, sediento de mayor poderío y nombradía, ataca y sacrifica inútilmente pueblos y ciudades, llevando la consternación y el espanto allá donde fija la vista. Las escuadras contra él organizadas por el Gobierno chino no le detienen, y continúa en su obra asoladora, como queriendo mantener por el terror el prestigio que coronara su preponderancia en las costas chinas. Y ¡quién sabe! si en su soñadora fantasía había llegado á albergarse la ilusión de que un día tal vez podría ocupar el más alto sitial del imperio.

Los desmanes de Li-Ma-Hong, las quejas de los agraviados, atraviesan ciudades y murallas, pasan por centenares de mandarines que prestan reverencia al Hijo del Cielo y llegan aterra-

doras á oidos del mismo emperador quien ya había mandado perseguirle. Pondera la fama con tan terribles colores lo insuperable que es el apresar ó el atemorizar al feroz corsario, que el soberano de China no encuentra mejor recurso que proponer á Li-Ma-Hong una encubierta capitula-

ción, que sorprende á cuantos se enteran de ella contribuyendo á aumentar el prestigio del pirata. ¿Qué fin se llevará el Hijo del Cielo ofreciendo

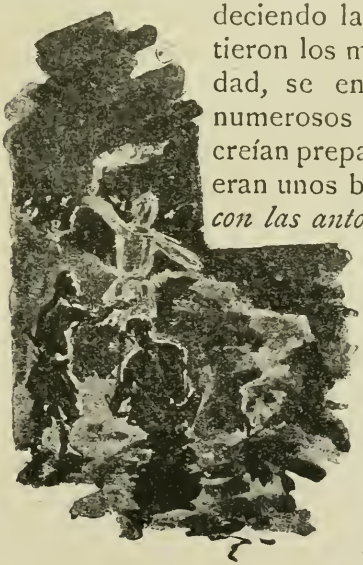
al corsario y los suyos el más ámplio perdón y el reconocimiento de sus grados en el ejército chino, si licencia aquel á sus piratas y desarma sus barcos de combate? ¿tánto le han impresionado las quejas de sus gobernados y tan falto de fuerzas se halla que ha temido no reducir con sus guerreros al soberbio corsario? ¿será tal vez un ardid para cojer más confiado al atrevido Li-Ma-Hong? Todas éstas preguntas se hizo el astuto caudillo cuando recibió en sus dominios de Pe-hou el mensaje de su señor; y sospechando, por algo que á sus oidos había llegado, de la lealtad de la propuesta y envalentonado con aquel acto del emperador, que al tratarle de potencia á potencia, dejaba entrever la debilidad de sus fuerzas, Li-Ma-Hong reta al Hijo del Cielo á medir sus armas con él, mandando desde luego dar muerte á los emisarios que aquel le enviara.

Enfurecido el soberano dispone pertrechar las costas de China y arma á sus habitantes; ordena que se aliste numerosa gente para tripular y guarnecer los muchos buques que forman las tres escuadras que contra el corsario envía; escoje tres de sus más esforzados caudillos para capitanearlas, y ofrece grandes premios al que presente á Li-Ma-Hong vivo ó muerto.

En los preparativos de éste alarde de fuerza se hallaba el imperio, cuando el ya famoso corsario ejercitó de nuevo sus sanguinarios instintos, tomando una noche por sorpresa una ciudad del litoral chino, cuyos habitantes pasó á cuchi-

llo. El virey de la provincia de Fo-Kien, á que pertenecía la ciudad saqueada, salió inmediatamente á castigar al bárbaro corsario con un formidable ejército; logró sitiarle, y preparado cuanto era preciso para asaltar las murallas detrás de las cuales se guarecían Li-Ma-Hong y sus secuaces, se echó la noche encima, perdiendo los sitiadores la oportunidad del asalto, porque decidieron dejarlo para el amanecer del día siguiente, en atención á que los sitiados tenían distribuida por las murallas *gente* avisada que *con antorchas* espiaba los movimientos del ejército imperial sin que se pudieran descubrir los suyos.

¡Gran chasco se llevó el virey al día siguiente! Cuando al despuntar la aurora sus tropas obedeciendo la voz de avance, embistieron los muros de la asediada ciudad, se encontraron con que los numerosos centinelas, que ellos creían preparados para dar el alerta, eran unos burdos *figurones de paja con las antorchas* aún humeantes *en la mano* que el sagaz Li-Ma-Hong había hecho colocar en los muros para contener á sus enemigos, miéntras, valido de las sombras de la noche, y burlando al virey, escapaba con toda su gente á lugar más seguro.



La feliz estrella del pirata se eclipsaba, y á aquella fuga, aunque de mérito, desfavorable á su prestigio porque indicaba debilidad, sucedieron varias acometidas en las que Li-Ma-Hong, acosado por espesa nube de imperiales, debió su salvación á sus ingeniosas artes. Pero nunca estuvo más cerca de caer en poder de sus enemigos que cuando se pusieron en su pista los ciento y treinta champanes que con cuarenta mil hombres,—procedentes en su mayor parte de las ciudades de Fo-Kien y Kuantung (Canton) tan arrolladas y castigadas por el pirata,—mandó en su seguimiento el Hijo del Cielo. Las buenas condiciones de los buques y la destreza de los soldados del corsario, curtidos en aquella azorada vida, libráronle también ésta vez de ser cogido por sus perseguidores, no sin que perdiera muchos de sus champanes, consiguiendo, por último, resguardarse en la isla de Tacoitican, merced á la velocidad de los bateles que en gran número y en previsión de cualquier fracaso, solía llevar consigo en sus expediciones (1).

Tantos reveses impresionaron el ánimo de aquel tirano, hasta aquella hora terror del celeste imperio y espanto de las playas bañadas por el mar de China; y cuando más preocupado se hallaba recontando sus naves y su gente, grandemente mermadas con los pasados desastres, acertó á arribar á Ta-

(1) También acostumbraba llevar cuanta madera podía para construir, en caso de apuro,—cuando no le era dable salir del peligro con sus navíos porque le estorbaba la magnitud de estos,—barquillas, con las cuales iba más ligero y sorteaba las dificultades de los bajos y arrecifes de las costas, á cuyo punto no podían llegar, por su porte, las embarcaciones que en su persecución iban.

coitican un navío de mercaderes chinos que volvían de Manila en donde hicieran pingües ganancias con sus mercancías.

Li-Ma-Hong lo apresó é interrogó á los dueños del buque acerca de la tierra de donde venían. Estos satisfacieron sus preguntas, manifestándole que la capital de Filipinas hacía poco tiempo había sido ocupada por unos hombres cuyo valor sobrepujaba á toda ponderación, por lo cual, aunque muy pocos en número, se multiplicaban en la pelea, hasta el punto que no habiendo en Manila más que unos doscientos de ellos y otros tantos en los restantes sitios que de Luzón dominaban, habían logrado someter á muchos pueblos á la soberanía de su monarca, que era el rey de España.

Pidió el corsario pormenores de la extensión y riqueza del territorio filipino, de los usos y costumbres de sus habitantes, de las fortificaciones que defendían á su capital y de las armas que tenían los españoles. Al oir la detallada relación de los mercaderes, encendida su codicia, proyectó abandonar las costas de China y trasladar su cuartel general á Manila, donde su ambición le fingió como empresa fácil establecer la cabeza de un gran imperio, exterminando á los españoles. Para el génio dominante del corsario lo mismo era reinar en Filipinas que en China; así que no titubeó en su determinación, tanto más cuanto que allí se hallaba fugitivo y en constante peligro de ser preso á causa de la activa persecución y contínuas asechanzas de las tropas del emperador.

Armó á toda prisa sesenta y dos champanes de los mejores que tenía, pertrechólos sobradamente, con muchas y buenas piezas de artillería, con infinidad de arcabuces y demás material de guerra; alistó dos mil marineros y otros tantos soldados, á los que agregó mil y quinientas mujeres, entre las que se contaban las suyas y las de sus súbditos, como núcleo del Estado que se proponía formar; no se descuidó en embarcar también médicos y boticarios á su usanza y cuantos indivíduos pudieran ser útiles a su soñada república en los diversos oficios mecánicos é industriales, y dejó lo restante de su armada y de su gente en la isla de Banzán para recojerlo una vez posesionado de sus futuros soñados dominios.

Y reteniendo en sus naves, como prácticos en la ruta de éste archipiélago, á los tripulantes del navío mercante apresado en Tacoitican, enderezó las proas de su flota al naciente territorio español

CAPITULO IV

Li-Ma-Hong en Manila

Completa el corsario sus informes acerca de ésta ciudad.—Cómo los pagó.—Ordena á Sioco tome la plaza por sorpresa.—Sufren los bateles de éste un temporal en la bahía de Manila y se van á pique tres.—Pierden el rumbo y desembarcan en Parañaque.—Se encaminan por la playa á la capital.—Los indígenas los toman por borneyes.—Funesto error de Goiti.—Inutilizan los chinos á diez soldados que salieron á su encuentro.—Entran en Manila.

Apenas el pirata cogió puerto en Mariveles hizo comparecer ante sí al piloto y timonel de

la galeota de Bazán para que éstos ampliaran los datos que tenía de Manila. Ni los ofrecimientos, ni las amenazas, hicieron mella en aquellos honrados españoles; pero, puestos á tormento, las innúmeras crueldades á que el tirano les sometió vencieron por fin su constancia y los aludidos sangleyes cautivos más algunos intérpretes portugueses que consigo llevaba Li-Ma-Hong tradujeron los anhelados detalles, diciendo que en la capital del Archipiélago solo había un débil fuerte sin artillería y defendido por veinte españoles, pues los demás se hallaban en Ilocos con Juan de Salcedo y en Camarines con Pedro de Chaves ocupados en la reducción de dichas provincias.

El pirata señaló su llegada á Manila con uno de los actos sanguinarios comunes en él, mandando dar muerte á aquellos dos prisioneros que sobrevivieron en el combate sostenido por Francisco Bazán.

Reunió Li-Ma-Hong á sus cabos (capitanes) más predilectos y les significó el gran provecho que sacarían de la empresa que á Manila les llevara, y con escaso trabajo por ser ellos muchos y estar desprevenidos los españoles.

Luego volviéndose al japonés Sioco, su segundo, le dijo:

«Y tú, mi bravo y fiel Sioco, tú que de mí has aprendido á ganar batallas, apresta seiscientos de mis más valientes soldados y vé á imponer vasallaje á ese pueblo que en lontananza se divisa; cumplido el encargo vuelve á mi presenci

para hacer yo mi entrada triunfal en la deseada Manila; aprovecha las sombras de la noche, que han sido siempre nuestras protectoras, y degüella sin compasión á los bárbaros que guarnecen la plaza.»

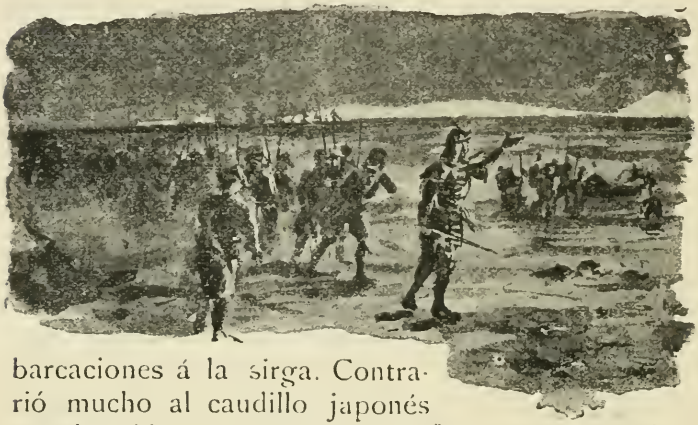
Hizo después propagar entre los suyos el ofrecimiento de que concedería valiosas recompensas á los que más se distinguieran en la toma de la ciudad, prometiendo, á la vez, rico premio en metálico á cuantos le presentaran las orejas y narices de un español.

Obediente Sioco á los mandatos de su jefe y señor embárcase con sus soldados en lijeros bateles, que son juguete de las ondas encrespadas apenas se encuentran en medio de la bahía: una fuerte nortada echa á pique tres de sus embarcaciones, y el agitado mar se traga á doscientos chinos que hallan su tumba en aguas españolas (1). Por otra parte, densa cerrazón impedía á los invasores dirigir su rumbo con seguridad, y sólo arrastrados por el empuje de las

(1) El Presbítero Moreno Donoso y los frailes PP. San Agustin, Concepción y Zúñiga, aseguran que eran seiscientos los hombres que desembarcó Sioco; y si bien citan la nortada que los chinos sufrieron, no hacen mención de las pérdidas de vidas que por ella tuvieron (el P. San Agustin dice que á los chinos se les fueron á pique tres de sus barcas), las cuales hacen constar los PP. Rivera, Bustamante, Colin, Cuevas, Baranera, Buzeta y Bravo, quienes no dan, por tanto, más que cuatrocientos hombres de desembarco por parte de los infieles. El memorial del Cabildo de Manila, no fija el número de gente echada á tierra por Li-Ma-Hong. Dice que "á ocho leguas de esta ciudad detrás de una punta echo en bateles y barcas que trahía para el efecto gran cantidad de gente la cual embió de noche y fué Dios servido según después entendimos que la propia noche que atravesaban las barcas y bateles Para darnos un alvazo tuvieron una Refriega de viento y que en esta ciudad no se sintió con la cual se detuvieron y no llegaron sino de día"...

olas á media noche consiguieron tomar tierra en el pueblo de Parañaque.

Comprendió Sioco que habían equivocado la ruta y como su objeto era Manila decidió seguir hasta ella por la playa, llevando sus em-



barcaciones á la sirga. Contrarió mucho al caudillo japonés aquel accidente que le impedía desarrollar sus planes con la amplitud que imaginara, pues temía no poder contar con el factor de la sorpresa si no llegaban á Manila ántes de que amaneciese. Y recordaba que precisamente, en varias ocasiones, las fuerzas y astucia de Li-Ma Hong de nada le hubieran valido, allá en los puertos del mar de China, sino le hubiese ayudado su rara habilidad en combinar y preparar de noche golpes de mano á sus enemigos.

Por el camino mataron los piratas á cuantos indios hallaron á su paso, sin duda para que no pudieran llevar á los españoles la noticia de su proximidad.

Amanecía el mártes treinta de Noviembre de 1574 y aún no divisaba Sioco á Manila; de buen grado se hubiera retirado á esperar ocasión más propicia para atacar á los españoles, si no considerase que no podía hacerlo sin ser descubierto y que con la noticia de su presencia los nuestros tendrían tiempo de aprestarse á la defensa. Cuando se hallaban próximos al sitio llamado hoy de Maitubig, en Malate, se encontraron con varios indígenas que consiguieron huir á la vista de los invasores, dando la voz de alarma.

La población despertaba entónces, y en verdad que para algunos desgraciados el despertar fué terrible. Sorprendió á muchos la noticia de que habían desembarcado moros borneyes en la playa de Malate, y haciendo coro á los primeros indios que vieron á los piratas, la especie corrió hasta llegar al maestre de campo Martín de Goiti, que, enfermo, en cama, no dió importancia al aviso y á los sucesivos que recibió, pues no creía que fuera posible que moros de Borneo, como decían aquellos indígenas, arribaran á Manila en la estación de nortes, pensando por tal motivo que fuera falsa la alarma propalada.

Pero el vocerío de los naturales, avisándose de la proximidad de los que ellos creían moros borneyes, llegaba ya clara y distintamente á oidos de Goiti, que ordenó que salieran diez soldados á apaciguar el tumulto; estos, no figurándose el enemigo á quien tenían que hacer frente, se encontraron con las compactas filas de Sioco que los dejaron fuera de combate y siguieron marchando

por la playa hasta el campo de Bagumbayan, donde embocaron, penetrando en Manila por el sitio donde hoy se halla la Puerta Real (1).

(1) No había entónces los fosos de hoy: las murallas de Manila, obra magna en su tiempo, no empezaron á construirse hasta diez y seis años después, en el gobierno del general Perez Dasmariñas. La ciudad no tenía ningún reparo (fortificación) que ofrecer á los enemigos.

CAPITULO V

Muerte de Goiti.

Los escuadrones * de Sioco.—Frente á la casa de Goiti.—Se convence el maestre de campo de su poca previsión y se dispone para la pelea.—Por qué se detuvo Sioco frente á la casa de Goiti.—Indignación del japonés contra la esposa del maestre de campo.—Manda pegar fuego á la casa.—Goiti se echa por la ventana y cae en manos del enemigo.—Su muerte.—Entran los chinos en casa de Goiti.—Tropelías que en ella cometieron.

No le quedaba duda á Martín de Goiti de que su funesto error y poca previsión en no

(*) Término de la milicia antigua.

acoger la noticia de que venían moros de Borneo sobre Manila (1) y en no haberse aprestado á la defensa podrían traerle grave daño, pues ya desde su casa oía la gritería de los enemigos que alborozados llegaban á la ciudad, presentando en su marcha un vistoso aspecto y buena disposición militar. Llevaban diversas armas ofensivas como arcabuces, catanes ó alfanjes chinos, partesanas, desjarretaderas y unas picas especiales que tenían en la punta hierros muy largos, finos y tan bien templados que bastaban ellas solas para desmallar la cota más tupida. Sus armas defensivas eran unos coseletes largos, á los que iban unidas faldas, á modo de toneletes, bordadas con sedas de diversos colores, llevando cotas y morriones de plata los que figuraban como jefes en aquel ejército.

Levantóse de la cama Martín de Goiti, mandó atrancar, y así, como estaba, se puso una cota de malla sobre la camisa, no dándole el enemigo más tiempo que para cojer una espada

---

(1) Es increible la indiferencia con que las autoridades de ésta capital recibieron los primeros avisos de la invasión, apatía que pudo costar muy cara y que todos después hicieron olvidar con sus proezas y pujanza en el combate.

Dice así la copia del Memorial ya citado anteriormente:

"... y con llegar de día fué tanto el estrago que hicieron por "estar como estabamos tan descuydados que aunque venían sol- "dados y naturales de la tierra a dar aviso que venían sobre "esta ciudad marchando por la playa en escuadrones formados "mucha cantidad de gente con picas y arcabuzes y otros gé- "neros de armas y muchos artificios de fuego no lo querían "creer, antes hacian burla de quien les trahía las nuevas porque "les parecía que borneyes no podrían venir que era fama que "venían sobre esta ciudad, y el que más incrédulo estaba era el "maese de campo Martín de goiti el gobernador guido dela

y una rodela porque ya llegaba frente á su casa (1). Allí Sioco dió á sus huestes la órden

de alto porque vió en la ventana á la mujer del maestre de campo. D.ª Lucía del Cornal, que les gritaba: *Andad,*

"bezares y con este descuydo y con tener mucha parte de Ar-"tillería desencavalgada y en el suelo y sin fuerte ni muestra "del porque el que avía hecho Miguel López de Legazpi estaba "todo desheeho y caydo, llegaron los enemigos sin resistencia "hasta la casa del maese del campo"...

Conviene hacer constar que dicho documento tiene un valor histórico grande porque se halla fechado en Manila á dos de Junio de mil quinientos setenta y seis, ó sea poco menos de dos años después del ataque á ésta ciudad.

Entre las firmas que en él aparecen se vé la del insigne Gaspar Ramirez, que tan activa como gloriosa parte tomó en los combates contra el corsario, y la de Andrés Cavichela, ó Canchela, según unos, primer contador de Hacienda en estas islas.

Suscriben el memorial citado: "Gaspar Ramirez.—Andrés Cavichela.—Andres de mirandaola.—Salvador de aldave.—Hernando Lopez de León.—Anton Alvarez grado—Marcos de herrera.—Alonso beltran escribano de su magestad."

(1) Situada en la hoy calle de Palacio, entónces calle Mayor, donde se encuentran las ruinas de la iglesia de la Compañía de

perros, que todos habeis de morir hoy (1). Chocó al japonés aquella especie de furia que con semejantes modos osaba recibirles á su entrada en la ciudad y preguntó al intérprete portugués que iba en su compañía qué era lo que tan á grandes voces les decía aquella mujer. Oir el altivo Sioco la injuria que la exaltada esposa de Goiti les dirijiera y desbordarse toda su soberbia en terrible ira contra la que con extraordinaria valentía les amenazaba, fué simultáneo. Ordenó á los suyos que entrasen en la casa á sangre y fuego, y como permaneciera cerrada, á pesar de los recios y continuados golpes que sobre la puerta dieran, mandó Sioco la prendiesen fuego, empezando precisamente por la puerta para que sus moradores tuvieran cerrado el paso á la huida.

Goiti, que había designado á cada uno de los cuatro soldados que en su casa tenía de guardia, el puesto que debían ocupar y cuál era la táctica que debían emplear en la defensa del sitio que les confiara, encontróse con aquel nuevo peligro que se le venía encima; y entre morir abrasado por las llamas, sin fruto y sin gloria, y

---

Jesús, en la parte inmediata al cuartel de Artillería. No es extraño, pués, que desde su casa, en el centro de la estacada que circuia el casi derruido fuerte, levantado como construyen aún hoy los moros de Mindanao sus *cottas*, viera el gobernador el conato de incendio que amenazó consumir la casa de Martín de Goiti. Don Guido de Lavezares estaba cerca del fuerte, situado en una lengua de tierra que salía hasta el mar, donde hoy está la fuerza de Santiago, que fué construida más tarde, durante el mando del general Pérez Dazmariñas, quién, al levantar las murallas de Manila, señaló la extensión y disposición de la fortaleza citada, las cuales conserva todavía.

(1) *Conquista de las islas Philipinas.*

morir matando enemigos de la Pátria, no vaciló un instante en la elección. Pero va á bajar la escalera para salir á la calle, y vé que el portal es ya un gran foco de humo y de fuego; retrocede, y no encontrando otra salida, entre un mal seguro y otro posible, el instinto le mueve á acojerse al segundo, y Martín de Goiti se precipita á la calle por una de las ventanas abajo (1).

(Facsímile de la firma de Martín de Goiti).

Sus días estaban contados, y la hora de su

(1) Fr. Gaspar de San Agustin, en la obra ántes citada.

El P. Cuevas, S. J., presenta la escena en esta disposición: Goiti baja armado, se encuentra en la escalera con los chinos y en reñida lucha mueren el maestre de campo y tres soldados de su guardia. Suben á la casa, la registran, dejan malherida á la esposa de Goiti y pegan fuego al edificio ántes de retirarse, el cual no se consumió todo, debiendo la vida á esta circunstancia doña Lucía del Corral (el P. San Agustin dice Cornal), viuda de Goiti, que después sanó de su herida.

tránsito á la eternidad había llegado; pues cercada su casa por los piratas fué á caer entre ellos, los cuales, apenas llegó al suelo, materialmente le despedazaron sin darle ocasión ni tiempo para hacer uso de sus armas. Los invasores no se olvidaron de cortar las narices y orejas del maestre de campo para pedir al tirano las ofrecidas albricias. ¡Así murió aquel veterano capitán tan conocido por su valor en los famosos tercios españoles!

El fuego, que tan amenazador se mostrara en un principio paró poco después, y los chinos entraron á saco la mansión de Goiti, no sin ántes dar muerte á tres de aquellos cuatro valerosos soldados á quienes el maestre de campo señalara sitio para atacar al corsario. Salvóse solo de la saña enemiga, aunque fué gravemente herido, el soldado Astigarribia, piloto vizcaino.

Registraron aquellos ladrones de mar (y tierra) la casa, y en uno de los aposentos que el fuego había respetado encontraron á doña Lucía, la viuda de Goiti, y á su criada, mujer de uno de los soldados de la guardia del difunto maestre de campo, á las cuales maltrataron bárbaramente, dando luego muerte á ésta porque defendió con obstinación su pudor, no permitiendo que la desnudáran, aunque al cabo, por fuerza, consiguieron los corsarios su objeto. También hicieron desnudar á la esposa del maestre de campo, y la dieron un tajo en la garganta porque tardó en quitarse del cuello una gargantilla de oro, única prenda que la quedaba en el cuerpo. Malherida, la de-

jaron por muerta, si bien quiso Dios que después sanara.

¡Cuán caro pagó la mujer de Goiti su arrebato! Sioco hubiera pasado frente á la casa del difunto capitán vizcaino sin detenerse, porque su destino era el fuerte que á toda costa quería tomar á los españoles. Pero airado por la provocación de aquella mujer, hace alto para que ésta recuerde después toda la vida que su imprudencia causó la muerte de su esposo y la de tres soldados, hijos beneméritos de la Pátria; hace alto para que la esposa de Goiti no pueda olvidar jamás el motivo de la afrenta que la infirieran los chinos y la causa ocasional de la escena en que su infeliz criada hace el sacrificio de su vida ántes que empañar su pudor.

Pero si se considera bien, la imprudente frase de la mujer de Goiti, con la que se sacrificó y sacrificó á los suyos, hizo gloriosa la memorable jornada del 30 de Noviembre de 1574, porque vése que Sioco y sus secuaces se dirigían decididos al fuerte, que hubieran tomado por sorpresa, á causa de la excesiva confianza y gran imprevisión de los nuestros; pero al enfilar hácia la fortificación española, una mujer revuelve la ira del orgulloso japonés, que manda hacer alto á su gente, quemar la casa de Goiti, entrarla á saco, atacar á sus moradores y matarlos, miéntras allá, en la fortaleza castellana, don Guido de Lavezares, que se da cuenta del tumulto, oye los disparos de la arcabucería y vé el humo del incendio, tiene tiempo de tocar alarma, de reunir un puñado

de españoles (1), que con verdadero heroismo hacen frente á Sioco y sus huestes, conteniendo el primer empuje de la horda pirática, la cual sin aquella inesperada resistencia, formidable, por lo mismo que le era desconocida su fuerza, se hubiera hecho dueña de nuestra fortificación. ¡Los españoles ganaron la primera batalla contra Li-Ma-Hong en la casa del infortunado Goiti!

(1) En los primeros momentos escasamente contábamos en el fuerte treinta hombres.

CAPITULO VI

Primer ataque á la ciudad

Alarma en el fuerte.—Chacón molesta al enemigo.—Sioco prepara el ataque.—Coje dentro de la *media luna* á los españoles.—Rogativas en San Agustín.—Li-Ma-Hong llega frente á Cavite.—Auxilio oportuno de Alonso Velázquez, Amador de Arriarán y Gaspar Ramirez.—Retirada de Sioco.—Sálvase Manila.—El japonés se escusa ante el tirano de su derrota.—Recuento de los muertos.—Llámase á las armas á los españoles de la comarca.—Siguen creyendo á los chinos borneyes.—Medidas para resistir el segundo ataque.

Las noticias que por la ciudad habían circulado al clarear el día viólas confirmadas el también

confiado Guido de Lavezares cuando oyó los disparos de arcabuz y notó la espesa humareda que salía de la casa de su capitán mayor. Mandó entónces tocar á rebato, y con el escaso personal de que disponía hizo colocar dos piezas de artillería en el exterior del fuerte, en la lengua de tierra donde éste se hallaba, para prevenir cualquier ataque por mar, pues en bahía se divisaban ya los bajeles de Li-Ma-Hong como en actitud de acercarse para recoger la codiciada presa.

Sioco entretanto se dirigía por la playa á la fortaleza; pero le salió al encuentro el capitán Lorenzo Chacón, quien con veinte arcabuceros (1), en hileras de á tres, le hizo el daño suficiente á detenerle en su camino. La destreza en el ataque á modo de escaramuza presentada por la guerrilla de Chacón, obligó á Sioco á cambiar de táctica para llegar al fuerte deseado. Se replegó y formó en su vanguardia doscientos piqueros, á su retaguardia colocó también algunos de estos soldados y situó en el centro á los arcabuceros, continuando el avance como para embestir á los españoles. Estos no comprendieron la ingeniosa táctica de Sioco, cuya columna, si bien replegóse para formar su gente ántes de avanzar, ya cerca de ellos, al emparejar con el llamado Postigo del Gobernador (2), se abrió por

(1) Es el número que señala el Presbítero don Francisco Moreno Donoso. El P. Cuevas, de la Compañía de Jesús, dice que cuarenta, y el mismo número dá el P. Baranera, S. J., en su compendio, cuyos datos, hasta 1700, están tomados de la obra de su hermano de hábito.

(2) No debió de estar donde ahora se encuentra la llamada

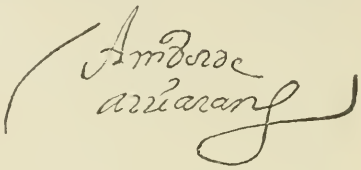
el centro y sus extremos se corrieron como para embestir el fuerte, formando una especie de media luna. Creyeron los nuestros real el ataque simulado, y se lanzaron de lleno sobre el centro del enemigo, suponiendo Chacón que con ésta embestida se replegarían la vanguardia y retaguardia de Sioco para defender el punto vulnerado. ¡Maldito error! Los piratas entónces, concentrando sus dos alas, acorralaron á los españoles, formando un círculo de hierro, donde quedó anulada la ligereza que aumentaba la superioridad de los diestros arcabuceros de Chacón, quienes viendo que les faltaba espacio para el manejo de sus armas, se lanzaron á la lucha cuerpo á cuerpo, siendo fama que á pesar de la ventajosa posición de los chinos, estos no lograron echar en tierra ni á un solo castellano. Pero el caudillo japonés hizo á la gente de su vanguardia la señal convenida, y la sección de desjarretadores entró en accion, derribando á varios de los nuestros que fueron rematados por los piqueros y por los soldados provistos de catanes Así quedaron muertos en el campo de batalla ocho españoles y heridos los doce individuos restantes de Chacón, si bien éstos lograron por último hacer un esfuerzo supremo y rompiendo aquella valla de acero y carne

---

puerta del Postigo, porque ésta se encuentra más distante de donde indican las crónicas existía aquel postigo: la puerta actual se construyó cuando las murallas: el Postigo del Gobernador, dice un cronista, estaba *á tiro de piedra del fuerte*, ó, lo que es lo mismo, á unos cincuenta metros de la hoy Fuerza de Santiago.

humana consiguieron retirarse al fuerte con el posible órden.

Pero el enemigo no cejó en el empeño de atacar á Chacón y á los escasos soldados de nuestras mermadas fuerzas y les fué picando en la retirada; mas cuando les iba más a los alcances apareció por la calle donde después,—á mediados del siglo XVII,—estuvieron «los portales del cuerpo de guardia» (1) el capitán Alonso Velázquez acompañado del alférez real Amador de Arriarán y del alférez de la compañía de Goiti Gaspar Ramirez con otros veinte arcabuceros de refresco, (2) que detuvieron á Sioco y su gente en el curso de su acometida, cargando sobre ellos tan bravamente, que el japonés, creyendo que se le venía encima un ejército numeroso, mandó tocar sus clarines á retirada, en el punto en que, provistos nuevamente de municiones, volvían del fuerte Chacón y sus doce maltrechos soldados, quienes más que curarse sus heridas pensaban en continuar defendiendo á la Pátria amada. Providencial fué la determinación del japonés y puede



(Facsímile de la firma de Amador de Arriarán)

(1) Probablemente la hoy llamada de la Maestranza.

(2) El P. Cuevas y también el P. Baranera hacen subir á cuarenta los arcabuceros de Velazquez, y añaden otros cuarenta que *llevaba Amador de Arriarán*, con los que corrieron al enemigo hazta la playa.

El Presbitero D. Francisco Moreno Donoso y el P. Fr. Gaspar de San Agustin dan la relación y número que hemos aceptado en esta reseña.

decirse que desde aquel instante Manila pudo considerarse salvada.

Algunos soldados chinos se preparaban ya á pegar fuego á la iglesia de San Agustin donde se hallaban congregados los religiosos de dicha Orden elevando sus preces ante el Santísimo Sacramento, expuesto en ferviente rogativa, miéntras los nuestros peleaban; pero el mandato de su caudillo les obligó á retirarse hácia el sitio donde habían dejado las embarcaciones.

Entretanto adelantaba por la bahía la flota de Li-Ma-Hong, engalanada con flámulas y gallardetes multicolores, celebrando la supuesta victoria de sus armas; y Sioco, después de recojer sus muertos y heridos (1), salióle al encuentro con sus bateles, fondeando con él frente á Cavite. El japonés narró á su jefe los accidentes de su desgraciada expedición, achacando el fracaso al cansancio de la gente por las maniobras que ejecu-

(1) "Detubiéronse los enemigos un dia después de avernos dado al primer asalto en el puerto de Cavite en quemar los cuerpos muertos y curar los heridos y hacer Reseña de su gente."—Memorial citado.

taron la noche anterior para contrarrestar la furia del mar y á la fatigosa caminata que soportaron de Parañaque á Manila; pero repuesto sus soldados de los trabajos de aquel día, para el siguiente prometía tomar la plaza ó perecer en la demanda.

El corsario se dió por satisfecho con las escusas de Sioco, y ordenó que el segundo ataque se diera, no el miércoles, primero de Diciembre, sino el día dos de ese mes, para que las tropas descansasen cumplidamente y pudieran curarse en esos dos días los que habían sido heridos levemente en la refriega.

Bien palpables se ven en ésta dilación los designios de Dios y la protección del cielo á la obra civilizadora de España en éstas regiones; porque si Li-Ma Hong, que contaba con numeroso ejército, hubiese admitido la promesa de Sioco, el primero de Diciembre de 1574 Manila, juzgando humanamente, hubiera pasado al dominio del corsario. Casi agotadas las fuerzas de nuestros pocos combatientes en la memorable jornada del treinta de Noviembre, y acabadas de consumir en los necesarios preparativos que luego sin tregua ni descanso tuvieron que hacerse, hubiera obtenido el invasor la más completa victoria, pues entónces ni se podía soñar con la cooperación de Salcedo, cuya venida inmediata se ignoraba y el cual no llegó hasta la noche del miércoles. ¡Dios veló por todos sosteniendo la obra cristiana!

Nuestros muertos en aquel día fueron trece,

contando con el maestre de campo don Martín de Goiti (1), y los heridos algunos más. En cambio, los chinos recogieron del campo cincuenta muertos y muchos heridos.

Como el gobernador Guido de Lavezares viera que el enemigo había dado fondo en Cavite, convocó á todos los españoles que se hallaban en la provincia de Manila para resistir al enemigo en su segundo esperado ataque.

Y siguiendo en su error de que los invasores eran borneyes hizo prender á dos indígenas principales de Manila, Numa-natay y Raxa-bago, díscolos de carácter y sediciosos en sus ideas, por si tenían parte en la venida de los piratas.

Reunida así toda la gente de que podía disponer, Lavezares repartió armas á todos los españoles, contando ciento y cincuenta individuos entre soldados y marineros. Pero las medidas acordadas por el anciano gobernador no se re-

---

(1) Según los PP. Gaspar de San Agustín y Moreno Donoso, testigos de mayor excepción porque florecieron más cerca de la época de la invasión que otros cronistas, murieron en aquel día, con el maestre de campo, trece individuos.

Conforme con el relato del primero de los citados escritores resultan: Martín de Goiti, los tres soldados de su guardia, los ocho del capitán Chacón y la criada de D.ª Lucía del Cornal.

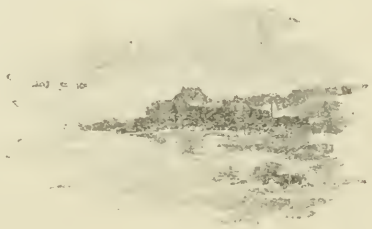
Según el P. Moreno Donoso, murieron: Martín de Goiti, los cuatro soldados de su guardia y los ocho de Chacón; total, trece.

El P. San Agustín expresa con claridad que se salvó, aunque estuvo gravemente herido, Astigarribia, soldado de la guardia de Goiti, y que solo tres murieron en los bajos de la casa de éste.

En esta divergencia, el P. Cuevas y el P. Baranera hablan de diez soldados mandados por Goiti al tener noticia de la proximidad de los piratas; soldados que fueron *hechos pedazos* (muertos) por las fuerzas enemigas. No encontramos ratificado este dato en otras crónicas de aquel tiempo, que hemos registrado.

ducían á esa especie de revista: hizo construir, en la punta de la lengua de tierra donde la fortaleza se asentaba, un fortín, en forma de talanquera, con tablas, pipas y cajas llenas de tierra, pertrechándolo con cuatro piezas de artillería, que en el ataque del treinta no prestaron ningún servicio porque no estaban montadas. Con tal actividad y deseo se trabajó, que al amanecer del día primero de Liciembre estaban terminadas todas éstas obras.

El ántes confiado Guido, lo mismo en el combate que en la tarea de fortificación llevada á cabo, se mostró tan diligente y laborioso, que los viejos envidiaban su vigor y entusiasmo y los jóvenes se estimulaban con su ejemplo. Y es que en el corazón español, cuando de la Pátria se trata, todos los sentimientos reverdecen, aún aquellos que en la caduca edad parecen más amortiguados.



CAPITULO VII

Juan de Salcedo.

Sale de Ilocos en auxilio de Manila.—Lo que significa el viaje de Salcedo.—Informes que le dan acerca del corsario.—Actitud de los indígenas.—Llegada de Salcedo á Manila.—Honores que se le tributaron.—Asciéndele Lavezares á maestre de campo.—Cómo fué recibida esta justa recompensa.—Otro ascenso merecido.—Salcedo continúa fortificando nuestro campo.—El pirata en movimiento.

Salcedo vió perderse en el horizonte las naves de Li-Ma-Hong cuando éste zarpó de la rada de Pangdan y sin tomarse un momento de descanso

dispuso cuanto era necesario para emprender su viaje á Manila, que hacía difícil la monzón reinante. Envió emisarios por toda la comarca ilocana para que los suyos se reconcentraran en Vigan, logrando reunir cincuenta arcabuceros que se embarcaron con él el veintiseis de Noviembre, no sin ántes dejar, con la previsión del hombre de gobierno, cuarenta españoles en la villa Fernandina para que custodiasen el Erario público y velaran por la tranquilidad de la provincia. Siete pequeñas embarcaciones de remo eran las encargadas de llevar por las aguas del turbulento mar de China, irritadas continuamente en la época de nortes, á Salcedo y sus valerosos soldados.

Este rasgo nos pinta la grandeza de corazón, el valor, el heroismo de aquel hijo fiel de la Pátria. Salcedo, ántes agraviado por Guido de Lavezares, ahora afronta animoso los peligros de tan difícil y arriesgada navegación, aun para buques de alto bordo. Doblar el cabo de Bolinao, con mar siempre muy alborotada en esa estación, en que soplan frecuentes nortadas, y hacer un viaje, en las condiciones en que lo hacían los nuestros, de más de sesenta leguas a remo, solo á hombres como á Salcedo, que tenían puesto el corazón en Dios y la vista fija en la Pátria, pueden no hacer titubear. Allá vá él costeando pueblos y pueblos para sustraerse de un encuentro que le sería fatal; vigilante siempre del más pequeño detalle que pudiera darle alguna noticia del enemigo y ansioso de

descubrir, al fin, en el horizonte la silueta de Manila, aquella alma magnánima no conoció el descanso en los seis eternos días que duró el viaje.

(Facsímile de la firma de Juan de Salcedo).

El treinta de noviembre por la noche entró en la bahía de Manila, y su incertidumbre acerca de la suerte de sus compatriotas subió de punto al saber por una nave de mercaderes, con la que se puso al habla frente á la isla del Corregidor, que la tan temida escuadra se hallaba surta en Cavite, sin añadirle ningún otro detalle.

A pesar de la febril actividad de los suyos, que bogaban sin descanso, en aquellas angustiosas horas hubiera deseado la rápidez del huracán para llegar á la capital y convencerse que sus hermanos alentaban aún, que el pabellón de Cas-

tilla todavía ondeaba glorioso en el fuerte español. Los remos no descansaron toda la noche y bordeando Bataan y Pampanga, para no ser descubiertos del enemigo, la luz del nuevo día les cogió frente á Bulacan, á siete leguas de su destino. A la tarde estaban á la altura de Navotas y allí vieron mucha gente indígena que huía en canoas y otras embarcaciones que llevaban enarbolada una bandera blanca, sin duda para que el corsario, si los apresaba, no los tomára por enemigos.

Juan de Salcedo los llamaba para informarse de lo que había ocurrido en la ciudad, pero como al notar la presencia de los españoles huían con mayor presteza, el capitán mandó á sus soldados que disparasen al aire los arcabuces, á fin de atemorizar á los fugitivos y lograr que se detuvieran algunos; mas como á un soldado se le escapó un tiro y mató á un indígena, los otros que con él iban, creyendo que se trataba de acabar con ellos, buscaron su salvación en el agua: trás de estos se echaron varios españoles, buenos nadadores, que cogieron á dos de los que se escapaban, los cuales contaron circunstanciadamente á Salcedo lo ocurrido el día anterior en el frustrado asalto del fuerte y el desgraciado fin del maestre de campo. Los indios, especialmente los de la parte de la ciudad, iban huyendo de Manila al otro lado del río, porque suponían que los españoles no podrían contrarrestar las fuerzas del pirata y que llegada la hora decisiva, sin socorro alguno con que

escapar del apurado trance, cuando determinasen huir, se hallarían con los pasos y caminos tomados y les saldrían ellos al encuentro para robarles y matarles (1)

La noche había cerrado y reinaba gran oscuridad; y estando ya cerca de Manila, tanto por dar aviso á los nuestros, como para engañar al enemigo, Salcedo mandó tocar los clarines que llevaba y que todos, «soldados, marineros y criados», cogiesen antorchas encendidas (2) con objeto de que creyera Li-Ma Hong que venía á auxiliar á Manila un poderoso ejército.

Los del fuerte ya les esperaban (3) y les recibieron con salvas y con grandes demostraciones de alegría. El anciano gobernador, que no ignoraba que ántes estaba Salcedo resentido de él, muy emocionado por la nobilísima acción del nieto de Lepazpi, con lágrimas en los ojos,

---

(1) *Conquista de las Islas Philipinas.*—1689.

Conviene advertir que nos hallábamos en los primeros años de la conquista.

(2) Mechas, dice un cronista, lo que nos parece más natural fueran, pues pudieron hacerlas en las mismas embarcaciones; ¿pero antorchas? ¡cómo no fuera que á prevención las llevara Salcedo!

(3) "Llegaron al Fuerte, donde por saberse ya su venida, se les hizo gran salva".... (*Conquista de las islas Philipinas*, antes citada) ¿Se sabía la venida de Salcedo? ¿Cómo? ¿Por dónde? ¿Por quién? No puede referirse el dicho del P. San Agustin á que los del fuerte habían visto llegar á Salcedo y demás españoles, porque así lo hubiera expresado. ¿No parece racional admitir que los españoles de Manila supieran la venida de Salcedo por aquellos soldados que el capitán envió en un batel desde Vigan á dar la voz de alarma á Manila y que Li-Ma-Hong sorprendió en el camino y que, según el P. San Agustin, se volvieron á la villa Fernandina, y que, según el memorial del Cabildo de Manila tantas veces citado, "llegaron con el aviso tarde á causa de venir marchando por tierra y ser el camino largo que abra desde la villa fernandina á esta ciudad sesenta leguas y de mal ca-

abrazó al valiente capitán, «generoso salvador de la Pátria y del honor castellano». Hizo Lavezares un justo y cumplido elogio del nuevo Leónidas español, recordando los méritos y servicios que había contraido, trabajando denodadamente por España en muchas provincias de este Archipiélago, haciendo resaltar muy singularmente el meritísimo que acababa de prestar; manifestó su impaciencia por el momento de

mino"? Clara y terminantemente dice el mismo valioso docucumento: "Pero llegó primero el Tirano un día que los soldados porque en el camino l s corrieron y les h zieron dar á la costa y les quebraron el Navío y así llegaron con el aviso tarde," etc. ¿No es dable, pues, suponer que los emisarios de Salcedo llegaron por tierra adelantándose unas horas á él y un día después que Li-Ma-Hong, cuando este les llevaba la ventaja de haber seguido el viaje por mar ántes que ellos pudieran continuarlo por tierra, y aquel había salido tres días después que su aviso y hecho su ruta costeando, en lo posible, para evitar un encuentro con el corsario?

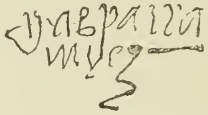
la lucha y su fé de que con la ayuda del capitán Salcedo, á quien desde luego nombró maestre de campo de estas islas, obtendrían completa victoria del enemigo.

Ese es el carácter genuinamente español: honrado como Guido, franco y leal, no le duelen prendas en ninguna ocasión: y así vemos al anciano gobernador, que, reconociendo su anterior error, se apresura á hacer justicia á Salcedo, del que le retrajeran antiguas disensiones, confiriéndole el cargo inmediato al de Capitán General, á pesar de no contar más que veinticuatro años y medio de edad. Don Guido de Lavezares se enalteció al enaltecer al nieto del Adelantado, y todos, grandes y pequeños, seglares y frailes, aplaudieron la conducta de la primera autoridad de las Islas.

Salcedo trató de renunciar con viva insistencia el honor que Guido de Lavezares trataba de hacerle, fundándose en que había otros capitanes más antiguos que él y no pocos encanecidos en la pelea más merecedores de la distinción que le otorgaba el gobernador; pero ante las vivas instancias de sus compañeros, de los otros capitanes allí presentes, de todos los españoles, que reconocían la ruda y fructuosa labor que hiciera el jóven en éstos campos para lograr que germinara en ellos la semilla de la soberanía castellana, «á ruegos y con aplauso de todos» aceptó el bastón de maestre de campo, que dió á Martín de Goiti,—á la muerte del propietario don Mateo Sanz,—el intrépido Miguel López de Legazpi para premiar los buenos

servicios del esforzado vizcaino, hechos no sólo en la edad moza sino en los rigores de la senectud. ¡Al inmaculado nombre del anciano Martín de Goiti hará honor la juventud de Juan de Salcedo!

Vacante una plaza de capitán, producida por la trágica muerte de Goiti, Lavezares hubo de proveerla, y quiso sellar aquel día con otro acto de justicia, concediendo la banda, distintivo del cargo, al alférez Gaspar Ramirez, de la misma compañía del infortunado maestre de campo y que con tanto denuedo peleó al lado de Alonso Velázquez y Amador de Arriarán en el combate del día anterior.



(Facsímile de la firma de Gaspar Ramirez.)

Terminada la ceremonia de hacer reconocer los nuevos grados de aquellos dos caudillos, Salcedo entró ya en funciones de su cargo, no descuidando, á pesar de los fatigas de un viaje tan largo y penoso, de proseguir los trabajos del gobernador, fortificando la empalizada, y dando otras disposiciones necesarias para prepararse al segundo ataque.

En ésta tarea se hallaba el valiente capitán, cuando á las dos de la madrugada del juéves dos de Diciembre un centinela dió el aviso de que Li-Ma Hong había levado anclas, y Salcedo vió que, en efecto, venía sobre Manila. Mandó tocar «al arma» (alarma), al mismo tiempo que también daba esa señal el centinela de la parte del mar. Toda la población se acogió al fuerte y

Salcedo señaló á cada capitán su puesto, reservándose él el frente de la empalizada que daba á la ciudad, como sitio de más riesgo.

Calmó el viento, y las naves del corsario no pudieron llegar á Manila hasta el amanecer, situándose tan cerca de la población que gran parte de los disparos de artillería que les hicimos, para contestar á los que ordenada y regularmente estuvieron dirigiéndonos hasta que se hizo día claro, pasaban por encima de ellos (1).

Apenas empezaron á brillar los primeros reflejos del sol, cuando aún el astro del día no había conseguido rasgar del todo las brumas del amanecer, la capitana de la escuadra enemiga disparó una gruesa pieza de artillería, á la cual contestaron los buques del corsario saludando con tres salvas sucesivas.

Los nuestros se aprestaron á rechazar las fuerzas del enemigo, ocupando el sitio que á cada uno se le tenía de antemano designado.

(1) ..... "y esta misma noche á las dos de la noche vino toda la armada del Tirano á sugir junto á nuestra ciudad tanto que las piezas que tirabamos pasaban gran parte adelante donde estaban surtos y ellos todo lo que quedo de la noche Tiravan en mucha órden gran cantidad de artillería y muchos artificios de fuego." .....—Memorial citado.

CAPITULO VIII

El ataque decisivo

Li-Ma-Hong arenga á sus cabos.—Sioco le jura morir ó tomar Manila.—Desembarcan las fuerzas del corsario.—Retira Li-Ma-Hong los bateles de la playa.—Salcedo quiere impedir el desembarco.—Entra el enemigo en la ciudad.—Ordena Sioco su ejército.—Incendia Manila.—Plan del ataque chino.—Organización de nuestra defensa.—Contra el fuerte.—Efectos del incendio.—Muere Sancho Ortiz y entran los enemigos por la talanquera.—Se dirigen á la casa del gobernador.—Salcedo y Francisco Leon desalojan al enemigo.—Llegan Guido de Lavezares y el provincial de agustinos.—Mueren Sioco y otros caudillos chinos.—Lo que ocurrió miéntras lo más recio de la pelea.—Resonancia del ataque sangley en Tondo y Mindoro.

Al dar fondo cerca á la playa Li-Ma-Hong convocó en la capitana á los cabos de su es-

cuadra (1). Reunidos ante el corsario éste les dijo:

«Ahí teneis la Manila de nuestros ensueños; la codiciada ciudad donde podremos pasar una vida libre de inquietudes y zozobras y disfrutando de cuantos placeres anhelan nuestros trabajados cuerpos; ¡miradla!: qué hermosa se despierta desperezándose en su lecho de espuma! Todo ese rico territorio puede ser nuestro; sus campos fértiles; sus verdes enramadas, anuncio de constante primavera; sus bosques de eterno follaje; sus ríos caudalosos desbordándose en torrentes vivificadores; su clima delicioso; sus ricos productos; la imbecilidad de los naturales, la esclavitud y el amor de las indias; todo está á nuestra disposición, no hace falta más sino que nosotros queramos aceptarlo. Porque la guarnición que defiende esa endeble estacada, que llaman los bárbaros españoles pomposamente fuerte, es irrisoria; fórmanla unos cuantos fanáticos que intentarán hacernos daño, al vender caras sus vidas, si nosotros no tomamos desde el primer momento una actitud decidida.

«No hay que pensar en volver á ganar las costas de China si sufrimos aquí un descalabro, que no espero, porque allá las asechanzas de los imperiales y la mala voluntad de nuestros

(1) Echó el ancla frente á la hoy llamada calzada de Santa Lucía, entónces ocupada por el mar: la playa llegaba á donde está ahora la Torre del Vigía, pues el glásis, el sitio donde actualmente se hallan el paseo de María Cristina y la calzada referida, se construyeron cuando las murallas, terraplenándose con tierra de las excavaciones de los fosos y con los escombros que produjo el espantoso terremoto que asoló la ciudad en 1645, día de San Andrés.

compatriotas nos tienen en peligro constante; en Manila podremos disfrutar de la vida tranquila y regalada que nos niega nuestro país.....

«¿Qué decís? ¿Que anoche ha recibido el contrario fuerte socorro? Engañados estaís: todo lo que habeis visto ha sido una estratagema urdida para atemorizaros; pero ¿quién dijo miedo? ¿cómo es posible que á mis leales soldados les inquiete la presencia de ese puñado de enemigos? Y aún cuando fueran más numerosos ¿qué importa á mis aguerridas y bien armadas huestes la lucha de hombre á hombre, cuerpo á cuerpo, si están acostumbradas conmigo á entrar en combates cien veces más desiguales y á llevarse la victoria en la reñida lid? No haya dudas ni temores: todos sois animosos cabos del gran Li-Ma Hong y hoy probareís una vez más que sois dignos de figurar debajo de su estandarte.

«Mi fiel Sioco hará mis veces, y él os llevará al combate, como general en jefe vuestro, para conduciros á la gloria del triunfo: reuníos todos bajo su voz, formando apretado haz de valientes; obedecedle todos como un solo hombre, reanimaos en la pelea con el ejemplo de tan esforzado caudillo, que no parará hasta concluir con esa raza bárbara que nos quiere impedir sentar aquí nuestros reales, y ¡adelante! Adelante, pues, y no dad descanso al brazo hasta que hayais exterminado á todos los demonios extranjeros.»

Esta arenga eutusiasmó á los capitanes del famoso pirata, quienes renovaron sus protestas de lealtad y sumisión á Li-Ma-Hong, ofreciendo

todos cooperar denodadamente al feliz resultado de la expedición.

Sioco se adelantó unos pasos, hizo una profunda reverencia al corsario y dijo:

«Permíteme ¡oh, gran Li-Ma-Hong! que me despida de tí al desembarcar en esa sin par ciudad, objeto de nuestros anhelos; y permíteme que te ofrezca para esta noche cómodo aposento en la casa del *taotai* cristiano: te juro que Manila será nuestra ántes de que caiga en occidente el astro de la luz, ó yo habré muerto en el campo de batalla».

Luego escogió el japonés mil y quinientos hombres bien armados para que los capitanearan los más valientes cabos de la escuadra, designados por el mismo Li-Ma-Hong, é hizo el desembarco en ligeros bateles.

El corsario, una vez en tierra toda la gente necesaria para la acción de aquel día, no quema las naves como Cortés, pero en cambio hace retirar hácia los champanes las embarcaciones que condujeran á sus soldados, obligándolos de ésta suerte á entrar en batalla con mayor denuedo, visto que tenían cortada la retirada y perdida la esperanza de poder acojerse á sus navíos en caso de huida.

Salcedo desde el fuerte presenció el desembarco, y no permitiéndole el ardimiento de su juventud contemplarlo impasible, quiso estorbarlo, saliendo con cincuenta arcabuceros; pero el gobernador, guiado por la prudencia de la ancianidad, prohibió á su jóven maestre de campo

aventurarse en aquella acción, donde pudieran los enemigos tenderle una emboscada.

Los chinos al llegar á tierra se dirigieron al campo de Bagumbayan y entraron en Manila, por segunda vez, por el mismo punto que la anterior; y frente á la arruinada casa del difunto maestre de campo, Sioco ordenó sus tropas dividiéndolas en tres columnas de á quinientos infantes, al mando la primera de él mismo, como general en jefe de aquel ejército; la segunda, de un valeroso capitán á quien confirió el cargo de comisario, dándole el puesto inmediato al suyo; y la tercera, á otro esforzado caudillo, aparte de los demás jefes que iban en aquella aguerrida y compacta hueste. Mandó que tomaran posiciones los suyos cerca del fuerte, para lo cual él se dirigiría por la playa, su comisario por la calle Mayor y el tercer cuerpo de su ejército por unas marismas inmediatas á la fortaleza, donde hoy se halla la Maestranza de Artillería.

Las columnas iban en su camino arrojando bombas de mano y alcancías de pólvora que llevaban prevenidas, las cuales pegaron fuego á las casas de la ciudad, que, como es sabido, eran de tabla. Los primeros edificios que empezaron á arder y con tal violencia que hizo inútiles cuantos esfuerzos se ejercitaron para apagar el fuego, fueron el convento é iglesia de San Agustín, en cuya construcción había dominado la madera: nada se salvó de cuantos retablos y pinturas tenía la corporación, destruyendo tam-

bién el incendio los valiosos ornamentos sagrados que la liberalidad del rey D. Felipe II donara á los religiosos.

Miéntras, avanzaban los escuadrones de Sioco, que tenían ésta consigna: la columna de la calle Mayor continuaría hasta la plaza del mismo nombre (1), donde se detendría, sin atacar, esperando que el enemigo le acometiera; la de la playa se situaría frente á la talanquera, donde hoy se halla la Torre del Vigía, con objeto de atacar á los nuestros por retaguardia tan pronto los españoles salieran del fuerte á embestir al escuadrón de la plaza Mayor; y las fuerzas formadas en las inmediaciones de las marismas, oportunamente irían bordeando el río para asaltar el fuerte por su lado izquierdo, casi á sus espaldas, pero con órden terminante de no entrar en acción hasta que se les hiciera una señal que de antemano convinieron.

Nosotros teníamos defendiendo la talanquera al intrépido alférez Sancho Ortiz con varios arcabuceros; la empalizada del frente la sostenían Juan de Salcedo y su valeroso amigo el alcalde de la ciudad Francisco de León con los piqueros y la gente necesaria para el manejo de la artillería, y los demás puestos de defensa ocupábanlos otros bravos caudillos.

Contra lo que los chinos creyeran, los españoles no salieron del fuerte y desde él, haciendo jugar sus cañones y sus arcabuces, causaron mucho daño á los enemigos. Li-Ma-Hong

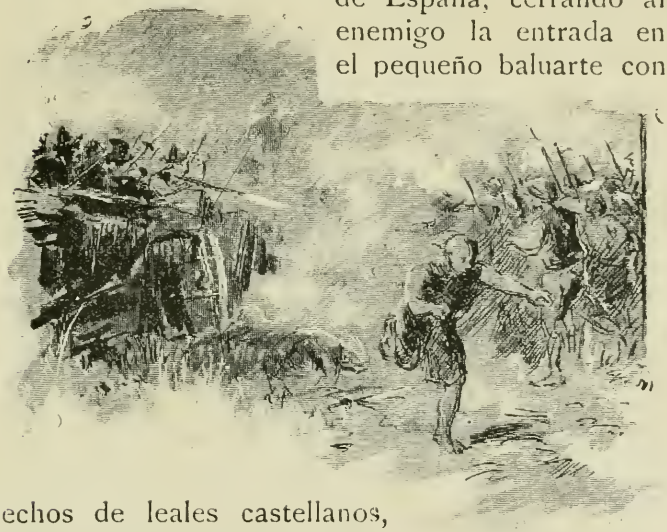
(1) Ya lo hemos dicho: la de Palacio.

acercó sus naves hácia la talanquera para apoyar la estratagema de Sioco, molestándonos con sus disparos (1); y como á pesar de esto los nuestros seguían dentro del fuerte, el altanero Sioco se decidió á atacarlo. Los piratas con arrojo admirable se metieron entónces por entre la granizada de nuestros arcabuces, y despreciando el fuego de la artillería que sin cesar los maltrataba, se avalanzaron para conseguir la posesión del fuerte, acometiéndolo con tanto denuedo cuanto era el tesón con que nosotros le defendíamos. En su ataque nos tiraron muchas bombas de mano, una de las cuales hizo estallar un barril de pólvora que hirió á varios soldados. La columna de la plaza Mayor, al ver cómo arremetía Sioco, salió á apoyarle, peleando con tanto denuedo como sus compañeros, los de las tropas del japonés: querían cumplir con el lema que en sus celadas llevaban algunos: *Poblar Manila ó morir.*

A todo esto, la ciudad ofrecía el más desconsolador aspecto: el fuego había corrido por sus casas, y la población ardía por varias partes distintas, produciendo espanto el oir los gritos y ayes que daban las mujeres, niños y ancianos, que, con los heridos en la refriega del día anterior, no pudieron acojerse al fuerte y salían huyendo de sus hogares llenos de terror.

(1) Supónese que los buques del corsario se situaron donde actualmente se encuentra la garita de los carabineros en el Malecón del Norte, inmediato al monumento de D. Simón de Anda, pues entónces el mar se internaba hasta la hoy fuerza de Santiago: los malecones son obra de principios de este siglo.

Conmovían al más empedernido los terribles alaridos que de cuando en cuando lanzaban los desgraciados, que, no pudiendo valerse, morían abrazados por las llamas. Manila presentaba un cuadro donde las más horribles tintas no podrían dar una idea aproximada de la desolación que la agobiara. Y allá, en la lengua de tierra, los nuestros defendiendo palmo á palmo el terreno de España, cerrando al enemigo la entrada en el pequeño baluarte con



pechos de leales castellanos, que preferían perder la existencia ántes que traidores ó débiles entregar á la Pátria.

Y sino ahí están Sancho Ortiz y los suyos que con verdadero brío defienden hasta morir el puesto de honor que se les señalara: ya sus brazos están cansados de herir enemigos; sus alabardas destilan sangre por todos lados; Sancho

Ortiz ha conseguido matar á dos infieles, jugando su espada y la alabarda que maneja admirablemente; en su torno vénse montones de chinos heridos que con sus ayes lastimeros proclaman la fortaleza del guerrero castellano; y testigo de la invencible resistencia de los nuestros es el fuego de cañón que Li-Ma-Hong cada vez con mayor furia dirije desde sus champanes á la talanquera.... Pero á un descuido del noble alférez un tiro de arcabuz cortóle la vida. Los chinos al verle caer arrecian en sus embestidas, sin detenerse ante los muertos y heridos que les hacíamos; por el contrario, valiéndose de los cuerpos de éstos para resguardarse en el ataque, al fin consiguen escalar la talanquera. ¡Qué mucho que obtuvieran éste momentáneo triunfo centenares de hombres bien armados y que venían de refresco, apoyados por poderosa armada y artillería, miéntras los nuestros estaban desde hacía tres días con las armas al cinto, en contínuo trabajo, no solo por las refriegas pasadas sino por la tarea de reparar nuestra maltrecha fortificación y montar nuestras menguadas piezas de artillería!

Los sangleyes apénas entraron en la empalizada se dirigieron á tomar la casa del gobernador que estaba en la plazoleta del fuerte, y lo hubieran conseguido si los horrísonos gritos de las mujeres y criados que cerca de ella se hallaban refugiados no hubieran advertido á Salcedo, ocupado en defender su puesto, del nuevo grave peligro que se presentaba.

Acudió el maestre de campo y el alcalde de la ciudad Francisco León con algunos piqueros, á tiempo que también se presentaban don Guido de Lavezares y el provincial de agustinos Fray Martín de Rada, que acompañaba al anciano gobernador en la columna improvisada para desalojar al enemigo.

En la pelea veíanse pujantes á Juan de Salcedo y Francisco León que hicieron morder el polvo á no pocos chinos, trabajo que sostenía Lavezares, á pesar de los achaques de su edad, peleando con ardor juvenil y animando á los nuestros, quienes no solo rechazaron al contrario, sino que, por fin, lograron limpiar aquel sitio de infieles, no dejando uno vivo de cuantos habían rebasado la empalizada.

Salcedo y León firmes en la brecha rechazan espada en mano al enemigo que forcejea por recuperar lo perdido; y nuestros piqueros enardecidos por el ejemplo de sus insignes caudillos les imitan en la bravura, matando é hiriendo á cuantos se ofrecen al alcance de sus terribles picas. Entretanto nuestra artillería alejaba de la barra á Li Ma-Hong: cayó muerto el esclarecido hombre cívico Francisco León, pero su muerte fué á los pocos instantes vengada con la del audaz Sioco, á quien dejó tendido en tierra y exánime un tiro de arcabuz, disparado certeramente por los nuestros.

Antes se habían adelantado al altivo japonés el comisario que mandaba la columna de la calle Mayor y otros muchos caudillos de fama

entre los piratas; y así que no es de extrañar que los chinos, atacando sin cesar durante tres horas, perdidas las cabezas que á la lucha los lanzaran, empezasen á flaquear en la acometida.

Cuando el asalto del enemigo, los indígenas que desde la ciudad presenciaban el suceso, suponiendo que los sangleyes se harían dueños del campo, saquearon las casas que el fuego no había consumido; y los esclavos recogidos en el fuerte huyeron en dirección al río, donde, para pasarlo, tomaron las embarcaciones que trajo Salcedo de Vigan, y en las cuales aún tenían los expedicionarios su ropa, que no habían podido recojer por falta de tiempo; pero tantos fueron los que se embarcaron en ellas, que zozobraron al llegar en medio del Pasig, donde se ahogaron unos, y otros fueron muertos por los naturales de Manila, que en los siervos quisieron vengarse de los amos (1).

En Tondo también se desarrolló el instinto contra la naciente dominación castellana, robando los súbditos de Lacandola cuantos ornamentos hallaron en la iglesia y los objetos que había en el convento; y hubieran asesinado al párroco Fray Gerónimo Martín y á su compañero Fr. Juan de Orta, si éstos agustinos no hubiesen logrado es-

---

(1) ..."y cierta centinela que estaba en un Navio dió voces que bajaban muchas barcas de Río arriba y no se podía saber que gente era y además de esto estaban enfrente de nosotros que un Río en medio más de cinco mil hombres naturales de la tierra con banderas alçadas degollando y matando los servicios y esclavos que de nos huyan de miedo"....—Memorial del Cabildo de Manila (1576).

caparse y esconderse; en cambio, sacrificaron á los criados de la casa parroquial y sacristanes del templo, hijos de sus convecinos y compoblanos. Mas ¡lo que es el conocer el carácter indígena!: los mismos PP. Martín y Orta, con sus razonamientos, lograron después convencer á Lacandola de su mala acción y apaciguar la sublevación, que en Mindoro había tenido ya tal resonancia, que los misioneros Fr. Francisco Ortega y Fr. Diego Mójica «estuvieron cuatro días luchando con la muerte presos y maniatados en lo interior del bosque por los indígenas que, en caso de triunfo del ejército chino, estaban resueltos á matarlos», dándoles libertad cuando se enteraron de que los chinos habían sido vencidos y que el gobernador mandaba fuerzas para defender á aquellos religiosos.

CAPITULO IX

¡Victoria, victoria completa!

El enemigo flaquea en su acometida.—Le rechaza Salcedo.—Empieza la desbandada.—Esfuerzos inútiles de los jefes chinos para hacer entrar nuevamente en acción á sus tropas.—Continúa la huida.—Salcedo los persigue.—Regresa al fuerte y los barre á cañonazos.—Li-Ma-Hong viene á tierra y quiere reanimar á sus soldados.—Desiste de su objeto.—En busca de bastimentos.—Otra carrera.—Regresan los chinos á sus naves.—Recuento de muertos.—Reune Li-Ma-Hong en junta á sus capitanes.—Deciden abandonar Manila.

Salcedo notó que los piratas empezaban á decaer en la lucha y comprendió que había lle-

gado la oportunidad de tomar enérgicamente la defensiva. Para ello hizo separar de la talanquera unas cajas y varias pipas, y por ese improvisado portillo salió con algunos soldados escogidos á correr al contrario, consiguiendo al poco rato desbaratarle, porque muertos los jefes principales de las dos columnas chinas y desconcertados sus escuadrones (1), los soldados del corsario no obedecían con la precisión de ántes á la voz de sus capitanes, concluyendo por indisciplinarse hasta volver la espalda y huir á la desbandada en cuanto Salcedo y su gente empezaron á hacer daño mortífero en sus filas. Sus cabos les exhortaron á volver á la pelea, pero fueron inútiles todos sus razonamientos, sus ruegos y sus amenazas: el pánico había cundido en sus filas, y nada fué bastante para hacer volver á la acción á aquellos soldados aterrorizados.

Salcedo dió muerte á muchos de ellos, persiguiéndolos hasta el mar, desde dónde volvióse al fuerte porque el capitán Lorenzo Chacón le avisó que, á sus espaldas, se hallaba aún en las marismas la columna china, la cual pudiera ser tuviese preparado algún ardid semejante al de la emboscada en que él cayó cuando el primer ataque á la ciudad.

Los fugitivos se arremolinaron en la playa de Malate, dónde esperaron por algún tiempo que de sus buques les enviaran los bateles salvadores: allí nuestra artillería, dirigida por Salcedo,

(1) En la antigua acepción militar de ésta palabra.

aprovechándose de su confusión, les causó muchas bajas, y habría acabado con todos, si Li-Ma Hong, advirtiendo el descalabro de los suyos, no hubiese hecho demostración de acercarse más á la costa con sus champanes, maniobra que decidió á todos los nuestros á recogerse en el fuerte, en previsión de que fuera éste sorprendido por las fuerzas que el infiel tenía en el manglar inmediato y que aún no habían terciado en la pelea. El pirata utilizó la retirada de nuestra gente para hacer un segundo desembarco, en el que echó á tierra otros cuatrocientos soldados, y sin salir él de la embarcación que le conducía (por ser costumbre entre los chinos que el jefe de una flota no tome parte directamente en la batalla), al llegar á la playa arengó á los suyos, excitándolos á pelear con mayor bizarría que hasta entónces, movidos, no tanto ya del deseo de conquistar la ciudad, cuanto por el ánsia de vengar la muerte de muchos de sus compañeros.

«El espejo,—les dijo,—de la conducta que debeis seguir ahora lo teneis en los mismos capitanes y compañeros vuestros que han preferido morir, batiéndose en el campo con el enemigo, á vivir deshonrados sufriendo la vergüenza de conservar la vida merced al perdón de esos miserables aventureros....»

«Bien sé,—continuó Li-Ma-Hong,—que, después de la pasada desgracia, me direis que sois pocos ya para entrar en empeñado combate con los españoles; por eso y para que vuestras fuerzas cansadas se restauren algo, he desem-

barcado esos cuatrocientos soldados que sabrán cumplir tan bien como vosotros con lo que os imponen nuestra historia, el compañerismo y la lealtad que me teneis jurada....»

¡Inútil arenga! Aquellas huestes no obedecían ya á otra voz que la del miedo, y lo que en otras circunstancias les hubiera enardecido, no sirvió entónces sino para hacer más palpable el amilanamiento de unos hombres que hasta entónces nunca se habían batido más que con pelotones de gente indisciplinada y cobarde.

Comprendiendo el arrogante corsario que por ningún medio podía ya continuar la lucha, quiso, ántes de retirarse á sus naves, consolar de algún modo su derrota, proveyéndose de los bastimentos que necesitaba su armada. Encomendó éste servicio á la columna de ataque que en las marismas (1) aún estaba esperando inutilmente las órdenes de Sioco para cumplir con su cometido, debiéndose á ésta estúpida obediencia militar del jefe de ella el que los suyos no se hubieran enseñoreado del fuerte cuando penetraron en él, lo cual hubieran probablemente conseguido si les hu-

(1) Es conocido de todos que el terreno de Manila estaba plagado de manglares y así lo comprueban los datos que á nosotros han llegado respecto á los sitios donde hoy se hallan la iglesia y convento de Santo Domingo y las ruinas del Hospital Militar hasta la Maestranza, que se anegaban á la subida de la marea. Situada la tercera columna en el lugar indicado, lo más probable es que no entró en combate, á pesar del desastre sufrido por las otras dos columnas, porque no estaba á la vista de éstas y se hallaba solo pendiente del aviso convenido; de otro modo no se comprende la negligencia de los chinos y su terquedad en seguir una determinación que á los mismos del manglar pudo ser fatal.

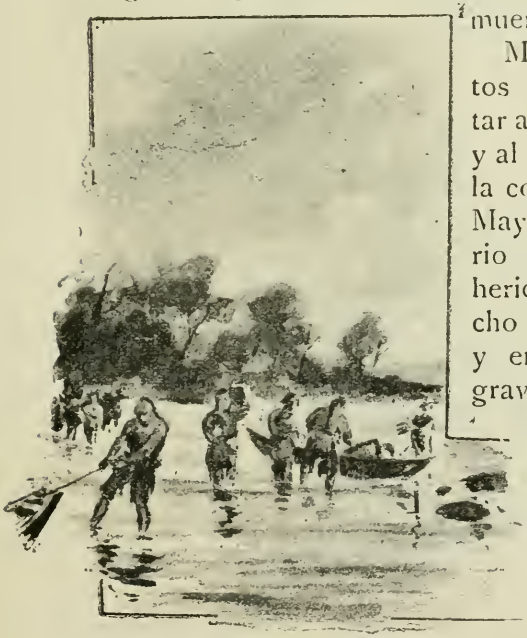
biese apoyado, atacando el flanco izquierdo de los españoles.

Li-Ma-Hong á todo trance trató de evitar á su gente un nuevo desastre, y á ese fin inventó una estratagema para engañar á los nuestros: ordenó que el resto de las dos columnas, de la calle Mayor y la playa, se mantuvieran formadas esperando órdenes, miéntras los cuatrocientos hombres que había traido se dirigían á pegar fuego á una galera y á un navío que había embarrancados en tierra; maniobra que auxiliaron los bateles, que con gente de desembarco, se acercaron hácia la punta de la lengua de tierra donde estaba el fuerte, con la calma necesaria á dar tiempo á que ejecutaran su misión los encargados de buscar las provisiones. Pero Salcedo conoció la trama urdida por el corsario, y dejó que quemaran los buques varados en la playa, porque eran para él de escaso valor; y al tener á los chinos á tiro mandó disparar su artillería, causando á los bateles el daño suficiente para que desistieran de su empresa. Entretanto él con cincuenta arcabuceros se lanza sobre los soldados de Li-Ma-Hong cuando iban á saquear algunas casas, y éstos que no esperaban la acometida, creyendo que se les viene encima un poderoso ejército, huyen precipitadamente hácia donde está esperándolos el pirata.

Desesperado éste al ver que no había forma de contar aquel día con su gente, muy adelantada ya la tarde, la manda recojer á los bateles, á los cuales se precipitan los suyos con

tal prisa que no parece sino que todos temían llegar los últimos. Estos instantes fueron bien aprovechados por Salcedo, pues ordenó una salida de nuestras fuerzas, la cual ocasionó la pérdida de muchos chinos, que cayeron á nuestros certeros disparos, á la vista del mismo pirata que no tenía modo de impedirlo.

Irritado por la actitud de los suyos, y ansioso de tomar el desquite, proyectaba dar al día siguiente el tercer ataque á la ciudad, yendo él (aún quebrantando las prácticas de su país), á dirigir en persona el combate para vengar la muerte de su fiel Sioco.



Más de cuatrocientos muertos sin contar al valiente japonés y al jefe que mandaba la columna de la calle Mayor, tuvo el corsario en aquel día; sus heridos fueron en mucho mayor número, y entre los de más gravedad, se hallaron dos capitanes, muy apreciados de Li Ma-Hong, que mandaban la gente de dos champanes (1).

(1) El citado memorial del cabildo manilense afirma que "el

En cambio, á nosotros nos costó aquella jornada las inapreciables vidas del insigne alférez Alonso Ortiz, del esforzado alcalde de esta ciudad Francisco León y de cincuenta valientes soldados.

Recogida su gente en los galeones, Li-Ma-Hong reune en consejo á sus capitanes á fin de oir la opinión de éstos acerca del ataque que proyecta para el día siguiente: sus más valientes cabos, escarmentados del día anterior, tratan de disuadirle de la empresa, haciéndole ver los sacrificios que ha costado á sus castigadas tropas, y le persuaden á que se dedique al corso en los pueblos de éste archipiélago, donde hallará mayor provecho y honra (¡¡).

El pirata, ante la fuerza de las circunstancias, se conformó con lo propuesto por sus capitanes y levó anclas aquel mismo día.

Tirano Tuvo lugar de embarcarse y luego se hizo ala bela con tanta órden y concierto como sino viera perdido gente que cierto le matamos con el día Primero más de trezientos hombres con los mejores capitanes que trahía"...

CAPITULO X

Después del combate
El corsario en Pangasinán

Li-Ma-Hong desembarca en Parañaque.—Aprestos de Salcedo.—Alarma infundada.—El pirata se hace á la mar.—Disposiciones y medidas tomadas por Lavezares.—Envía á Francisco Saavedra á prevenir á los de Ilocos.—Fin de Choncigon, piloto del navío de mercaderes chinos.—Noticias del corsario.—Se proclama rey en Pangasinán.—Fortifícase en un islote del río Agno.—Saavedra quiere comprobar las noticias que tiene de Li-Ma-Hong.—Infidelidad de su guía.—Saavedra escapa de la persecución del tirano y vuelve á Manila.

La escasez de víveres apremiaba á Li-Ma-Hong, y por eso al salir de Manila fué á surgir frente á

Parañaque, á las inmediaciones de la ría de Dongaló, que pasa por dicho pueblo, distante de Manila dos leguas proximamente. Saqueó la población, cuyos valientes vecinos le hicieron tan obstinada resistencia, que solo cesó cuando la mayor parte de sus moradores fueron pasados á cuchillo por el inhumano pirata (1).

Provisto de los bastimentos que tanta falta le hacían, racionó sus naves y zarpó con rumbo al Corregidor.

Salcedo, que no ignoraba que Li-Ma-Hong había fondeado en Parañaque, temiendo que solo se había retirado de Manila para rehacerse, dar descanso á sus tropas y volver después contra la ciudad, no se descuidó un momento en prepararse por si se verificaba la tercera acometida del corsario. Empezó la reconstrucción del fuerte, reduciendo su extensión porque consideró que con la poca gente útil que le quedaba de los combates anteriores no podría defender nuestra fortificación en los límites que anteriormente abrazaba.

Ocupado en esa tarea, alarmáronle las muchas luces que en la ciudad divisara y el gran número de personas que por la playa discurría con antorchas encendidas; mas tranquilizóse pronto porque cayó en la cuenta de que las luces eran los restos de algunas casas que aún ardían y

(1) Merece consignarse, que ese pueblo para recordar su acto de heróica resistencia al infiel, conmemóralo anualmente con fiestas al apóstol San Andrés, á quien desde entónces, como Manila, tomó por patrono.

averiguó que en la orilla del mar estaban los naturales despojando los cadáveres enemigos.

No se pasó mucho tiempo después de la infundada alarma que á Salcedo peocupara, á las doce de la noche del mismo día dos de Diciembre, cuando se le presentó uno de los centinelas que tenía apostados para vigilar los movimientos de enemigo, participándole que Li-Ma-Hong había levado anclas y se dirigía mar afuera. ¡Ya era tiempo! Aquellos heróicos soldados habían pasado tres días seguidos sin un instante de reposo y la naturaleza les reclamaba imperiosamente el necesario descanso.

(Facs mile de la firma de Guido de Lavezares.)

Salcedo colocó los centinelas necesarios para evitar cualquier sorpre-

sa y dió órden á las demás gentes de que se retirara, aprovechando las pocas horas de la noche que les quedaba para resarcirse de las fatigas pasadas.

El gobernador Guido de Lavezares convencido de la retirada del corsario, se ocupó en dictar varias disposiciones convenientes á la reedificación de la ciudad y preparar nuevos medios de defensa.

Premió á los soldados que más se habían distinguido en los combates pasados, formalizó los nombramientos de maestre de campo y de capitán á favor de Juan de Salcedo y Gaspar Ramirez, respectivamente, y ascendió también á capitán al alguacil mayor Gabriel de Rivera.

Reunió tres mil pesos entre los encomenderos y vecinos de la ciudad que habían sufrido menos en el asalto, para atender á la compra de provisiones y á la reconstrucción de los incendiados cuarteles de la infantería.

Envió órdenes á los capitanes Luis de la Haya, que se hallaba en la isla de Panay, y Pedro Chaves, en Camarines, para que vinieran á Manila con la mayor parte de los españoles que en dichas demarcaciones había, por si el corsario daba nueva embestida á la ciudad, ó por si eran necesarios para la pacificación de los naturales de Manila, Binondo, Tondo y otros puntos como Mindoro, que, movidos unos por supuestos agravios, otros por resentimientos más ó menos fundados, y la mayoría por creer que los chinos dominarían en éstas islas,

se habían alzado contra nuestra bandera (1).

Los caciques Lacandola y Soliman en franca actitud rebelde se retiraron á un punto distante de Navotas tres horas: allí acudió á reducirlos Fr. Gerónimo Marin, sin más armas que su persuasión, logrando calmar aquellos ánimos, y preparándolos con su elocuencia para la visita de Salcedo. Valido de su prudencia, su prestigio y el ánimo esforzado que le caracterizaba, el valiente jefe español se presentó sólo á hablar á Lacandola, cuyos súbditos armados con lanzas y flechas formaban en dos largas filas, cubriendo la carrera desde el río hasta la casa que aquel caudillo tagalo ocupaba en Navotas.

La dignidad del jóven maestre de campo se sintió molestada con aquel aparato de fuerza que comprendió se trataba de desplegar ante él, y saliendo por el buen nombre de España y el suyo, tuvo el animoso arranque de quitar á unos las lanzas y romper á otros las flechas, no obstante presentarse sólo, sin escolta alguna, en aquel campamento rebelde.

Así, con esa oportuna entereza, equilibrada con un tacto esquisito, consiguió reducir al levantisco régulo (2).

---

(1) *Conquista de las islas Philipinas.*

(2) El Memorial del Cabildo de Manila, refiriéndose al movimiento de rebelión habido entónces en algunas provincias,—que ocurrido en aquella época no nos causa extrañeza, porque en los comienzos de la conquista estas islas eran un pueblo que aún no había abierto los ojos á la cultura, y, por lo tanto, no había motivos para que tuviera ciertos sentimientos debidamente desarrollados—manifiesta que, "como avían visto (los naturales) que en tan breve espacio los aviamos vencido (á los

Para prevenir á los de Ilocos, por si allí surgiera Li-Ma-Hong, envió don Guido de Lavezares al alférez Francisco de Saavedra con tres embarcaciones, en las que iban veinte españoles, soldados y marineros, quienes, en caso preciso, serían de no pequeño auxilio á los nuestros de la villa Fernandina.

Al propio tiempo y con el fin de hacer frente á cualquier otra invasión, aquietados ya los turbulentos, comisionó el gobernador á su maestre de campo para que fuera á la Pampanga á comprar maderas, con dinero que pidió prestado también a los encomenderos, para hacer un fuerte. Salcedo consiguió terminar allí la fortaleza en menos de dos meses, con la ayuda de dos á tres mil pampangos, á quienes ocupó en el corte de maderas, el acarreo de éstas y en la edificación.

Li-Ma-Hong, que había zarpado de Manila el dos de Diciembre, lejos de volver á ésta capital, hizo rumbo á Pangasinan, para establecerse en el caudaloso Agno, en cuya desembocadura es más que probable que ya había fondeado en su viaje de conquista á Manila. Apenas el corsario se

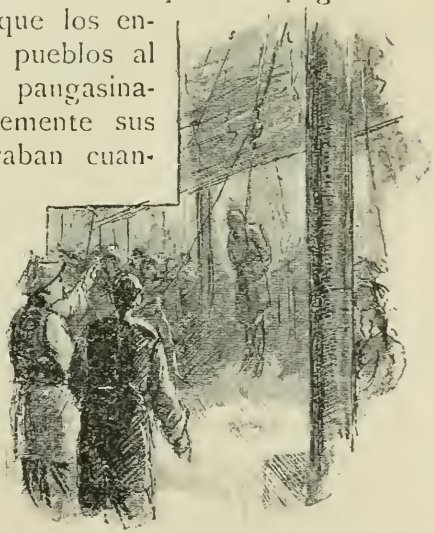
---

indígenas), tornaron á ser nuestros amigos aunque ya avían profanado los templos y quebrado las aras y las imágenes y degollado puercos y cabras en los altares y hecho muchas crueldades con los frayles hasta calentar agua para batiçarlos diciendo que pues ellos baptiçaban con agua fría que era lícito fueran baptiçados con agua caliente"...

El acostumbrado á leer nuestras antiguas crónicas no podrá menos de observar en éstos detalles y en varios de la sublevación de los indígenas en tiempo de Lavezares y en otras posteriores muchos rasgos de semejanza con la reciente insurrección tagala.

halló fuera de la bahía mandó ahorcar á Choncigon, piloto del navío de mercaderes que apresó en Tacoitican, bajo el fútil pretexto de que le había engañado con sus noticias sobre la guarnición y fortificaciones de Manila.

Saavedra, que había salido poco después que el pirata, al llegar á Bolinao tuvo noticia de que Li-Ma Hong se había hecho fuerte en un islote del Agno, á una legua de su embocadura, entre Salasa y San Isidro, y se había hecho proclamar rey de Pangasinán, á cuyos naturales contó que había tomado á Manila, incendiado su población, y matado al gobernador, al maestre de campo y á los principales españoles de la ciudad. Con estos engaños sometió á su soberanía á aquellos indios, prometiéndoles además que no pagarían tributo alguno y que los enriquecería abriendo sus pueblos al tráfico con China. Los pangasinanes acataban obedientemente sus órdenes y le suministraban cuantos víveres le hacían falta, admirándoles que en poco tiempo consiguiera el tirano hacer en su isla una población, que no estaban acostumbrados á ver. Rodeó su campamento de una estacada de gruesas palmeras, de unos cuatro metros de



alta, donde levantó casas para su gente, y en su centro, circunvalado de fosos y trincheras, construyó una gran fortificación donde cabían holgadamente acuartelados seiscientos hombres de guerra; en medio de ésta fortaleza levantó su palacio, que adornó con valiosos muebles y preseas traidas de sus barcos, y también levantó una pagoda ricamente alhajada donde ejercitaba su culto idolátrico y en la cual se veían muchas lámparas y otros objetos de plata.

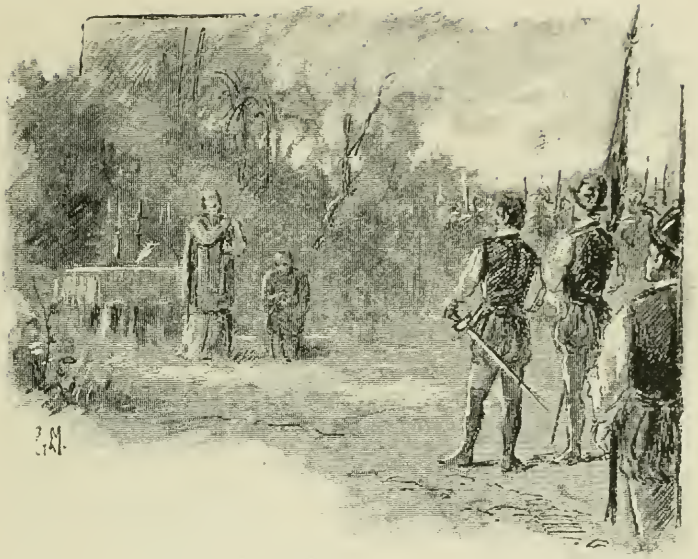
Nombró oficiales para el gobierno de Pangasinán; hizo despachar provisiones para el nombramiento de gobernadores de otros puntos; y mandó que veinte de sus buques fueran publicando por las provincias limítrofes sus fingidas victorias y su nuevo reinado y la órden de que todos fueran á prestarle acatamiento y á jurarle obediencia, «prometiendo grandes mercedes á los diligentes» y muchas mayores «á los que matasen á sus encomenderos y á los españoles que hubiese en la provincia».

Supo además Saavedra que el corsario seguía fortificándose y que había almacenado considerable cantidad de bastimentos procedentes de los poblados de Pangasinán; y comprendiendo cuánto nos importaba conocer puntualmente todos los aprestos del enemigo, rogó Saavedra á un principal de Bolinao que le guiase hasta el fuerte del pirata, á lo que se prestó de buen grado el indígena, metiéndose ambos y un soldado de Saavedra en una banquilla, sin remo alguno, porque, según el guía, así era conveniente al viaje; y

después de navegar cinco horas de noche dijo el indio á Saavedra que se esperase allí, mientras él iba á explorar el terreno por si estaban vigilantes en la jurisdicción de Li-Ma-Hong. Mas como tardase en regresar, sospechando el alférez alguna traición por parte del guía, determinó dar la vuelta para huir del peligro, pues con lo que tenía sabido era bastante para enterar á sus compañeros y á Manila sobre la situación del corsario. Llegó Saavedra al sitio en que le esperaban los suyos, y al doblar una punta vieron á la claridad de la luna algunos navíos del pirata, cuya pista trataron de burlar; pero no pudieron hacerlo tan pronto como deseaban, porque llegados al sitio donde tenían sus embarcaciones vieron que la marea habíalas dejado en seco y era forzoso que esperasen la subida de aquella para aventurarse por la playa sucia por no pocos bajos. Muy preocupados andaban con este contratiempo, cuando notaron que se les echaban encima dos naves enemigas y que por tierra les cerraba la huida mucha gente que se comunicaba á grandes voces y cuya intención era manifiesta. El traidor guía de Saavedra había ido á Li Ma-Hong y le había descubierto la presencia de los españoles y la comisión que de Manila traían de seguir los pasos del corsario, y así éste mandó aquellas fuerzas para sorprender á los nuestros y matarlos.

Pero Saavedra, que comprendió el gran riesgo que corrían él y sus compañeros si retardaba en decidirse, confiando en la Providencia, que tan

propicia se les había mostrado hasta entónces, lanzóse á buscar paso con sus embarcaciones por unos bajos que salvaron, y después, favorecidos por el viento, alcanzaron mar llana que les puso fuera del alcance del enemigo, quien no había guardado aquella salida porque creyó que no sería posible pasar por ella.



CAPITULO XI

En busca del pirata

Reitérase la órden pidiendo refuerzos á Camarines y las Visayas.—Revista de tropas en Manila.—Envíanse emisarios á Pangasinán para convencer á los naturales de la perfidia de Li-Ma-Hong.—Inútil diligencia.—Sale la expedición contra el corsario.—Quienes iban en ella.—Cómo se distribuyeron las fuerzas que quedaron.—Llega Salcedo á Bolinao.—Cómo le reciben los naturales.—Noticias que tiene del pirata.

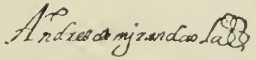
En vista de las noticias traidas por Saavedra el gobernador despachó otro aviso á las provincias de Camarines, Panay y Cebú para que con

toda urgencia reconcentraran en esta capital sus fuerzas, pues deseaba llevar á cabo cuanto ántes la expedición contra Li-Ma Hong, á fin de evitar que éste adquiriera mayor fuerza aliándose con los naturales de algunas comarcas, como los de las anteriormente alzadas, cuando el corsario intentó tomar á Manila.

El tres de Enero de 1575 quiso Lavezares conocer las fuerzas de que disponía en esta capital y pasó revista á la guarnición, de la que contó doscientos individuos, á quienes mandó dar armas y ordenó que estuviesen preparados para marchar en busca del pirata al primer aviso que recibieran, que sería en cuanto llegaran los refuerzos que se esperaban de Camarines y Visayas.

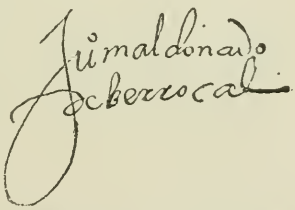
Como no ignoraba el gobernador la dificultad de encontrar en Camarines embarcaciones para venir á Manila envió tres á Pedro de Chaves con las cuales llegó á Manila el veintiseis de Enero, trayendo consigo setenta y cinco soldados, á costa de dejar la provincia completamente desamparada, porque comprendió que era más perentoria y grave la necesidad que de gente se sentía en Manila. También llegaron á esta ciudad, en dicho día, un buque procedente de Panay y otro de Cebú, por los que avisaban los cabos de las citadas provincias que vendría pronto el auxilio de gente pedido, para lo cual se había apercibido ya á los interesados que se dispusieran al viaje. Pero se retrasaron demasiado, pues hasta el quince de Marzo no se hallaron

reunidas en Manila todas las fuerzas citadas (1).



(Facsímile de la firma de Andrés de Mirandaola).

Miéntras nos preparábamos en Manila, el gobernador quiso intentar la reducción de los pangasinanes, haciéndoles ver el engaño de que eran víctimas por parte del pérfido Li-Ma-Hong; y al efecto mandó con esta comisión, así como con la de que explorase los designios del corsario, tomando lenguas por aquellos pueblos, al licenciado Cabello, el cual se puso en marcha acompañado de doce soldados. Llegado á los pueblos ribereños del Agno intentó poner en ejecución el encargo que llevaba; mas los naturales le respondieron que estaban muy contentos y conformes con su nuevo rey y señor *Don Li-Ma-Hong*, de quien no tenían la menor queja, pues hasta les había suprimido el tributo que los españoles les cobraban. No fueron, como es natural, del agrado del gobernador estas impresiones, pero no por eso se desalentó, sino que tenaz en su deseo de atraerse á aquellos indígenas, envió de nuevo allí al capitán Juan de Maldonado (2), con veinte soldados, fracasando ésta nueva



(Facsímile de la firma de Juan Maldonado de Berrocal).

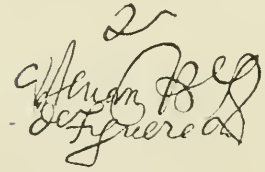
(1) Andrés de Mirandaola es otro de los hombres de aquella época; desempeñó el cargo de factor y otros destinos civiles y figura como uno de los firmantes en el Memorial del Cabildo Municipal de Manila, que hemos citado repetidamente.

(2) Vino en 1565.

tentativa, á causa de haberse escapado en el camino los guías de la expedición, motivo por el cual Maldonado y los suyos regresaron á Manila.

El veintiuno de Marzo (1), después de haber oido todos los expedicionarios una misa y recibido la bendición del sacerdote celebrante, se embarcaron, saliendo en demanda de Pangasinán las sesenta embarcaciones (2) que formaban nuestra escuadra. ¡Precioso espectáculo el de aquellos soldados que al ir á acometer empresa de tal importancia para su nación poníanla bajo el amparo del Dios de las batallas, cuya fé y cuya religión conservaban inmaculadas en lo íntimo del corazón!

Formaban las fuerzas expedicionarias: doscientos y cincuenta soldados peninsulares; cuatrocientos marineros de los llamados de levante, y servidumbre para los buques; sesenta y siete criados visayas; mil y quinientos indios adictos (3) de las islas de Cebú, Bohol, Leite y Panay, diestros en el manejo de la flecha, otros doscientos visayas, alistados y sostenidos por D. Estéban Rodríguez de Figueroa, patriota que tomó parte muy



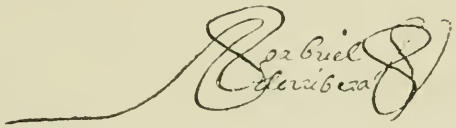
(Facsímile de la firma de Estéban Rodriguez de Figueroa.)

(1) El P. Gaspar de S. Agustín dice 22 Marzo; pero el memorial del Cabildo de Manila, en 1576, dá el 21 de Marzo como fecha de la salida de la expedición á Pangasinán.

(2) "Entre medianas y ordinarias" dice el P. Gaspar de San Agustín.

(3) Obsérvese que éstos naturales han sido, generalmente, más leales á nuestra corona que los de otras provincias, siendo de notar algunas, como Ilocos, Pangasinán, Pampanga, Cagayan,

principal en la expedición (1), á la que concurrió con seis embarcaciones, tan capaces que una de ellas sirvió para capitana de la armada Además del maestre de campo, que era el jefe superior de la expedición, iban en ella también los capitanes Lorenzo Chacón, Pedro de Chaves (2), Gabriel de Rivera (3) y Gaspar Ramírez (4); el sargento mayor Antonio Hurtado; el alférez real Amador de Arriarán (5), y



(Facsimile de la firma de Gabriel de Rivera.)

Tayabas y otras, las cuales costò grandes esfuerzos reducir en diferentes ocasiones. Por eso, al guarnecer en esta ocasión las comarcas más importantes, Lavezares deja en Ilocos cuarenta soldados, miéntras que en Cebú, más distante de Manila, solo le señaló veinte, detalle este que pasa por alto un compilador que ha publicado otros tomados de la misma crónica y de la que ha suprimido lo que no ha gustado á su imaginación ó á su deseo, produciendo á veces tergiversaciones de concepto ó error en los sucesos.

(1) Este Figueroa había hecho mucho dinero en Méjico, que empleó bien, en empresas patrióticas.

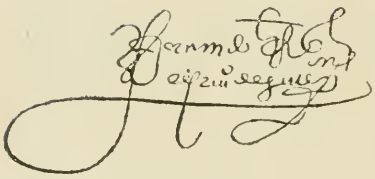
Casado con la hija del Licenciado Melchor Dávalos,—que llegó al país en 1584 para formar con el Dr. D. Santiago de Vera y el oidor Pedro de Rojas la primera Audiencia,—en 1589 fué sentenciado á seis años de destierro de Manila por haber dado muerte á su esposa y á un hijo de su hermano. Marchó á Mindanao donde combatió gloriosamente contra los moros y allí fué muerto por éstos en una emboscada.

(2) A la munificencia de este militar, un día maestre campo de estas islas, se debe la construcción de la primera iglesia de Sampaloc.

(3) Esforzado caudillo que fué el primero que en el Archipiélago ostentó el título de mariscal: su jurisdicción abarcaba el territorio de la Laguna de Bombon, en Batangas, donde se le concedió extensa encomienda por sus excelentes servicios guerreros.

(4) Vino con Legazpi en 1565.

(5) Era muy amante de los indios: para atender á los indígenas enfermos de su encomienda fundo un hospital.



(Facsímile de la firma de Hernando Riquel, escribano de S. M.)

el secretario de Gobernación y Guerra Fernando Riquel (1).

Salcedo, hombre de entendimiento claro, comprendió que yendo en su compañía Lacandola, reyezuelo levantisco, á pesar de ser aparentemente gran amigo nuestro, Manila se vería libre de un peligro más, desconcertando de ese modo al maleado partido de Tondo, y así invitó y convenció á aquel que con sus hijos y parientes le acompañaran en su empresa á Pangasinán, donde podría ganar nombre y fortuna. El jóven capitán mayor llevó también como intérprete al chino Sinsay, afecto á nosotros y no desprovisto de ingenio.

Como capellanes de las tropas expedicionarias

(1) Llegó á Cebú con el Adelantado. Consta en documentos oficiales que certificó, como escribano de S. M., de la conquista y posesión de Luzon y otras islas. Asimismo dió fé de haber Legazpi titulado ciudad á Manila.

(Facsímile de la firma de Fr. Martín de Rada.)

iban el provincial de agustinos Fr. Martín de Rada y su compañero el P. Pedro Holgado.

Llevaba nuestro ejército bastimentos en cantidad sobrada, muchas picas, arcabuces y otras armas para los infantes, mil y quinientas libras de pólvora y cuatro piezas de artillería.

Pero la necesidad de reconcentrar fuerzas en Pangasinán no excusaba el dejar desamparadas de guarnición ciertas provincias: el gobernador quedóse en Manila con los capitanes Luis de la Haya y Alonso Velázquez, con cien arcabuceros y treinta marineros, á los que podían agregarse treinta soldados enfermos que al sanar engrosarían nuestras fuerzas. También mandó á Ilocos cuarenta soldados y veinte á Cebú.

Para prevenir cualquier sorpresa del enemigo habían salido delante de la flota de Salcedo, como exploradoras, varias embarcaciones veleras que se incorporaron al grueso de la armada al llegar á Bolinao, sin encontrar dichos avisos el menor accidente en su ruta. Fondeó allí el maestre de campo y saltó á tierra, siendo recibido con especial agasajo por aquellos naturales, quienes le tenían en tan gran estima, que noticiosos de la misión de Salcedo, se ofrecieron á ir con él para batir al corsario.

Diéronle detallados informes de la fortificación del pirata y de su emplazamiento; quejaronsele de las tropelías de Li-Ma-Hong, que, en los cuatro meses que entre ellos estaba, habíales hecho muchos daños, no siendo el menor la destrucción de sus *coca-*

les,—que formaban la mayor parte de sus riquezas,—para utilizar el grueso ástil de las palmeras en la construcción de su fuerte. Por otra parte, la promesa de no imponerles tributo alguno fué mero ardid para atraer á los indios á su obediencia; porque una vez que se le sometieron, no solamente les impuso tributo sino que se lo exijió, en forma tan apremiante que mandó ahorcar á uno de los indígenas principales porque no acudió presto á su llamamiento, trás el cual venía la obligación de pagar el tributo que como vasallaje les cobraba. Los soldados del corsario no eran más mirados que su señor para con los indios, y las vejaciones de que éstos eran víctimas aumentaban de día en día.

Averiguó también Salcedo que tenía el corsario en su fuerte enclavado á siete leguas de Bolinao, unos dos mil guerreros, y para evitar que éstos pudieran disponerse á molestarlos si tenían aviso anticipado de su viaje, apresuróse á continuarlo hasta un islote á dos leguas de la embocadura del Agno y á tres de las posiciones del pirata.

CAPITULO XII

Contra el corsario

Preparativos para atacar á Li-Ma-Hong.—Doble ataque á las fuerzas del corsario.—Incendio de sus naves.—Qué hacía entretanto el pirata.—Por qué no tomamos la *Fortaleza de Oro*.—El enemigo nos arroja de su recinto.—Vuelven los españoles á ocuparlo.—Pegan fuego á las casas que hay dentro del fuerte.—Reciben los chinos gran auxilio.—Retíranse los nuestros.—Prepárase Li-Ma-Hong para la segunda acometida.—Como proyectó rendir á los nuestros.

En la noche del veintiocho de Marzo, y el mismo día que fondeó en cabo Bolinao, pasó la armada española al islote del Agno. Los nuestros estu-

vieron durante la noche escondidos, hasta que al amanecer, sin ser notado, el capitán Gabriel de Rivera salió con dos soldados á reconocer la barra y embocadura del río. Dejaron éstos la embarcación en que iban detrás de una punta y fueron por tierra á verificar su exploración, no descubriendo más que unos chinos que tranquilamente pescaban.

Con tan buenas noticias, Salcedo mandó descargar sus buques de mayor porte y llenarlos de piedra; y con ellos y las demás naves de su armada subió el río cuatro horas ántes de que amaneciese el treinta de Marzo, miércoles santo de 1575. Al llegar á la parte más estrecha del Agno encadenó las naves que llevaba al efecto lastradas y cerró así la entrada de la barra. Desembarcaron los nuestros, levantaron sus tiendas de campaña, asentaron su artillería en el sitio más apropiado y dispusieron cuanto era necesario, con tal presteza que ántes de alborear aquella mañana estaban ya perfectamente acampados.

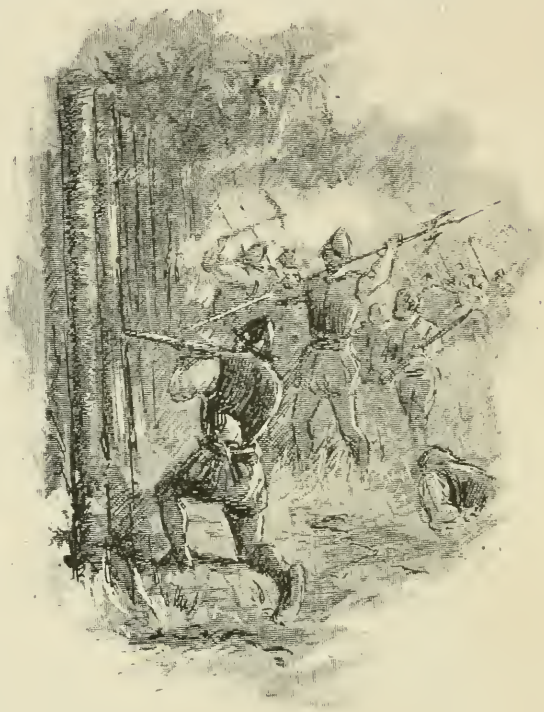
Los españoles esperaban el efecto de la sorpresa de Li-Ma-Hong cuando al ser de día viera al odiado vecino que tan intempestivamente había trasladado sus reales en sitio actualmente de su dominio. Pero llegó el mediodía sin que se notara que el corsario se hubiera enterado de la presencia de Salcedo y de sus tropas en pleno campo suyo; y aunque temía el jóven maestre de campo que la quietud del pirata fuera un simple ardid, como necesitaba algunas embarcaciones más para cerrar mejor la entrada del río,

pues las suyas no habían sido suficientes á completar su deseo, ordenó á tres de sus capitanes que simularan un doble ataque á las fuerzas de Li-Ma-Hong, en esta forma: el capitán Gabriel de Rivera, con treinta arcabuceros y doscientos indígenas arqueros, marcharía por tierra, siguiendo una curva del río, en dirección al fuerte; y subiendo el Agno, en ocho bateles, los capitanes Lorenzo Chacón y Pedro de Chaves, con ochenta individuos, continuarían hasta resguardarse en un remanso cercano, para que, cuando comprendieran que Rivera y los suyos habían empezado el ataque al fuerte, calculando que los chinos se verían obligados á abandonar sus naves para acudir al socorro de los de tierra, tomasen á mansalva los navíos del corsario, con los cuales conseguiría su intento de cerrar por completo la barra.

Pero como Chacón y Chaves estuvieran algún rato perplejos entre situarse donde el maestre de campo les ordenára ó continuar hácia los buques del enemigo, porque les pareció que estos se hacían á la vela, en esta sazón fueron descubiertos por la gente que guardaba los champanes de Li-Ma-Hong, la cual, temerosa de la acometida, buscó su salvación echándose al agua para ganar la orilla y acogerse al fuerte. Abandonadas por su tripulación las naves del tirano, los nuestros se posesionaron de ellas.

Gabriel de Rivera, que había llegado á la fortaleza, al ver venir á los marineros de la armada china corriendo á la desbandada, salió-

les al encuentro con sus arcabuceros y flecheros haciendo gran estrago en los fugitivos, á quienes nadie defendió, hasta que advertidos los del fuerte de lo que ocurría se reunieron para hacer frente á los nuestros desde la empalizada, no osando salir de allí temerosos de una emboscada.



Chacón y Chaves oyeron los nutridos disparos de los arcabuces, y considerando que Rivera había salido con poca gente, para contrarestar las fuerzas del enemigo, decidieron que el primero fuera en socorro de su compañero, quedando Chaves con treinta individuos para quemar de la armada del corsario lo que no necesitaba, una vez separados los tres mayores champanes y todos los bateles para cegar la entrada del río.

Rendidos por la pelea, empezaban ya á flaquear los nuestros cuando llegó Chacón con el oportuno auxilio, y reunidas las fuerzas cerraron con brío contra los piratas; no pudiendo, sin embargo, asaltar el fuerte por ser su empalizada alta y no ir los españoles preparados para escalarla; pero procuraron por entre las junturas de la estacada apuntar á los de adentro, siendo tal la destreza y habilidad desarrollada por la tropa, que los arcabuceros ayudados de los arqueros consiguieron hacer retirar al enemigo, el cual así les dejó ocasión para romper parte de la puerta y por la estrecha abertura entrar en la fortaleza, matando y derribando piratas hasta llegar al segundo recinto, ó sea al llamado *Fuerte de Oro* (1), donde el corsario se alojaba y tenía su cuantioso caudal.

Li-Ma-Hong no se había dado cuenta de la presencia de los españoles en las cercanías de sus reales, porque aquella mañana había tenido una junta laboriosa con sus capitanes, en la que se discutió á donde se debían enviar treinta ó cuarenta de sus naves para proveer de municiones de boca á su numeroso ejército. ¡Cuál no sería, pues, su sorpresa al notar la proximidad de los nuestros por los primeros tiros que a sus oidos llegaron! Pasado el estupor del primer momento, preparóse á la resistencia, y aún cuando no tenía montada su artillería,—confiado en que los españoles no le irían á buscar sa-

(1) El soberbio Li-Ma-Hong así lo denominó por el inmenso tesoro que allí guardaba.

biendo que su ejército era numeroso y estaba bien fortificado, y que para los indígenas no necesitaría de aquellas armas,—nos hizo daño disparando guarecido por las troneras del fuerte, matándonos así de un arcabuzazo á Pedro de Gamboa, valiente alférez del capitán Chaves, y á un soldado.

Cuando era más necesaria la pujanza de nuestras fuerzas, abandonaron la pelea casi todos, y con ellas los flecheros, para saquear las casas del primer fuerte, abandonadas por los chinos é indios que las habitaban, á fin de acogerse á la fortaleza de Li-Ma Hong, lo que consiguieron fácilmente al dejar los nuestros desamparada la lucha. Las indisciplinadas tropas cautivaron durante el saqueo muchas mujeres chinas (1), cuya presa fué causa de que en aquel día no fuera Li-Ma-Hong totalmente vencido; porque con el abandono hecho por los mal aconsejados y codiciosos soldados se dió lugar á que el pirata echara fuera del segundo fuerte más de cuatrocientos hombres con picas y arcabuces, divididos en dos columnas, de las que una cerró contra los capitanes Chaves y Rivera, que habían quedado casi solos, y otra fué trás los soldados, que, entretenidos en el pillaje, fueron sorprendidos, no dándoles la brusca acometida tiempo más que para retirarse con una pequeña parte del botín por

(1) Unas ochenta, contándose entre éstas algunos cobardes chinos. Más tarde, huido Li-Ma-Hong, al enviarse una embajada á China, de la que oportunamente hablaremos, fueron los cautivos restituidos á Fo-Kien.

el portillo que habían hecho para entrar, el cual como era tan estrecho (1), que apenas podía pasar por él un hombre, y se aglomeraron todos buscando salida, los chinos pudieron herir á muchos de los nuestros y matar á algunos, hasta que habiendo ya afuera bastantes españoles, por entre las palmeras de la estacada consiguieron ahuyentar al enemigo. Este, dueño nuevamente de su fuerte, cerró la brecha que nos había servido de entrada con más solidez que ántes.

Avergonzados nuestros soldados de su acción, que tan funestas consecuencias trajo, y temerosos del castigo que el maestre de campo les impondría al saber lo ocurrido, repuestos del serio lance en que se vieran, después de tomar un ligero refrigerio, combatieron de nuevo la puerta, por el mismo sistema de disparar por entre las palmeras de la estacada á los de adentro, hasta que por fin abrieron una brecha donde con desahogo podían pasar á la vez cuatro individuos (2). Impulsados por el deseo de vencer, entra-

---

(1) Una sola palmera habían cortado de la estacada.

(2) Esta regeneradora reacción nos prueba que en esas tropas formaban en corto numero los aventureros, que sabido es se alistaban en todos los ejércitos, especialmente para pelear en tierras remotas, esperanzados con la idea de un cuantioso botín. Este es verdaderamente el inmediato premio que el soldado en campaña suele por sí mismo concederse: en éste punto todos los paises son lo mismo; no hay, pués, que extrañar que nuestros soldados padecieran por un momento de esa debilidad; lo que sí debe admirarse es la rapidez con que recobraron su cordura y la prontitud con que se repusieron del desvanecimiento que les ocasionó su apetito desordenado.

ron con tal brío que arrollaron á cuantos trataban de impedirles el avance: una vez dentro prendieron fuego á las casas del primer fuerte, las cuales como hechas de tabla y *nipa*, y estábamos en la estación de secas, ardieron como yesca; circunstancia que hubiera hecho que el incendio, á no ser el viento contrario, se hubiese propagado hasta la misma fortaleza de Li-Ma-Hong. Fatigados los asaltantes por aquella tarea, iban cediendo en su ardimiento, cuando llegó en socorro de ellos el sargento mayor Antonio Hurtado con cincuenta soldados y dos barriles de pólvora mandados por el maestre de campo, con tanta oportunidad, que así pudieron hacer frente á otras dos columnas de numerosos combatientes que de refresco había mandado Li-Ma-Hong. Retiráronse los que estaban cansados del combate, y los otros continuaron peleando á las órdenes del sargento mayor, tan bravamente que hicieron retroceder al enemigo en busca del segundo fuerte, no obstante ser cuatro veces mayor en número que los nuestros, siendo de ver como los españoles combatían con cuatro, cinco y seis chinos á la vez. Pero Li-Ma-Hong, que seguía los accidentes de la lucha, envió otros doscientos hombres: la pelea con esto continuó enardecida por una y otra parte: los españoles no cejaban, hasta que viendo que el corsario sacaba aún más gente acordaron volverse al real, á tiempo que llegaba el capitán Lorenzo Chacón, que venía de pegar fuego á las naves del pirata después de separar las que nos hacían

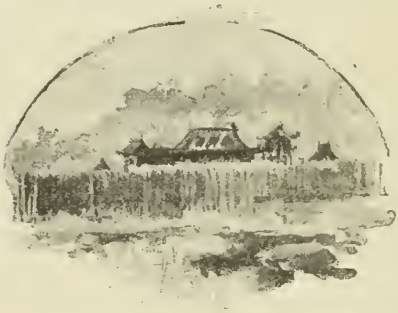
falta, aúnque sin tener la precausión de salvar las municiones y bastimentos que había en ellas y que tanto necesitaba nuestro campo. Juan de Salcedo resolvió que los champanes y demás embarcaciones del enemigo que no se inutilizaron sirvieran para hospital de sangre y enfermería.

Nuestras bajas, aúnque no se precisan en las crónicas, se indican que fueron pocas, relativamente á las del invasor: los sangleyes tuvieron más de doscientos muertos en este día.

El corsario continuó fortificándose y disponiéndose para el combate que suponía le presentaríamos otra vez al día siguiente: montó la mayor parte de su artillería y preparó más de mil arcabuces con sus municiones, y en tanto reunió á sus capitanes para animarles á no dejarse vencer por los españoles, cuya cifra numérica, dijo, era insignificante en comparación con la de ellos. Arengóles para que exterminaran al enemigo que les tenía reducido á tal estado, del que no podían esperar salir sino venciendo ó muriendo; y para tentar la codicia de los nuestros acordó, que, miéntras la pelea, sus criados arrojaran desde lo alto de la empalizada mucha cantidad de plata y oro, procedente de los inmensos tesoros que poseía, á fin de que al bajarse los nuestros á recogerlos pudiesen los chinos así, á mansalva, disparar sobre ellos, imponiendo pena de la vida á cualquiera de los suyos que intentara recoger la más pequeña cosa.

¡La debilidad de un momento, cuán pobre idea hizo formar al corsario de los nuestros! En vista

del ánsia que mostraron al entregarse al botín, supuso, aúnque afortunadamente se engañó, que por un puñado de plata, abandonarían la noble misión que los llevara á las riberas del Agno.



CAPITULO XIII

Li-Ma-Hong sitiado

Carta de Sinsay al corsario y respuesta de éste.—Juan de Salcedo escribe á Li-Ma-Hong.—Como contesta el pirata. —Múdase nuestro campo fuera del alcance de la artillería china.—De qué modo el pirata se aprovechó del traslado.—Los invasores sitiados.—Rivera vá á Manila.—Órdenes que trae á su vuelta.—Amador de Arriarán y Rodriguez de Figueroa regresan á la capital.—Envíase á Alonso Izquierdo á la ciudad de Legazpi.

Conoció Salcedo que debía cambiar de táctica, pues la fortificación del pirata así lo reclamaba;

y la misma noche del combate mandó echar al agua los navíos que había varado en tierra, trasladándose con ellos al día siguiente, juéves santo, después de los oficios divinos, á un tiro de arcabuz de los fuertes enemigos, desde donde hizo escribir al intérprete chino que llevaba, una carta para Li-Ma-Hong. En ella le aconsejaba Sinsay, como compatriota suyo, que se acogiese á la benevolencia del maestre de campo ántes de que fuera tarde para salvarse, pues cuando los españoles creyeran llegada la hora, con la tropa y artillería de que disponían (cuyo número le exageró mucho) forzosamente le habían de destruir.

Un cautivo chino, que, por cierto, tardó en volver, llevó la carta al corsario, cuya respuesta no dejaba lugar á dudas acerca de su resolución de no entregarse, pues le decía á Sinsay, que para aceptar cualquier proposición necesitaba que ántes se retirasen los españoles á Manila á donde iría él á concertar las paces; pero que de otro modo no aceptaba negociación de ningún género; porque «si los españoles tienen muchas fuerzas,—decía,—yo las tengo sobradas, y mi ejército ha probado ya sus armas con las del poderoso emperador de China; y en cuanto á la noticia de que con los españoles hay diez mil indígenas, eso no me preocupa porque no tengo en ninguna estima las condiciones guerreras del natural.»

Mientras duró ésta embajada, como los nuestros y los fuertes de Li-Ma-Hong habían hecho

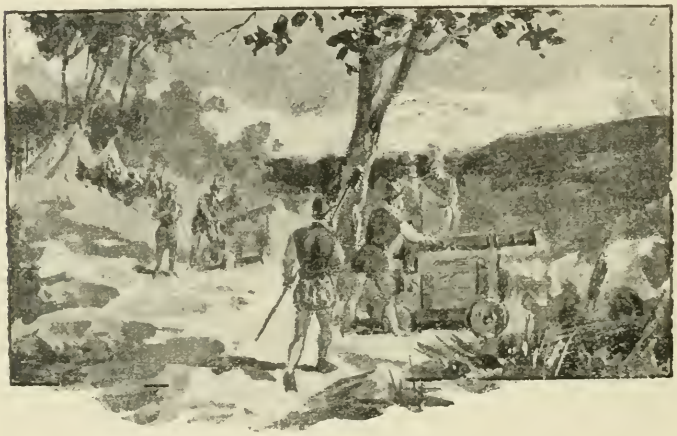
jugar su artillería, comprendió Salcedo que estábamos demasiado á tiro del campo contrario, é hizo que nos retiráramos unos cien metros, ántes de reunirse en junta con sus capitanes para acordar el plan de campaña que conviniera seguir en adelante.

Indignado Salcedo con la altiva carta del pirata, escribió á éste asegurándole, que puesto que por él había ido á Pangasinán no volvería á Manila sin llevarle por delante, y que si se había detenido en darle el asalto era porque calculaba que tendría que matar y derramar sangre de los niños é inocentes mujeres que dentro de su empalizada se abergaban, y por esta consideración hubiera deseado, como cristiano que era, evitar el sacrificio de esas víctimas, pero que nunca aceptaría las ridículas condiciones que á Sinsay indicaba.

Puesta en caractéres chinos, esta carta fué remitida á Li-Ma-Hong por el mismo conducto de la de nuestro intérprete, no contestando á ella por escrito el corsario, sino que de palabra envió á decir que era hombre á quien no asustaban las amenazas.

El primero de Abril estaban ya los nuestros acampados en el sitio designado la tarde anterior, por creer que allí no llegaba la artillería del enemigo, quedando la nuestra establecida donde ántes la teníamos para batir á los contrarios, siendo encargada de su guarda la compañía del capitán Ramirez Comenzó el chino á cañonearnos, y se vió que sus disparos nos al-

canzaban todavía, cual lo demostró una bala partida, de la que un pedazo pasó á un decímetro de la cabeza de Salcedo y el otro pedazo se llevó una pierna del alférez Antonio de Saavedra. Decidióse entónces llevar nuestros reales á la otra orilla del Agno, pero después de aco-



meter al fuerte chino repetidas veces, con gran daño de los corsarios, que trataban de impedir nuestras maniobras.

En tanto se trasladaba el cuartel general español tuvo Li-Ma-Hong ocasión de salir una noche y recoger trozos de madera de los navíos que le incendiara Chaves, la cual dedicó á las embarcaciones que estaba construyendo dentro de su fortaleza.

Envió Salcedo á Manila al capitán Gabriel de Rivera con los heridos y enfermos más necesitados de atención y los cautivos y despojos

que se hicieron en el primer asalto del fuerte, pidiendo al gobernador provisiones de guerra y boca y órdenes para el ataque al corsario, por haber entre los caudillos de su ejército disparidad de pareceres acerca de los medios que debían emplearse para acabar de vencer al enemigo.

En el fuerte del pirata la necesidad de bastimentos era grande, en razón á que nosotros le teníamos los pasos tomados y le habíamos preparado varias emboscadas, con las cuales se evitó el que pudiera proveerse de víveres. Esto ocasionó que muchos chinos se pasaran del campo de Li-Ma Hong al nuestro, impulsados por el hambre que se sentía dentro del recinto enemigo.

Á los pocos días estuvo el capitán Rivera de vuelta, trayendo no solo los bastimentos y municiones que necesitábamos sinó la orden de Lavezares para que con toda urgencia se terminara aquella guerra, por lo que Salcedo decidió asaltar el fuerte, que era lo que desde un principio deseaba, contra la opinión manifestada por sus capitanes en las varias juntas que celebraron.

También había regresado de Manila el alférez real Amador de Arriarán, con setenta soldados, y Estéban Rodriguez de Figueroa, con doce, siendo aquel refuerzo muy oportuno para el decisivo combate proyectado por Salcedo. Pero hubo éste de suspenderse otra vez, en vista de no creerlo conveniente los demás caudillos del ejército español, quienes opinaban se debía rendir al chino por hambre, á cuyo criterio no

quiso Salcedo oponerse por el peso que llevaba y la grave responsabilidad que ante la Pátria contraería en caso de que fracasaran sus esperanzas de vencer.

Entretanto que iba á Manila á llevar el acta de esta determinación el alférez Alonso Izquierdo, el maestre de campo se ocupó en hacer una recia estacada en la boca del río para que Li-Ma-Hong no pudiera escaparse con las embarcaciones que supo estaba construyendo dentro del fuerte, del cual no se consiguió hacerle salir á pesar de las varias estratagemas con que Salcedo lo intentó.

CAPITULO XIV

Fuga de Li-Ma-Hong

Preséntase en el campo español el capitán chino Pesung Aumón.—Disfrazado de mercader va á la fortaleza del corsario.—Encamínase después á Manila.—Recibimiento que le hacen.—Fuga de Li-Ma-Hong.—Manda Salcedo incendiar el *Fuerte de Oro*.—Levanta el campo.—Persigue á Li-Ma-Hong.—Regresa á Vigan.—Noticias que del corsario se tuvieron en las costas de Ilocos.—Los sangleyes y los tinguianes.

Dos días después que saliera para Manila Amador de Arriarán llegó al río de Pangasinán un champan de guerra al mando de Aumón, chino

sagaz y astuto, al que venía acompañando otro buque cargado de mercancías para encubrir la misión que aquel traía.

Noticioso de la venida del corsario á estas islas, el virey de Fokien comisionó á Pesung Aumón que hiciera presente á Li-Ma-Hong como el emperador de China había ordenado que tres de sus más valientes capitanes salieran en su busca á fin de entregarle un salvoconducto, el más ámplio que podía desear para él y los suyos, si se reducían al servicio imperial; pero que en caso de no aceptarlo, tenía ya dispuesto que el temible capitán Contandon saliera con una gruesa armada para desbaratarle, y á él y á cuantos le seguían ó matarlos ó conducirlos presos á la presencia del Hijo del Cielo.

Salcedo recibió amablemente á Aumón y por Sinsay le explicó el estado en que se encontraba Li-Ma-Hong, decidiendo el emisario chino ir al campamento del pirata disfrazado de mercader, para entregar las cartas que traía á uno de los capitanes del corsario, á fin de que éste convenciese á Li-Ma-Hong de las ventajas de reducirse al servicio imperial, y en caso negativo le matase, á lo cual le ayudarían Aumón y los suyos.

El chino volvió muy satisfecho del fuerte de Li-Ma-Hong, pues por lo que observó allí comprendió que el corsario estaba sitiado y que no tenía más escape que por el río, el cual á prevención había sido cerrado en la parte inmediata al fuerte, aún cuando de todos modos la falta de navíos impedía al pirata, á juicio de los nuestros,

aquella salida. Para dar cuenta del resultado de su misión determinó regresar á China, no sin ántes pasar por la capital del Archipiélago para saludar á Lavezares, en cuyo viaje le acompañó el capitán Pedro de Chaves.

Recibió el gobernador con gran manifestación de agrado á Aumón, á quien se atendió mucho y se agasajó todo el tiempo que permaneció entre nosotros.

Li-Ma-Hong entretanto no se descuidaba en preparar su libertad, y para conseguirla ocupaba á su gente en la reconstrucción de sus buques, á pesar de los encuentros contínuos que tenían sus fuerzas con las nuestras. En una de las frecuentes emboscadas que por ambas partes se preparaban, cayó en poder de los enemigos Pedro de Bohorques, de Utrera, con otros seis soldados, de los que malheridos lograron escaparse aquel y otro compañero, acorralados ya por doscientos piqueros infieles. Por éstos supimos la noticia de los trabajos de fortificación que se hacían dentro y fuera de la estacada, abriendo zanjas y levantando trincheras y terraplenes sobre los que colocaban piezas de artillería. Aquellas, como se vió más adelante, no eran sino un canal encubierto que seguía hasta tres metros ántes de llegar al río, no continuando á la márgen del Agno para evitar que nos percatáramos de su plan de evasión.

El dos de Agosto, á la vista de nuestros centinelas, echaron los chinos el lienzo del fuerte que correspondía al canal y prolongaron éste

hasta el mismo río, dando salida por allí á las treinta y tres pequeñas embarcaciones hechas en la fortaleza del pirata, cuyo verdadero destino ignoraba Salcedo, pues noticioso del caso sospechó que iban encaminadas á atacar nuestro campo, lo cual no le inquietó porque lo tenía bien dispuesto para resistir á cualquier embestida (1).

Comprobó la sospecha de Juan de Salcedo el que varias barcas de Li-Ma-Hong, empujadas á remo y favorecidas por el viento, trataron de acometernos disparando sobre nosotros su artillería. Durante la noche continuó desarrollando su estratagema, pues para engañarnos mejor y tenernos á distancia hizo el pirata colocar en unos bateles cestos pequeños con muchas mechas encendidas para que nos pareciesen numerosos soldados que exploraban el sitio. Sin duda el pirata se acordó de cuanto le sirvió en China semejante ardid, del que nosotros no teníamos aún noticia (2). Ayudó mucho á Li-Ma-Hong para verificar aquella ingeniosa treta su yerno Asia, logrando de ese modo el enemigo salir del fuerte, y por el canal abierto ganar la barra y alejarse de la playa, haciéndose á la vela, sin

(1) Hoy existe á unos dos kilómetros de la capital de Pangasinán (Lingayen), el puente de Li-Ma-Hong, llamado así por estar sobre un canal medio cegado, que comunica con el río Agno y que es tradición fué el que construyó el corsario para su evasión.

(2) Cuanto se supo respecto á la vida del corsario en su país fué en virtud de los datos traidos por la embajada que nuestro Gobierno envió á China por conducto de los agustinos Fr. Martín de Rada y Fr. Gerónimo Marín.

que nadie pudiera estorbárselo, al amanecer del tres de Agosto de 1575, después de sufrir cuatro meses de sitio.

Salcedo, burlado sangrientamente en sus designios, y comprendiendo con pena que ya era tarde para perseguir al corsario, entró en el fuerte de Li-Ma Hong donde encontró muchos

muertos asesinados por el bárbaro corsario, quien así se desembarazó de cuenta gente no cabía en sus embarcaciones y á la cual por su escasez de bastimentos no podía mantener. Admiraron

los nuestros el lujo de las habitaciones del pirata, mandadas incendiar inmediatamente por Salcedo, que á toda prisa levantó nuestro campo, destruyendo cuantas fortificaciones en él había.

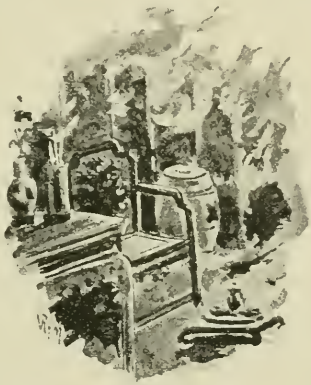
Dispuesto el regreso de nuestras fuerzas á Manila, bien mermadas no solo por las frecuentes refriegas que sostuvo contra el enemigo sino por las enfermedades que allí atacaron á muchos de nuestros soldados, Salcedo, con cien individuos, fué trás del corsario, para evitar que desembarcara gente en la costa de Luzón, pues supo que á seis leguas del Agno recogió en tierra algunos bastimentos y atados unos con otros arrojó al mar á más de veinte de los suyos, por falta de provisiones para mantenerlos.

En su viaje, el cual terminado volvió á Vigan para luego restituirse á Manila, comprobó el maestre de campo, que sorprendido Li-Ma-Hong por una recia tempestad el mar arrojó á la costa restos de algunos de sus buques, obligándole los desperfectos que sufrió su flota á refugiarse en el cabo Bojeador, donde en sólo seis días deshizo sus bateles para formar diez y seis fuertes champanes que resistieron los embates del mar de China. ¡A falta de betún apropiado calafateó éstas naves con trapos empapados en sangre de los soldados que no le servían para bogar! La hiena humana siempre sobreponiéndose á los más crueles instintos!

Salcedo reconoció en el litoral de Ilocos más de ochenta cadáveres de sangleyes decapitados y otros varios enterrados en la playa, deduciendo

que estos restos fueran de chinos naúfragos que habían conseguido ganar tierra, y á quienes por sus abusos y depredaciones mataran los habitantes de las sierras inmediatas.

Muchos más sangleyes debieron de quedar en tierras de Ilocos y esparcidos por sus selvas, huyendo de nuestra persecución. A ellos seguramente, ó á su cruce con la raza primitiva que aquellos bosques habitaban, se debe, según algunos, la de los tinguianes, que hoy pueblan varias comarcas ilocanas.



CAPITULO XV

Embajada á China
Verdaderas noticias del pirata

Aumón regresa á China para anunciar el asedio de Li-Ma-Hong.—Llévase consigo los chinos cautivados en el fuerte del corsario.—Ofrécese á conducir una embajada española á China.—Sale la embajada.—Instrucciones que lleva.—Su estancia en el imperio.—Agasajo de que es objeto.—Noticias que á su regreso tienen de Li-Ma-Hong.—El general chino busca pretextos para no atacarlo.—Llega de vuelta á Manila la embajada.—El nuevo gobernador general de las Islas.—Son hospedados los dos principales jefes chinos por Salcedo y Arriarán.

Con la noticia de estar fuertemente sitiado Li-Ma-Hong llegó Aumón á Manila y se presentó

á don Guido de Lavezares, rogándole, después de finas cortesías, que le permitiese rescatar algunos de los cautivos que los nuestros habían hecho al pirata para restituirlos á su país, pues entre ellos se contaban mujeres de familias principales que el corsario había secuestrado en sus irrupciones por los pueblos y ciudades de las costas de China.

El gobernador entregó al capitán chino cuantos hombres y mujeres sangleyes retenían los nuestros en calidad de cautivos de guerra, los cuales sumaban en junto cincuenta y dos, y no solo no quiso aceptar rescate alguno, sino que satisfizo de su propio peculio á los actuales dueños el importe de lo que habían pagado para obtenerlos como siervos.

Aumón quedó tan agradecido á esta prueba de liberalidad y delicadeza de Lavezares, que no sabiendo como demostrar su satisfacción, se ofreció á llevar á su país á los embajadores que quisiera enviar al Hijo del Cielo, aceptando su galante ofrecimiento el anciano gobernador, deseoso como estaba de propagar la religión cristiana y abrir nuevos puertos á nuestro comercio.

Acordó que fueran dos religiosos y dos seglares para llevar á efecto su idea con la mayor amplitud posible y á fin de que si ésta se desarrollaba cumplidamente quedaran predicando en China el Evangelio los dos virtuosos y sabios sacerdotes, regresando á Manila para dar cuenta de todo los dos distinguidos soldados que les acompañaban.

Eran aquellos, el P. Fr. Martín de Rada, que acababa de cesar en el cargo de provincial de su Orden, y el P. Fr. Gerónimo Marín (1); y estos, Miguel de Loarca, encomendero de Oton (Iloilo), y Pedro Sarmiento, encomendero de Buracay y alguacil mayor de Cebú. Llevaban además como mayordomo á un antiguo y fiel criado de Lavezares, y con éste doce indígenas como sirvientes.

Don Guido expidió á su embajada cartas para el emperador de China, para el gobernador de Chinchiu y para el virey de la provincia de Fo-Kien, por hallarse ésta cercana al puerto de desembarco, siendo también los Padres portadores de ricos presentes para el soberano y mandarines chinos que tenían que visitar; y entregó escritas unas instrucciones á sus mandatarios los PP. Rada y Marín, respecto á su comisión y modo de conducirse en aquel territorio extrangero, en las cuales les encargaba:

Primero.—Al llegar á China procurarán ir derechos á la ciudad de Chinchiu y darán la carta y obsequios destinados al gobernador de esta provincia, pasando inmediatamente á Jocchiu, (2) ciudad en donde reside el virey de Fo Kien, con quien guardarán las mismas atenciones que

---

(1) También agustino: estaba nombrado el P. Fr. Francisco Merino, pero por hallarse ausente y en punto distante de la capital fué sustituido por el P. Marín.

(2) Sin duda alguna Focheu, que es como los españoles pronunciamos ahora el nombre de la capital de Fo-Kieng, residencia del virey gobernador de esa rica provincia. Los ingleses lo escriben Foo-Chow.

con el de Chinchiu. Entregados á éste los presentes le dejarán la carta y regalos que llevan para el emperador, rogándole que los mande á su monarca, haciendo entender á ambos dignatarios cuanto es el deseo de amistad y fraternidad que hácia ellos anima á don Guido de Lavezares, representante en las islas Filipinas del grande y poderoso rey don Felipe II, á fin de que haya afectuosa comunicación entre españoles y chinos, de la cual obtendrán no escaso provecho los sangleyes.

Segundo.—Luego darán á entender á los infieles, en la forma más conveniente y buscando la oportunidad más propicia para ello, que el católico soberano persigue la idea de propagar por todo el mundo el conocimiento de un solo Dios verdadero, y cuanta será su satisfacción si nuestros vecinos permiten que entren en su reino religiosos que prediquen el Evangelio.

Tercero.—Si se avinieren el virey y los gobernadores á que se haga un tratado entre ambos reinos, para el cual manifestarán si están autorizados, ó, por lo menos, si lo está el virey, por el emperador de China, les pedirán que nos señalen un puerto donde nuestros navíos mercantes puedan entrar y salir con toda seguridad, según se lo tienen concedido á los portugueses.

Cuarto.—Procurarán estudiar la gente sangley; conocer sus usos y costumbres; la forma que tienen establecida para sus tratos y contratos; si suelen llevar buena fé en sus promesas; ver qué mercancías convendría exportar de China

y cuales importar; y procurar averiguar cuantas cosas y secretos de aquellas tierras convinieran á nuestros fines, enviando por Loarca y Sarmiento extensa relación de todo los religiosos, si se quedaran en territorio chino á propagar la fé católica.

Quinto.—Si el virey les manifestara que no tiene autoridad para negociar el tratado de comercio que deseamos y menos para autorizar la entrada de nuestros religiosos en su territorio y les indicase la necesidad de que vayan á la presencia del emperador para conseguir su propósito, responderán que por no saber si podrían obtener el señalado honor de saludar al Hijo del Cielo, don Guido de Lavezares no envió directamente á Pekin su embajada; que para hacerlo ahora necesitan de la autorización de su gobernador, pues éste seguramente querrá modificar las cartas que para aquel tiene expedidas, en el sentido de solicitar cuanto el virey no está autorizado á conceder, y que es más fácil que el virey dé traslado á su soberano de las peticiones de nuestra embajada, y ésta, miéntras, espere la respuesta en el punto que tuviere á bien designarle el virey, enviando los frailes, en este caso, aviso de esta ocurrencia á Manila por Miguel de Loarca y Pedro Sarmiento.

Sexto.—Los religiosos vigilarán para que sus acompañantes, especialmente Sarmiento y Loarca, no demuestren ni admiración ni desprecio por las cosas chinas; ni menos que hagan burla de los ídolos que los infieles tengan en sus casas y

templos, ó se rían ó mofen de las prácticas cortesanas y ceremonias religiosas que les vieren hacer, porque los chinos son muy soberbios y es cosa que no pueden tolerar el que haya quien crea que tienen usos y costumbres ridículos.

Séptimo.—Los PP. Rada y Marín prohibirán que ninguno de los españoles hable ni trate con las mujeres de los sangleyes, por ser los chinos muy celosos; pudiendo resultar dañosa á los intereses generales de la Nación la imprudencia de alguno de los nuestros.

Octavo.—No consentirán que los españoles, ni otra persona alguna de su servicio, anden ni salgan de noche por las calles, para que no se promueva algún inesperado alboroto y se produzca el consiguiente escándalo, haciendo acaso que la embajada no tenga el feliz éxito que se espera.

Noveno —Dispuesto y dado el libramiento para que en la provincia de Pangasinán se entreguen á Loarca y Sarmiento cien taeles de oro con que atenderán á los necesidades de la embajada, procurarán que no se pida ningún auxilio á los chinos sin pagarlo inmediatamente, no sólo por ser esto lo correcto, sino para que los infieles entiendan el gran provecho que podrán sacar de nuestro comercio.

Décimo.—En todo se portarán como personas que saben cuanto nos interesa el feliz término de esta comisión, y se conducirán en forma que resulte lo más conveniente al servicio de ambas magestades.

Estas prudentísimas instrucciones fueron firmadas por Lavezares en Manila el mismo día de la marcha de la embajada, legalizándolas Diego Aleman, escribano público.

Como Aumón vino á la capital de las Islas con Pedro de Chaves y dejó sus barcos en Pangasinán, tuvo que proveerle Lavezares de una embarcación con remos, de los de esta tierra (1), con la cual pudo emprender su viaje de regreso, conduciendo á los nuestros á su país.

Dejó en Manila al cuidado de Sinsay el embarcar en un galeón de mercaderes el matalotage que embarazaba su pronta marcha, así como los cautivos que los españoles habían hecho en el Fuerte de Oro y que el gobernador tan generosamente le cediera, y zarpó el doce de Junio de 1575.

Ocho días tardó Aumón en llegar á Bolinao por los vientos duros que encontró en su ruta, noticiandol los de allí que Sinsay, que salió de Manila después que él, había llegado dos días ántes, por llevar un barco de condiciones más marineras que el suyo. Continuó Sinsay su viaje para Pangasinán con el objeto de ver al maestre de campo y cobrar de algunos de sus subordinados el importe de mercancías que les había vendido al fiado; y deseando los nuestros seguir el mismo camino, enderezaron la proa á Pangasinán, pero arreció de tal modo el mal tiempo que tuvieron que volverse á Bolinao, y salir luego solo el P. Rada para dicha provincia, de donde

(1) Un *parao* grande.

volvió con el más pequeño de los dos barcos de Aumón, dejando el otro á Salcedo.

El religioso agustino había también recogido del real de los españoles al chino cristiano Fernando, designado como intérprete por don Guido de Lavezares; y con él y con Sinsay volvieron á salir de Bolinao para China el veintiseis de Junio. Iban además en su compañía los españoles Nicolás de Cuenca, comisionado por Salcedo para que le comprase efectos de China, y Juan de Triana, encargado de la ropería.

El mártes cinco de Julio fondeaba la embajada en el continente asiático, habiendo padecido en el viaje un horrible temporal que asustó tanto á los chinos que no solo les obligó á prestar algún culto á las imágenes que llevaban los religiosos, sinó que Aumón hasta llegó á manifestar que se haría cristiano, si Dios era servido librarle de aquella desgracia.

Estaba prevenido el gobernador de Chinchiu de la expedición española por el buque mercante que llegó ántes que el de la embajada; y noticioso que con los nuestros venía su súbdito Sinsay, y creyendo que era conducido castigado, mandó detener inmediatamente á un hijo de aquel y despachó órdenes para que con toda clase de seguridades, en cuanto llegase fuera preso y encarcelado. De ahí que al fondear el barco de Aumón se encontrara desplegada á la entrada del río una escuadrilla de embarcaciones armadas, no explicándose los nuestros aquel aparato de fuerza hasta que pasó á bordo uno de los capitanes

comisionados por el gobernador de Chinchiu para hacerse cargo de Sinsay.

Después de varias conferencias y aclarado el asunto, consiguióse que no se inquietara á nuestro amigo Sinsay, no sin haber sufrido los españoles las molestias de las excesivas cortesías y cumplimientos sangleyes.

En todas partes fueron muy obsequiados y atendidos por las autoridades, haciendo gran copia de datos de los extraños usos y costumbres de aquellas gentes, conforme á las instrucciones de Lavezares, durante todo el tiempo de su expedición por el territorio chino.

Llegados á Jocchiu fueron muy agasajados de órden del virey de Fo Kien, quien les manifestó no poder resolver acerca de las peticiones que llevaban, por ser de la competencia del emperador. Esto, no obstante, reunió en junta en su palacio á las personas más caracterizadas de su provincia, que acordaron se dijera á los españoles que se volvieran á Manila, mientras decidía el Hijo del Cielo, por no ser posible autorizarlos á quedarse en China sin permiso expreso del monarca.

Los que formaban la junta, entre los que se contaban gran parte de los gobernadores de Fo Kien, escribieron al emperador acerca de las pretensiones de Lavezares, y se despachó á la embajada para su inmediato regreso el veintidos de Agosto.

El esmerado trato de que fué objeto ésta en su expedición por el continente no se circunscribió

á las consideraciones y honores que sè le tributaron por los dignatarios chinos; ni á las fiestas y banquetes que en su honor se dieron; ni á que se adelantaran los funcionarios del imperio á prepararle un viaje el más cómodo y seguro

posible (1); ni á tributarle obsequios y presentes que solo para los afamados de haber eje-

(1) Procuraban siempre llevar en sillas de manos á los religiosos, á quienes consideraban con mayor esmero por se más versados en ciencias y letras, pues los chinos tienen en gran estima á los instruidos en los conocimientos científicos y literarios. Miraban por que los españoles y su séquito quedaran bien alojados, y servidos con esplendidez; y para infundir respeto en el pueblo, que al paso de los nuestros, por los campos y las ciudades, salía en tal número que hasta les impedían el libre tránsito, iba delante de la comision un empleado del emperador chino para vigilar á los encargados de llevar un gran tablon, en el que aparecía el decreto del virey de Fo-Kien, por el que encargaba, en nombre de Li-On-Huicbanlic, el mayor respeto y atenciones para los viajeros, bajo penas muy severas.

cutado una valerosa acción se reservan (1); á todo esto se añadió el que el virey de Fo Kien ordenó al general Siahoya Jiaguac y á los capitanes Aumón y Sinsay que acompañaran á los embajadores españoles hasta restituirlos á la presencia de su gobernador don Guido de Lavezares, á quien, como á Salcedo, llevaban estimables regalos.

Dispusiéronse para este viaje diez buques, bien provistos de víveres y preparados con gente de guerra, al objeto de ayudarnos, si era necesario, contra Li-Ma-Hong, según luego se supo por la carta que el virey escribió á Lavezares. Jiaguac, Aumon y Sinsay tenían cada uno á su cargo un champan de gran porte, y otros jefes de menor graduación los restantes barcos de la flota.

La embajada se embarcó en el buque de

En su modestia y humildad, el P. Rada quiso excusarse de ir en silla de manos, diciendo que ni él ni su compañero se avenían á ser conducidos á hombros de personas y que rogaban les dejaran ir á pié y así harían más á gusto el viaje. Los caudillos de los pueblos se negaron á ello, diciendo que serían castigados por el virey si se enteraba que los religiosos no habían sido tratados como á personas principales, ya que en China tienen éstas la costumbre de no ir á pié, ni aún dentro de las poblaciones: es inherente al distinguido estado de una persona el uso de silla de manos, aún para salvar distancias muy cortas.

(1) Al llegar á Chinchiu y hospedarlos, el que hacía de gobernador pasó á saludar á la embajada, llevando ricos presentes y entre ellos varias piezas de seda, que las colgaron del cuello de nuestros religiosos y las cruzaron sobre sus pechos en prueba de admiración por sus servicios contra el temible Li-Ma-Hong. Esa clase de manifestaciones no suelen tributarla los chinos más que á aquellos que se han distinguido por actos eminentes de valor. El mismo Sinsay fué objeto de ella, pues aún cuando solo era mercader, por sus rasgos de valentía, realzados por los nuestros, quedó muy enaltecido en el concepto de sus compatriotas.

Aumón y á principios de Septiembre llegó al puerto de Jocchiu. Se hizo á la mar el catorce de dicho mes; pero solicitados los barcos de la expedición por varios y encontrados vientos, fueron á parar á la embocadura de un gran río, que se halla cerca de la isla de Pehou, separándose así un tanto de su derrota.

Internados en el caudaloso río, supieron por la gente del país, que hacía más de un mes se hallaba el famoso corsario guarecido en la isla que tantas veces le sirvió de refugio, procurando allí rehacerse de sus desastres, pues sólo once buques aportó el pirata á Pehou, de los cuales únicamente el que hacía de capitana era de regular tamaño, otros dos eran algo menores y los ocho restantes muy pequeños, quebrantados por los malos tiempos y en su mayoría sin velas; asegurando varios pescadores, que aún estas contadas y maltrechas embarcaciones, entónces no las tenía reunidas por haber enviado algunas á la isla de Palauan (1), distante setenta leguas de Manila, para recoger víveres y cortar caña con que reponer sus velas. Contaron también los pescadores las ingeniosas artes de que

(1) La que hoy se conoce con el nombre de Paragua. Muy lejos mandó por víveres Li-Ma-Hong, indudablemente para que en el continente asiático no se percataran de su presencia en las costas de China. Tampoco podía ir á Luzón ú otra isla cercana á ésta porque acababa de ser vencido en Pangasinán y temía nuestro poder. Por otra parte, como no podía hacer ningún derroche de fuerza, quebrantado como estaba, huiría de apertar donde pudieran hacerle frente. La isla de Paragua es grande, tiene algunos fondeaderos buenos y es más que probable que el corsario chino la conociese por haber tocado en ella en algunas de sus correrías.

se valió el corsario para escapar de Pangasinán, admirando á sus paisanos la osadía del pirata.

Reunidos en junta los caudillos chinos á fin de acordar lo que debía hacerse ante aquella inesperada nueva, unos proponían que se volviese á la ciudad de Jocchiu para que avisado el virey enviara gruesa armada que destruyera la de Li-Ma-Hong; otros, entre los cuales se contaban Aumón y Sinsay, eran de opinión que debía irse desde luego sobre el corsario, pues los barcos que llevaban eran más grandes y fuertes que los del pirata, disponían de suficientes soldados y había que tener en cuenta los favorables datos suministrados por los pescadores.

El general Siahoya Jiaguac, que presidía la junta, no se avino con este parecer, y se excusó de atacar á Li-Ma-Hong porque él no traía otra consigna, decía, que la de conducir á los religiosos que formaban la embajada y sus acompañantes á la isla de Luzón; que si en los proyectos del virey hubiese entrado el que su armada peleara contra el corsario la hubiera aumentado y tripulado con gente más hecha á la pelea, y no le hubiese dado soldados bisoños y sin conocimiento alguno práctico de lo que es la guerra, tanto más cuanto que no ignoraba que las tropas del pirata eran veteranas y muy aguerridas.

«Eso sí,—añadió,—si los demás caudillos de la flota quieren acometer á Li-Ma-Hong, pueden hacerlo; yo no les estorbaré, pero no les acompañaré en su temeraria empresa. Poca ayuda

podrían tener con mi persona, y si, al fin, se deciden á atacar al pirata yo regresaré á Jocchiu, aunque sea en una barca de esos pescadores, para dar cuenta al virey del caso».

Continuó la discusión de los varios pareceres allí emitidos, y concluyeron por decidir que no se hiciera caso de las noticias que dieron las gentes de las cercanías sobre el corsario, por ser indudablemente falsas é increible la manera como decían haber ganado la barra de San Isidro, estando el Agno fuertemente estacado. Asimismo acordaron que se apresurase el viaje de retorno á Filipinas, para evitar los temporales de la época, y que mientras continuaran de arribada en aquel río no se volviera á hablar á los pescadores acerca de Li-Ma Hong.

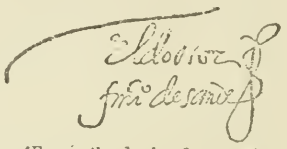
A media noche del once de Octubre emprendieron nuevamente su viaje, sorprendiéndoles al día siguiente por la noche un temporal que separó de su ruta varios de los buques de la flota, aunque todos consiguieron después ganar la isla de Luzón, la cual avistaron algunos de aquellos barcos el diecisiete de dicho mes.

De los champanes, llegaron á Manila los primeros el veintiocho de Octubre, y sucesivamente los demás hasta el primero de Noviembre, en que fondeó en la bahía el último, el buque en que venía el general Siahoya Jiaguac.

En la capital de las Islas comprobaron la exactitud de las noticias que respecto á la evasión del corsario les dieron los pescadores de Pehou, demostrando entónces los chinos gran sentimiento

por haber perdido la ocasión de atacar al pirata. Pero por sus mismas palabras se comprendió después que no les dolía la huida del corsario, porque con la muerte de éste quedaba terminada la comisión que para perseguirle les diera el emperador, y en esta esperaban conseguir honra y provecho.

Durante la estancia de la embajada en China llegó al Archipiélago su nuevo gobernador general el doctor don Francisco de Sande (1), que habiendo arribado á Pangasinán el cinco de Julio continuó por tierra su viaje á Manila, á donde llegó y tomó posesión de su cargo el veinticuatro de Agosto de 1575.



(Facsímile de la firma del doctor don Francisco de Sande.)

Recibió muy bien no solo á la embajada que había regresado del celeste imperio, sino á los caudillos sangleyes. Estos entregaron á Lavezares el regalo que en correspondencia al suyo le enviaba el virey de Fo-Kien, quien al acusarle recibo de sus presentes, le manifestaba el detalle de las piezas de seda que le remitía, añadiendo que era de lo más fino que podía encontrarse y que se lo advertía (y había sellado los paquetes) para que los portadores no las sustituyeran por el camino (2).

Disgustó á Sande el que los regalos que trajeran los chinos fueran para Lavezares, y no

(1) Era natural de Cáceres, oidor de la Audiencia de Méjico, y traía anexos á su destino de gobernador de capitán general y visitador de estas islas.

(2) Esto prueba la poca confianza que á sus señores debían de inspirar los mandatarios chinos, pues de nuestros soldados no tenía motivos el virey para sospechar.

ocultó su sentimiento, creyendo que aquellos presentes debían de haber sido encaminados á él por razón de su autoridad, á pesar de haber hecho por sí los caudillos infieles costosos regalos á Sande, al saber que era el nuevo gobernador general.

Los sangleyes, portadores asimismo de valiosos obsequios para Salcedo, por considerarle el vencedor de Li-Ma-Hong fueron á ofrecérselos con mayor pompa, pues la comitiva china era

mucho más nutrida é iba acompañada de varios músicos que dieron mayor explendor al acto.

Indicaba el virey de Fo-Kien al gobernador de las Islas en la carta que por los embajadores le escribió, la esperanza de que si habían los es-

pañoles cogido vivo á Li-Ma-Hong le tuvieran ya preso en su poder; y si muerto, que hubiesen conservado en sal la cabeza para mandarla á Li-On-Huicbanlic (1), el cual la agradecería como obsequio de gran valor. Pero si el corsario no había sido aún vencido é hicieran falta á nuestras tropas refuerzos, ofrecía el virey todos los barcos y gente que con la embajada venía; y si aún éstos no bastaran, encargaba que regresara Jiaguac urgentemente con dos buques de los más pequeños para llevarle la noticia y poder enviar de seguida cuantos barcos y soldados hiciesen falta para reducir al odiado pirata.

Encargaba igualmente y de modo expreso que no tolerase el gobernador del Archipiélago que ningún chino causara vejación á los indígenas, ó no pagara lo que comprase, dando cuenta al general Siahoya Jiaguac del abuso si existía, para castigarlo, conforme á las instrucciones que llevaba á dicho objeto, desde la pena de azotes hasta la de muerte, según la gravedad del delito. Y si Jiaguac fuera remiso en corregir las faltas de sus súbditos, rogaba el virey al capitán general de Filipinas se lo escribiera secretamente para destituir del cargo á su general en cuanto regresara de las Islas.

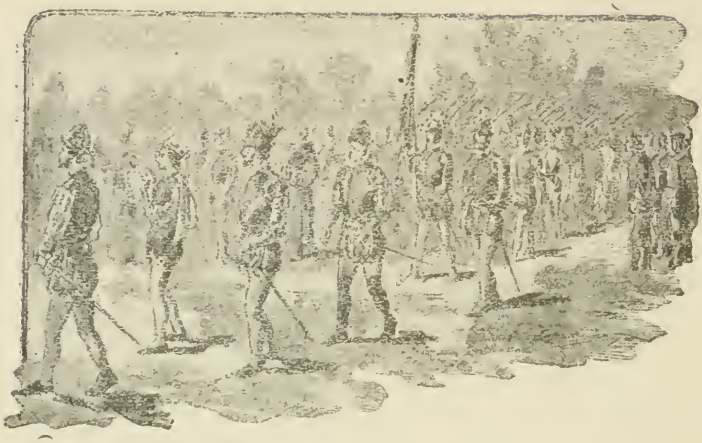
Por último decía, que á la gente que iba con la embajada no debía dársele nada de lo que pidiera porque sobradamente habían sido previstas todas sus necesidades y estaba pagada por diez meses; que desea trate el gobernador general del Archipiélago como á súbditos suyos á los

(1) Emperador de China desde hacía tres años.

forasteros chinos, que esa misma consideración daría él, el virey de Fo-Kien, á los españoles que viajaran por aquellas tierras; que espera tengan pronto permiso del emperador para hacerlo libremente, y que no mandó á la embajada española á Pekin para ver personalmente al Hijo del Cielo porque quiso evitarla las molestias de un viaje tan largo, en el que se tardaban tres meses para ir y otros tres para volver (1).

El maestre de campo hospedó en su casa al general Siahoya Jiaguac, á quien dió trato espléndido, y el capitán Amador de Arriarán llevó á la suya á Aumón, quedando Sinsay al cuidado de los barcos.

(1) Siguiendo usanza china la carta venía pulcramente escrita con los mejores caractéres sínicos y en papel color carmesí: los chinos se pagan mucho de exterioridades y son muy cumplidores de las fórmulas de su etiqueta.



CAPITULO XVI

EPÍLOGO

Muerte de Salcedo.—Guido de Lavezares
Ultimas noticias del corsario
Segunda embajada á China
La fiesta de San Andrés

Salcedo decide regresar á México.—Obtiene licencia.—Marcha á Vigan para preparar su viaje.—Atácanle pertinaces calenturas.—Su rápida muerte.—Su testamento.—Sus restos.—Los de Miguel López de Legazpi.—Guido de Lavezares es residenciado por su sucesor.—Concédele Felipe II varias mercedes.—Ultimas noticias de Li-Ma-Hong.—Segunda embajada á China.—Por qué tuvo mal resultado.—La fiesta de San Andrés.—El pendón de Castilla.—Obligación patriótica que tenemos de restaurar la cofradía y fiesta cívico-religiosa de San Andrés.

Conquistadas gran número de estas islas, sometidas las más cercanas á Luzón, aquietadas las

provincias inmediatas á Manila, reconocidas en las más principales de Nueva Castilla el señorío de España y alejado el temor de nueva irrupción de Li Ma-Hong por el ruinoso estado en que quedara, decidió Juan de Saleedo regresar á Méjico para atender á sus particulares asuntos con algún más cuidado que hasta entónces. Tenía allá á su madre, viuda, y dos hermanas casaderas (1), á quienes sostenía, y el deseo de visitarlas y pedir a su madre permiso para casarse, hízole solicitar licencia del gobernador general, quien no sin bastante dificultad se lo concedió, por tratarse de una persona tan conveniente en el Archipiélago para el mejor servicio del rey.

El maestre de campo empezó á hacer sus preparativos de viaje, otorgando hasta testamento para prevenir las contingencias de una tan larga navegación; pero le faltaba lo más principal, esto es, recursos de que carecía por haberse cuidado tan poco de su persona durante aquel tiempo, que ni siquiera había cobrado á los indígenas los tributos de su encomienda en Ilocos.

Para remediar esta necesidad encaminóse á la villa Fernandina, que había fundado, y empezó á ocuparse en recoger sus bienes cuando le atacaron unas calenturas tan pertinaces que le tuvieron mucho tiempo en cama, de las que, no obstante no sanar, como le permitieran al fin sostenerse en pié, decidió apresurar los preparativos de su marcha; y deseoso de llevar en su viaje de retorno á Nueva España algunas muestras

(1) Tenía otras dos hermanas: una era muy niña y otra monja.

de minerales muy ricos en oro que había en unas minas descubiertas cerca de su encomienda, contra el parecer de todos, emprendió camino hácia aquel sitio.

Las fiebres continuaron debilitando aquella naturaleza hasta entónces de hierro, y á los dos días de viaje llegó á un arroyo donde sació la sed de calenturiento que le dominaba, con tan mal efecto que le purgó enérgica y repetidamente hasta el punto de que á las tres horas, sin que ningún auxilio humano pudiera prestársele,

expiraba víctima del mismo arrojo é intrepidez que le habían hecho acometer tan grandes hazañas.

Así murió aquel Juan de Salcedo, modelo de caballeros, espejo de soldados, tipo de heróicos capitanes, y ejemplo de cristianos: vivió como

bueno y murió alentado por la fé que había sido el ideal de todas sus empresas: en sus últimos momentos dió tales muestras de contrición que edificó é hizo derramar lágrimas de ternura á las pocas personas que en trance tan angustioso le auxiliaron.

En sus postrimeros instantes autorizó un codicilo por el que mandaba se pagasen sus deudas, admitiendo como válidas aún aquellas que sólo pudieran apoyarse en el juramento de los presuntos acreedores; también ordenaba que se restituyeran unos mil taeles de oro entre varias personas a quienes él consideraba deberlos; é instituía herederos del resto de su hacienda á los indios de su encomienda de Vigan.

Con tan hermosos actos de fé, esperanza y caridad, desprendido de todo humano interés, é inspirado en la mayor humildad, aquel famoso y valiente guerrero entregó su alma al Señor el once de Marzo de 1576, á la temprana edad de veintisiete años.

Gran pena ocasionó en Manila la muerte del animoso y esforzado jóven maestre de campo, asistiendo toda la población á las solemnes honras fúnebres que en sufragio de su alma se celebraron por los religiosos agustinos en su iglesia de Manila. Dijo la oración fúnebre el prior de dicho convento, Fr. Francisco de Ortega, el mismo que por indicación especial del nieto de Legazpi, y en tributo á la fama de notable predicador que había obtenido el modesto fraile, tuvo también á su cargo la oración sagrada en la

fiesta cívico-religiosa dedicada á San Andrés en Enero de 1575.

Al año de la muerte de Salcedo trajéronse sus restos á Manila, costando gran trabajo reunirlos todos, porque los indígenas había desenterrado el cadáver y llevádose la cabeza como reliquia de hombre tan valeroso, consiguiéndose rescatarla del que la poseía ya con regalos ya con amenazas, pues á todos esos medios hubo necesidad de apelar para hacer que entregaran tan sagrada prenda. Colocáronse sus restos en el presbiterio de la iglesia de San Agustin, hácia el lado del Evangelio, en la misma urna en que un año antes, el mismo día de los funerales del nieto, fueron depositados los de su insigne abuelo el Adelantado Miguel López de Legazpi, que habían sido salvados de las cenizas de la primera iglesia quemada por Li Ma-Hong (1).

*
* *

Empezó el doctor Sande á gobernar este archipiélago á satisfacción de todos, y hubiera sido el tiempo de su mando de gran provecho para las Islas si su indecisión en ciertas determinaciones, y su debilidad en otras, no trastornaran el buen gobierno del territorio. Era hombre de gran inteligencia, instruido y versado en su carrera; pero en muchos casos, confiábalo todo al resultado que se prometía de su palabra

(1) Esta segunda iglesia se quemó también pocos años después, en los funerales de cuerpo presente del gobernador general don Gonzalo Ronquillo de Peñalosa, edificandose entónces la iglesia de fábrica que ahora conocemos.

ó de su pluma, cuando las cosas, en realidad, reclamaban un remedio más práctico y más eficaz (1).

Residenció á Lavezares, aprobándole todo cuanto había hecho, si bien le desposeyó de las encomiendas de Bétis y Lubao, en la Pampanga, que el mismo se había adjudicado, cosa contraria á lo legislado sobre la materia. Mas enterado el rey Felipe II circunstanciadamente de los eminentes servicios que don Guido de Lavezares prestó a la corona de España, no solo le hizo merced de aquéllas, sino que le nombró maestre de campo general de estas islas, cargo que sirvió hasta el día de su muerte (2).

*
* *

El veintiocho de Abril de 1576 fondeó en el río Pasig un champan con cargamento de seda y otras mercancías de China, al mando del capitán Sanco, que había ya hecho varios viajes del celeste imperio á Manila.

Este trajo la nueva de haber sido destrozada por la poderosa escuadra del virey de Fo-Kien la flota de Li-Ma Hong, que se hallaba en un río de la isla de Palauan.

Noticioso el virey de la estancia en dicho punto del corsario, despachó contra él inmedia-

---

(1) Como veremos más adelante al ocuparnos del desastroso fin de la segunda embajada que enviamos á China.

(2) Había formado parte de la expedición de Villalobos en 1542. Volvió al Archipielago con Legazpi. Era gran aficionado á la Botánica y á él se debe la introducción en América primero y luego en España de algunas plantas estimadas del Oriente.

tamente una armada de doscientas embarcaciones que le atacaron, y de las que se defendió bravamente hasta que comprendiendo que era inútil toda resistencia y que no podía soportar ya la acometida de la flota imperial, decidió huir antes de ser muerto ó preso en el abordaje que los jefes chinos ordenaron.

Perdida toda esperanza de salvación, rodeados sus buques por los de sus enemigos, consiguió escapar con sola la embarcación en que él iba y donde como capitana tenía depositadas sus inmensas riquezas.

Tan velero era el barco del pirata, que a pesar de haber salido en su persecución varios de la escuadra victoriosa no consiguieron alcanzarle (1).

Después de varias semanas de navegar sin rumbo fijo aportó á la capital de Siam, donde para congraciarse con el rey le hizo un presente muy rico, en el cual el oro formaba la mayor parte. Pero como este soberano no le dispensó la amable acogida que él se esperaba por no parecerle conveniente amparar en su territorio á un enemigo de China, nación muy respetada de los siameses, Li-Ma-Hong abandonó aceleradamente Bang Kok, temiendo ser objeto de alguna asechanza, y durante algún tiempo navegó errante, visitando otros varios reinos de la India, donde fué igualmente rechazado.

---

(1) Sancoi respondía de la certeza de estas noticias, porque habiendo concurrido él á la acción, personalmente las obtuvo allí.

Ignórase el fin de Li-Ma Hong; pero se supone que huido constantemente, no pudo soportar su champan alguno de los temporales que frecuentemente azotan estos mares, y que con él desapareció para siempre en los abismos del mar.

*
* *

Los tripulantes del navío de Sanco trajeron también la noticia de que el emperador de China había contestado ya al virey de Fo Kien, autorizando el tratado de comercio que habían solicitado los de nuestra embajada; que había ordenado que se nos señalase el puerto que habíamos pedido, el cual era una isla situada entre Cantón y Pa kian, y donde podrían los españoles residir con el mismo trato y condiciones que los portugueses en la ciudad de Macao, en la provincia de Cantón.

Ante estas noticias determinó Sande enviar una segunda embajada á China al regreso de Jiaguac, Aumón y Sanco; pero hombre poco diplomático, no comprendió cuánto convenía tener contentos á los chinos que esperaban de él como gobernador general algunos presentes de importancia, y se contrajo á regalarles los oidos con palabras afectuosas y á ofrecerles trato amable, prometéndoles sin embargo, y dándoles á entender que les haría estimables regalos más adelante.

Como de público se sabía el malestar que sentían los chinos por la conducta de Sande, conceptuada por ellos ofensiva á su nación, pues sus mandarines obsequiaron y regalaron á todos los de la embajada, incluso al último sirviente,

varias fueron las personas significadas de esta capital que llamaron la atención del gobernador acerca de la necesidad de ser espléndido con nuestros interesados huéspedes para obtener de China las concesiones que habíamos pedido y que tanto convenían á este territorio.

Pero Sande que «era tan aventajado en letras», como pobre en resoluciones, «contentóse con los primores de su pluma, expresados en las cartas que escribió» para los altos poderes del celeste imperio (1)

Los jefes sangleyes, á pesar de la molestia que sentían por la poca generosa actitud del gobernador, admitieron de buen grado llevar la embajada, compuesta de los religiosos agustinos Fr. Martín de Rada (2) y Fr. Agustin de Alburquerque, el mismo varon apostólico que cuatro años antes pretendió hacerse esclavo de unos mercaderes chinos con objeto de que lo vendieran al llegar á su país y así poder entrar en China y predicar allí el Evangelio.

---

(1) Este Sande fué el primero que en Filipinas montó un caballo.

Sus proyectos guerreros eran sobradamente atrevidos, como lo prueba el proponer á España conquistar China con quinientos hombres

En su expedicion á Borneo obtuvo señalado triunfo que la historia consagra.

(2) Era este fraile modelo de virtud y de ciencia: gran marino, consumado matemático y lingüista eminente, á él se deben los primeros trabajos que sobre filología filipina se han escrito.

Como político se manifestó á envidiable altura en cuantas comisiones le fueron conferidas. Después de la abortada segunda embajada á China, Sande le nombró para que fuera á la corte á informar al rey Felipe II de las cosas de estas tierras y de sus necesidades.

Esa amabilidad de los chinos no era desinteresada, pues al aceptar la comisión que les ofreció Sande creyeron que de ese modo le ablandarían y por fin les daría los tan apetecidos regalos. Pero, no obstante los reiterados avisos que de nuevo le hicieran algunos religiosos y seglares, no se dió por entendido el gobernador ni tomó en cuenta la queja directa que dos días antes de partir le hizo Jiaguac, devolviéndole el mísero presente que le hiciera de una pequeña cadena de oro, diciéndole que esta no era obsequio adecuado para una persona de su posición y que podía devolverle el regalo de piezas de seda y otras cosas de valor que ellos habían traido de su país. Al expresarse en esa forma, el general chino aseguraba, sin embargo, arteramente, que no por eso dejaría de conducir á los embajadores españoles, á quienes trataría tan bien como la primera vez.

Con esta manifestación de mero cumplimiento tranquilizóse el crédulo Sande y no hizo nada por calmar el resentimiento de los sangleyes, siendo esa avaricia del gobernador la causa del fracaso y mal resultado de la segunda embajada, pues los perversos infieles se vengaron en nuestros dos pobres religiosos y en sus fámulos de la ira que tenían contra la primera autoridad del Archipiélago.

Zarparon de Manila, y al llegar á la altura de Bolinao tomaron tierra, degollaron á los tres sirvientes indígenas de los agustinos, y á éstos y al chino intérprete que con ellos iba

les azotaron bárbaramente hasta producirles graves heridas Al intérprete, su compatriota, lo dejaron por muerto, y á los infelices religiosos los abandonaron atados cada uno á un árbol para prolongar su martirio, seguros de que en aquellas agrestes soledades no tardarían en caer en manos de fieros indígenas salvajes.

Dos días estuvieron los Padres sufriendo, expuestos á las inclemencias del tiempo, además del dolor de sus heridas, el tormento del hambre y la sed, hasta que providencialmente fueron salvados por el sargento mayor Juan de Morones, que acertó á pasar por allí, el cual no solo les atendió y curó sino que luego de sanados los condujo á Manila.

La embajada se malogró por la gran falta de tacto que entónces demostró Sande y por eso pasaron muchos años antes de que se llevara á cabo el tratado en principio acordado.

*
* *

Manila celebra anualmente el memorable suceso de nuestra primera victoria sobre Li Ma-Hong con una fiesta cívico-religiosa para perpetuar el recuerdo del treinta de Noviembre de 1574 y la manifiesta protección del cielo sobre nuestras armas.

El dos de Enero de mil quinientos setenta y cinco, y apenas repuestos de las fatigas del combate contra el corsario, á iniciativa de don Guido de Lavezares, se celebró en Manila una gran fiesta religiosa, en la que predicó Fr. Francisco de Ortega, prior de Mindoro, y después

obispo de Nueva Cáceres, quien excitó la devoción de los fieles al apóstol San Andrés, á cuya intercesión atribuyeron todos que se viera libre Manila de caer en manos del famoso corsario chino.

Convencidos de la protección del cielo el Cabildo municipal de Manila y su guarnición recibieron á San Andrés «por su patrón principal» instituyendo una cofradía, en la que entraron «con los vecinos todos los capitanes y oficiales, de la que á vueltas de nuestra corta devoción se ha olvidado con el tiempo», como dice el cronista Moreno Donoso.

El veintinueve de Noviembre se lleva todos los años procesionalmente á la Catedral el llamado Pendón de Castilla, que es de damasco carmesí, con un gran escudo en el centro, donde se hallan bordadas, por ambos lados, en oro y plata, las armas reales de España. Esta bandera fué hecha en 1845 para usarla en las fiestas de la proclamación de la mayor edad de doña Isabel II. Anteriormente se sacaba para esa fiesta un pendón del mismo color, bordado más sencillamente, en seda de colores, y que era más pequeño que el actual; fué hecho el siglo pasado y aún se conserva en el Ayuntamiento de Manila. El pendón primitivo, del que no hay indicación alguna en los documentos de aquella época, debió ser de color morado, pues es sabido que antiguamente la gloriosa enseña de Castilla era de dicho color.

En esa fiesta cívico-religiosa, para perpetuar

también la memoria de Amador de Arriarán, lleva ahora el pendón el castellano de la Real Fuerza de Santiago, que es concejal nato del Ayuntamiento de Manila, para servir el cargo de alférez real.

Pero poco á poco ha ido degenerando esa solemnidad, perdiendo su carácter popular y grandioso, y puede decirse que la animación y alguna pompa que le restan se debe al esfuerzo gubernativo, pues solo asisten algunas comisiones de los centros oficiales y las principalías de los arrabales con sus músicas y muy escaso número de particulares.

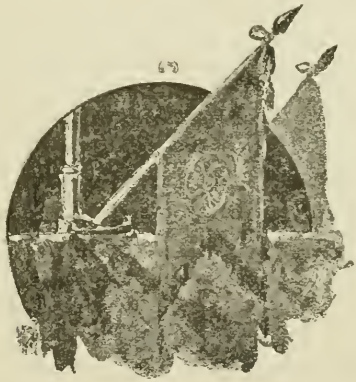
Y no debe ser así: el recuerdo de las glorias nacionales y su consagración por medio de fiestas solemnes apropiadas á los sucesos que se conmemoran preparan el corazón de los pueblos para amar y reverenciar á la Pátria que tales hechos heróicos ha sabido inspirar.

Manila, Filipinas entera, tiene un deber sagrado en restaurar la cofradía ó asociación de San Andrés, y dándole la mayor amplitud posible, para de ese modo realzar la solemnidad de una fiesta cívica que por su espíritu patriótico debe ir enlazada á la función religiosa del día, pues siempre la espada de nuestros soldados se ha visto en las grandes ocasiones para la Patria unida á la celeste egida de la Cruz, símbolo de nuestra Religión.

Hace tiempo viene clamándose en Manila por esa restauración, cuya necesidad ha patentizado más la triste situación porque han venido atra-

vesando estas provincias hace año y medio. El treinta de Noviembre de 1896 la creíamos ya realizada; pero razones indudablemente muy atendibles han hecho que hasta el presente lo que en esa fecha todos creíamos ya palpar no haya pasado de la esfera de un hermoso y ansiado proyecto.

El día que eso se verifique en la forma que debe practicarse, sirviendo de fuerte lazo para unir cariñosamente á todos los elementos españoles, habrá Manila levantado el mejor monumento á la inmortal jornada contra Li-Ma Hong, digna de figurar en los anales de España al lado de las gloriosísimas de Covadonga y de Clavijo, de Trafalgar y del Dos de Mayo.



University of California Library
Los Angeles
This book is DUE on the last date stamped below.

Phone Renewals
310/825-9188

UCLA YRL ILL
ILL-AZU
DUE: MAR 0 2 2006

UCLA ACCESS SERVICES
Interlibrary Loan
11630 University Research Library
Box 951575
Los Angeles, CA 90095-1575

Form L9–Series 4939

A 000 578 743 7

DS
674
C22a
1898

Unive
Sou
Li